

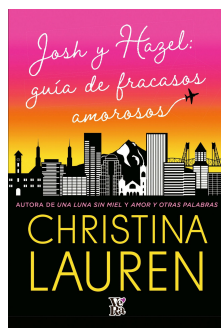
Josh y Hazel:
guía de fracasos
amorosos



AUTORA DE UNA LUNA SIN MIEL Y AMOR Y OTRAS PALABRAS

CHRISTINA
LAUREN





*Solo amigos. Solo amigos. Solo amigos.
Si se lo permiten lo suficiente, quizá se lo crean.*

Hazel Camille Bradford sabe que es muy intensa. Tiene un ejército de mascotas, una fascinación por lo absurdo y una falta de filtro que le hace decir exactamente lo que no debe en el peor momento. Solo es un alma buena en busca de diversión sincera, pero, francamente, la mayoría de los hombres no está a la altura. Ellos se lo pierden.

Josh Im la conoce desde la universidad, y su apacible moderación resultó ser totalmente incompatible con la alocada jovialidad de ella. Desde la noche en que se conocieron –cuando ella le vomitó los zapatos– hasta cuando le envió un correo electrónico ininteligible en medio de una nebulosa posquirúrgica, siempre la ha considerado más un espectáculo que una compañera. Pero ahora, diez años más tarde, después de que una novia infiel haya puesto su vida patas arriba, salir con Hazel es un soplo de aire fresco.

No es que Josh y Hazel salgan juntos. Al menos, no entre ellos. Solo se organizan citas a ciegas dobles una peor que la otra, lo que significa que no hay nada entre ellos..., ¿verdad?

«Christina Lauren retrata con humor el mundo de las citas modernas».
—US WEEKLY

CHRISTINA HOBBS Y LAUREN BILLINGS son un dúo de autoras y mejores amigas que hace años escriben bajo el nombre de Christina Lauren. Juntas han escrito más de diecisiete novelas *best seller* que se han traducido a más de treinta idiomas.

Una luna sin miel se convirtió en *best seller* instantáneo de *The New York Times*, un éxito rotundo entre la crítica y *GoodReads*, *Publishers Weekly* y *Buzzfeed*, entre otros, lo consideran de «lectura obligatoria».

Esta es su cuarta novela publicada en VeRa, después del éxito de *Una luna sin miel*, *La ecuación de las almas gemelas* y *Amor y otras palabras*.

Visita su web

christinalaurenbooks.com

Y síguelas en

 [christinalauren](https://www.instagram.com/christinalauren)

Josh y Hazel:
guía de fracasos
amorosos



AUTORA DE *UNA LUNA SIN MIEL* Y *AMOR Y OTRAS PALABRAS*

CHRISTINA
LAUREN

Traducción: María Laura Saccardo



Para Jen Lum, Katie y David Lee

Prólogo

HAZEL CAMILLE BRADFORD

Antes de empezar, debes saber algunas cosas sobre mí:

1. Estoy en la quiebra y soy holgazana: una pésima combinación.
2. No puedo dejar de sentirme incómoda en las fiestas, por lo que, probablemente, intente relajarme con alcohol y acabe sin camiseta.
3. Tienden a agradarme más los animales que las personas.
4. Siempre pueden contar con que diga o haga lo peor en momentos delicados.

En síntesis, soy excelente para hacerme quedar como una idiota.

En principio, eso debería explicar por qué logré no salir con Josh Im: siempre fui una pésima candidata en su presencia. Por empezar, la primera vez que nos vimos, yo tenía dieciocho años, él veinte, y le vomité los zapatos.

Para sorpresa de ninguno de los presentes (y prueba cabal del punto número dos de la lista anterior), no recuerdo nada de esa noche, pero, créanme, Josh sí. Según dicen, derribé una mesa plegable llena de bebidas apenas unos minutos después de haber llegado a mi primera fiesta en la universidad, luego me retiré con mis compañeros ingresantes al rincón de la vergüenza, donde ahogué el bochorno en lo que quedaba de alcohol barato.

Cuando Josh cuenta la historia, se asegura de mencionar que, antes de vomitarle los zapatos, lo quise conquistar balbuceando: «Eres el chico más ardiente que vi en mi vida y sería un honor tener sexo contigo esta noche».

Después, me quité el sabor amargo de su silencio con un trago fatídico de triple sec de los abdominales de Tony Bialy. Y, cinco minutos más tarde, estaba vomitando todo el lugar, incluido Josh.

Y no terminó allí. Un año después, yo estaba en segundo año, Josh, en el último. Para entonces había aprendido a no beber tragos de triple sec y que si hay un calcetín en la puerta significa que tu compañero de dormitorio tiene compañía, así que no debes entrar. Por desgracia, Josh desconocía el idioma calcetín y yo desconocía que compartía habitación con Mike Stedermeier, mediocampista estrella y el chico con el que yo estaba acostándome en ese momento. En ese *preciso* momento. Es decir que, la segunda vez que vi a Josh Im fue cuando entró a su dormitorio y me encontró desnuda, inclinada sobre su sofá, recibiendo a su amigo en cuatro.

Pero tengo que decir que el mejor ejemplo es una pequeña historia a la que nos gusta llamar «El incidente del e-mail».

Durante el semestre de primavera de mi segundo año, Josh fue mi profesor particular de Anatomía. Hasta ese entonces, sabía que era atractivo, pero no tenía idea de que era *increíble*. Estaba cubriendo horas extra en la oficina para ayudar a los que estábamos muy retrasados. Nos compartió sus notas viejas de clases y dio sesiones de estudio en cafeterías antes de los exámenes. Era listo, divertido y relajado de un modo que yo nunca podría llegar a ser.

Todos estábamos encandilados por él, pero para mí fue algo más profundo: se convirtió en la imagen de la perfección. Quería ser su amiga.

Resultó que me habían sacado las muelas de juicio. Antes del procedimiento, estaba convencida de que sería algo sencillo, jalar algunos dientes, tomar analgésicos, fin. Pero mis muelas estaban incrustadas, así que tuvieron que dormirme para extraerlas. Una hora más tarde, me desperté en casa, sudando por los analgésicos, con huecos dolorosos en la boca, las mejillas llenas de cilindros de algodón y el recuerdo intrusivo de que debía entregar un trabajo en dos días.

Tras ignorar el consejo de mi madre de esperar a estar sobria y su sugerencia de que tal vez debería escribirlo ella, redacté el siguiente e-mail, que Josh procedió a imprimir, enmarcar y colgar en su baño.

Quedido Josh:

En clases dijiste que si te enviábamos nuestros trabajos le echarías un vistazo. Quería mandarte el mio y lo habia anotado en el calendario para no olvidarme. Pero pasó que me sacaron muela de juicio, todas en realidad. Me esforcé mucho en esta clase y apenas conseguí una B (¡Aaah!). Eres mucho muy listo y sé que si me ayudas me ira mejor. Puedes concederme unos días extra???? No me siento muy bien con estas pildoras y se que no puedes hacer excepciones con todos por favor si haces esto por mí todos mis deseos serán por ti a partir de ahora.

Te quiero.

Hazel Bradford (Hazel, no Haley como me dijiste esta bien no estes avergonzado avergonzado triste)

Deliberadamente, también imprimió, enmarcó y colgó su respuesta debajo.

Hazel, no Haley:

Puedo hacer la excepción. Y no te preocupes, no me avergüenza. No es como si te hubiera vomitado los zapatos o me hubiera revolcado desnudo en tu sofá.

Josh

En ese preciso momento, supe que Josh y yo estábamos destinados a ser mejores amigos y que nunca, jamás, podría arruinar la amistad durmiendo con él.

Por desgracia, se graduó y la posibilidad de dormir con él dejó de ser un problema, porque

pasó casi una década hasta que volví a verlo. Pensarán que en ese tiempo dejé de ser un completo desastre o que él se olvidó todo eso del incidente Hazel, no Haley Bradford.

Bueno, se equivocan.

Capítulo uno

HAZEL

Siete años después

Para cualquiera que me haya conocido en la universidad sería terrible descubrir que me he convertido en maestra de primaria, responsable de educar a niños con demasiada inocencia y mentes como esponjas. Pero, la verdad, creo que soy muy buena en lo que hago. Para empezar, no tengo miedo de ponerme en vergüenza. En segundo lugar, creo que hay algo en la mente de alguien de ocho años que resuena conmigo a nivel espiritual.

El tercer año de primaria es mi punto óptimo: los niños de ocho años son un *subidón*.

Después de dos años haciendo mis prácticas en quinto año, me sentía siempre pegajosa y agobiada. Tras un año con niños de tres y cuatro, supe que no tenía la tolerancia necesaria para vivir enseñándoles a ir al baño. Pero tercer año fue el equilibrio perfecto entre chistes de flatulencias, abrazos de niños que piensan que soy la persona más lista del mundo y tener autoridad suficiente para conseguir la atención de todos con una simple palmada.

Por desgracia, hoy es el último día de clases. Mientras descuelgo los múltiples pósteres inspiradores, calendarios, tablas de calcomanías y obras de arte de las paredes, me percaté de que también es el último día que veré a *esta* clase de tercero en particular, y se me forma un pequeño nudo de pena en la garganta.

—Tienes la postura de Hazel Triste.

Volteo sorprendida de encontrar a Emily Goldrich detrás de mí; no solo es mi mejor amiga, sino que también es maestra (aunque no aquí en Merion), y luce arreglada y recién bañada, porque sus vacaciones de verano comenzaron una semana antes que las mías. Además, sostiene lo que espero que sea una bolsa llena de comida thai; tengo tanta hambre que podría comerme el broche en forma de manzana que tiene en el cabello. En contraste, yo me veo como un trapeador sucio, con la cabeza cubierta por los restos de los brillos que Lucy Nguyen decidió que serían una buena sorpresa para el último día.

—Estoy un poco triste —señalo a las tres paredes ya vacías del salón de clases—. Aunque también es catártico, en cierto modo.

Emily y yo nos conocimos hace unos nueve meses en un foro de política en línea, en el que era evidente que ninguna de las dos tenía hijos por la cantidad de tiempo que dedicábamos a quejarnos allí. Hasta que nos conocimos para quejarnos en persona con café de por medio y nos hicimos amigas al instante. O, para ser más precisa, yo decidí que ella era increíble y la invité a un café una y otra vez hasta que accedió. En palabras de Emily: cuando quiero a alguien, me

convierto en un pulpo que le envuelve el corazón con los tentáculos, cada vez más fuerte, hasta que no puede negar que también me quiere.

Emily trabaja en Riverview con niños de quinto año (es una guerrera), así que cuando me contó que se había abierto un puesto allí en tercer año, corrí a la oficina del distrito con mi solicitud en mano. El problema fue que estaba tan desesperada por conseguir un puesto en una de las mejores escuelas que, al bajar del automóvil y comenzar a correr por las escaleras hacia recursos humanos, me percaté de que: 1) no llevaba sostén y 2) tenía puestas las pantuflas de Homero Simpson.

No importa. Me vestí de forma apropiada para la entrevista dos semanas después. ¿Y adivinen quién consiguió el trabajo?

¡Creo que yo!

(Bueno, no está confirmado, pero Emily está casada con el director, así que estoy bastante segura de que lo conseguí).

—¿Vendrás esta noche?

La pregunta de Em me arranca de la batalla física y mental que libraba contra una grampa demasiado testaruda en la pared.

—¿Esta noche?

—Hoy.

—Dame más pistas —solicito mirándola con paciencia por encima de mi hombro.

—Mi casa.

—¿Pistas más específicas? —He pasado muchas noches en su casa, jugando al dominó con ella y con Dave y comiendo lo que Dave hubiera asado ese día.

Em suspira, se acerca al escritorio y toma un martillo de mi caja de herramientas con estampado de dálmata para que pueda retirar la grampa de la pared.

—La *barbacoa*.

—¡Cierto! —Celebro con el martillo en alto, porque esa maldita grampa ahora es mía y puedo destruirla (o reciclarla con responsabilidad)—. La fiesta de trabajo.

—No es oficialmente de trabajo, pero algunos de los maestros más buena onda estarán ahí. Quizá quieras conocerlos.

La observo con cierta inquietud, ya que todas recordamos el punto número dos de mi lista.

—¿Prometes controlar mi consumo de alcohol? —le pregunto. Por alguna razón, eso la hace reír.

—Te llevarás bien con el equipo de Riverview —afirma, y me genera un cosquilleo de anticipación en las venas.

Creo que Emily no estaba bromeando. Escucho la música desde la calle apenas bajo de Giuseppe, mi confiable Saturno del 2009. Suena una canción del músico español que le gusta a Dave, acompañada por su estruendosa y fantástica risa y el inconfundible choque de vasos. El olfato me dice que está haciendo carne asada, lo que implica que también ha preparado margaritas, y eso implica que debo esforzarme por mantener mi camiseta en su lugar esta noche.

Deséenme suerte.

Me preparo, respiro profundamente y controlo mi atuendo por última vez. No por vanidad, lo juro, sino porque la mayoría de las veces tengo algo desabotonado, un dobladillo atorado en la ropa interior o alguna prenda al revés. Es algo que podría explicar, en parte, por qué los niños de tercero se sienten a gusto conmigo.

La casa de Emily y David es de estilo victoriano tardío, con una hiedra con voluntad propia que invade la pared lateral camino al patio trasero. Flores dispuestas en zigzag enmarcan el camino hasta la cerca, así que lo sigo rumbo al origen de la música.

Emily lo dio todo para esta barbacoa a la que llamó «¡Bienvenido, verano!»: colgó una guirnalda de lámparas de papel en el sendero e incluso colocó la coma en el lugar correcto en el letrero. Las cenas en mi casa constan de platos desechables, vino en caja y yo corriendo como una loca los tres minutos previos a servir porque quemé la lasaña por insistir en que NO NECESITO AYUDA, SIÉNTENSE Y RELÁJENSE.

Si hay alguien con quien no debería compararme es con Emily. La adoro, pero hace que los demás parezcamos plantas inertes. Le gusta la jardinería, teje, lee al menos un libro por semana y tiene el don envidiable de comer como un oso sin aumentar ni un kilo. También tiene a Dave, que, además de ser mi nuevo jefe (crucen los dedos), es progresista sin pretensiones y me hace sentir que es mejor feminista que yo. Mide más de dos metros (lo medí con espaguetis crudos una noche), y es atractivo de un modo que te hace dudar de que no sea bombero. Apuesto a que tienen un sexo increíble.

Emily chilla mi nombre en cuanto me ve, con lo que el grupo de mis futuros amigos se gira para ver por qué gritó.

—¡Trae tu trasero aquí!

Pero el aspecto del jardín capta mi atención: el césped tiene el tono verde que solo se ve en la costa del Pacífico y se extiende desde el sendero de piedras como una alfombra de esmeraldas, los canteros están llenos de hostas que comienzan a desplegar las hojas, con un roble gigante en el centro, que luce pequeñas lámparas de papel en las ramas tupidas que protegen a los invitados de los últimos rayos de sol.

Emily me invita a acercarme y, de camino, le sonrío a Dave. Cuando me ofrece la jarra de margarita en cuestión, asiento como diciendo «dah, Dave», y atravieso el pequeño grupo de personas (que quizá sean mis nuevos compañeros), hacia el extremo del patio.

—Hazel, ven aquí —insiste Em—. Hablo en serio, la adorarán cuando la conozcan —les dice a las dos mujeres a su lado.

¿Adivinen qué? Mi primera conversación con las otras maestras de tercer año de Riverside es sobre pechos y, esta vez, no fui yo quien la inició. ¡Lo sé, yo tampoco lo hubiera imaginado! Al parecer, Trin Beckman es la maestra con más antigüedad en tercero; cuando Emily señala sus pechos, coincido en que tiene una buena delantera. Ella parece pensar que se verían mejor en otra clase de sostén y comenta algo sobre tres lápices que no termino de entender. Por su parte, Allison Patel, mi otra colega, se lamenta de su copa A.

Emily señala su propia copa A y frunce el ceño hacia mi notoria copa C.

—Tú ganas.

—¿Y cuál es mi trofeo? ¿Un pene de bronce gigante? —pregunto. Las palabras se escapan antes de que pueda detenerlas. Podría jurar que mi boca y mi cerebro son hermanos que se odian y se hacen calzón chino, por eso generan momentos vergonzosos como este. Ahora, parece que mi cerebro ha abandonado la batalla.

Emily está atónita como un pescado. Allison parece contemplar la situación con mucha seriedad. Pero todas nos sorprendemos cuando Trin se echa a reír.

—Tenías razón, será muy divertido.

Suelto el aire al sentir un poco de alivio por su comentario, en especial al ver que está bebiendo agua. No le divirtió mi comentario porque estuviera mareada por las margaritas letales de Dave, sino porque le agradan las personas raras. Mis tentáculos de pulpo se agitan a los lados.

Una sombra se materializa a la derecha de Emily, pero me distrae la margarita que Dave me coloca en la mano.

–Bébela con calma, dinamita –me advierte antes de desaparecer.

¡Mi nuevo jefe es el mejor!

–¿Qué hacen por aquí? –pregunta una voz masculina desconocida.

–Hablábamos de que los senos de Hazel lucen mejor que los de todas nosotras –responde Emily.

Levanto la vista del trago para comprobar si conozco a la persona que ahora contempla mi pecho y... vaya.

Vaaaaaaya.

Un par de ojos oscuros se desvía. Una mandíbula marcada se tensa. Mi estómago da un vuelco.

Es él. *Josh*.

El mismísimo Josh *Im*. La imagen de la perfección.

–Creo que me saltaré la charla sobre senos –dice con una tos seca.

Luce mejor que en la universidad, si es que eso es posible, bronceado, en forma y con facciones cinceladas. Aunque retrocede horrorizado, mi cerebro aprovecha la oportunidad para vengarse de mi boca.

–Está bien, Josh ya me vio los pechos –comento al pasar.

La fiesta se detiene. El aire se queda quieto.

–No es que *haya querido* verlos. –Mi mente hace un intento desesperado por arreglar esto–. Fue a la fuerza.

Unas campanas de viento resuenan a la distancia.

Las aves se detienen en pleno vuelo y caen en picada.

–No lo obligué yo –aclaro, y Emily gime con pesar–. Es que su compañero de habitación me tenía...

–Hazel. –Josh me apoya una mano en el brazo–. Ya.

–Esperen. –Emily nos mira confundida–. ¿De dónde se conocen?

–De la universidad –responde él sin apartarme la mirada.

–Días de gloria, ¿no? –pregunto con mi mejor sonrisa.

–¿*Salieron*? –curioseas Trin mirándonos expectante.

–Santo Dios, *jamás* –responde Josh con el rostro pálido.

Mierda, me había olvidado de lo mucho que me gustaba este hombre.

Ese pequeño embustero de Dave Goldrich, director de la escuela, espera hasta mi tercera margarita para decirme que tengo el trabajo como nueva maestra de tercero de Riverview. Estoy segura de que lo hizo para averiguar qué respuesta hilarante saldría de mi boca, así que espero no decepcionarlo.

–¡Ay, mierda! ¿Estás bromeando?

–No –se ríe.

–¿Ya tengo un legajo enorme en recursos humanos?

–Oficialmente, no. –Se inclina desde su altura cercana a la Estación Espacial para darme un beso en la cabeza–. Pero tampoco haré favoritismos contigo. Separo el trabajo de la vida personal, y tú tendrás que hacer lo mismo.

–¿Soy tu favorita? –Tomo lo único importante de lo que escuché y le ofrezco una sonrisa con

mis hoyuelos encantadores—. No se lo diré a Emily si tú no lo haces. —Se ríe y finge querer quitarme la copa de la mano, pero lo esquivo y me acerco para preguntarle—: Respecto a Josh, ¿es ma...?

—Mi hermana no me dijo que te unirías al personal de Riverview. —Josh debe ser medio vampiro, porque juro que puede materializarse en espacios vacíos junto a cuerpos cálidos.

—¿Tu *hermana*? —Me paro derecha y me abanico la cara con la mano para despejar la confusión.

—Mi hermana —repite en tono pausado—. Emily Goldrich para ti, Im Yujin para nuestros padres.

De repente, todo tiene sentido. Nunca supe el nombre de soltera de Em ni se me ocurrió que su amado hermano mayor (*oppa*) del que siempre habla es el mismísimo Josh, a quien le vomité los zapatos hace muchos años. Vaya. Parece que esta es la versión adulta del hermano adolescente con frenos que vi en tantas fotografías en la sala de Em. Bien hecho, pubertad.

—Emily, ¿tu nombre coreano es Yujin? —grito por encima de mi hombro.

—Y él es Jimin —responde.

Miro a Josh como si fuera otra persona. Las dos sílabas de su nombre son como una exhalación sensual, lo que podría decir antes de un orgasmo cuando las palabras me fallen.

—Es el nombre más sexy que escuché en mi vida.

Él palidece, como si temiera otro ofrecimiento de sexo de mi parte, y yo me echo a reír. Sé que debería avergonzarme que la Hazel del pasado fuera tan inapropiada, pero no es que ahora sea mucho mejor, y arrepentirme no es lo mío. Los dos nos sonreímos durante tres respiraciones breves, compartiendo un momento de enorme diversión. Nuestros ojos están desorbitados como los de las caricaturas.

Pero, de repente, su sonrisa se desvanece cuando, al parecer, recuerda que soy una ridícula.

—Prometo no ofrecerte en la fiesta de tu hermana —le aseguro en falsa voz baja.

—Gracias —balbucea incómodo.

—¿Hazel se te *ofreció*? —pregunta Dave.

Josh asiente con la cabeza, pero mantiene la vista fija en mí durante unos segundos más antes de mirar a su cuñado, mi nuevo jefe.

—Lo hizo.

—Lo hice —coincido—. En la universidad. Justo antes de vomitarle los zapatos. Fue uno de mis momentos menos seductores.

—Y tuvo unos cuantos. —Josh baja la vista cuando le vibra el teléfono en el bolsillo. Lee el mensaje sin la más mínima expresión y vuelve a guardarlo.

Debe haber una cuestión de feromonas masculinas, porque Dave interpretó algo que yo no.

—¿Malas noticias? —le pregunta en voz baja y con el ceño fruncido, como si Josh fuera de cristal.

Josh se limita a encogerse de hombros sin cambiar de expresión. Cuando se hincha un músculo en su mentón, tengo que resistirme a presionarlo como si jugara al Simón dice.

—Tabitha no podrá venir este fin de semana.

Percibo cómo se me abre la boca.

—¿De verdad existe alguien llamado «Tabitha»?

Los dos giran hacia mí como si no comprendieran de qué estoy hablando. Pero, vamos.

—Es que... —sigo con vacilación— parece el nombre que le pondrías a alguien que esperas que sea muy *my*... malvado. Que viva en una guarida y colecciona dálmatas.

Dave se aclara la garganta y bebe un trago largo de su bebida. Josh me mira fijamente.

–Tabby es mi novia.

–¿*Tabby*?

–Hazel. –Dave ahoga una risotada y me apoya una mano en el hombro–. Cállate.

–¿Irás a mi legajo? –Levanto la vista hacia su rostro familiar, barbudo y tranquilo. Ahora está oscuro, enmarcado por una hilera de luces de exterior.

–No. Pero eres una maniática. Dale un respiro.

–Creo que el hecho de ser una maniática explica, en parte, que sea tu favorita.

Dave estuvo a punto de echarse a reír, pero logra voltear y alejarse antes de que lo note. Y ahora estoy sola con Josh Im, que me observa como si estudiara una bacteria infecciosa a través de un microscopio.

–Siempre pensé que te había conocido en... *una fase*. –Dave eleva la ceja izquierda con elegancia–. Al parecer, *eres* así.

–Creo que tengo mucho por que disculparme, pero no puedo asegurar que no te exasperaré constantemente en el futuro, así que mejor espero hasta que seamos mayores.

–Puedo decir, sin ninguna duda, que nunca conocí a nadie como tú –afirma con una media sonrisa.

–¿Una pésima candidata?

–Algo así.

Capítulo dos

JOSH

Hazel Bradford. Vaya.

Casi todas las personas con las que fui a la universidad tienen una anécdota con Hazel Bradford. Claro que mi antiguo compañero, Mike, tiene muchas (la mayoría de índole sexual y salvaje), pero otras son más parecidas a las mías: Hazel Bradford corrió una maratón por el lodo y llegó a la clase de laboratorio sin bañarse para no llegar tarde. Hazel Bradford consiguió más de mil firmas para entrar a una competencia para recaudación de fondos comiendo perros calientes, hasta que recordó, en medio del escenario y en televisión, que intentaba hacerse vegetariana. Hazel Bradford hizo una venta de garaje con la ropa de su ex, mientras él aún dormía en la fiesta en la que lo encontró desnudo con alguien más (casualmente, con otro chico de su pésima banda de garaje). Y, mi historia preferida, Hazel Bradford dio una presentación oral sobre la anatomía y el funcionamiento del pene para la clase de Anatomía.

Nunca supe bien si era inconsciente o si no le importaba lo que pensarán los demás, pero sin importar cuán caótica fuera, siempre lograba generar una inocente vibra salvaje y sin intención. Y aquí está en carne y hueso, con su metro sesenta y cincuenta kilos mojada, sus enormes ojos café y el cabello recogido en un moño gigante, y no creo que haya cambiado en nada.

—¿Puedo llamarte Jimin? —pregunta.

—No.

—Deberías estar orgulloso de tu herencia, Josh —comenta confundida.

—Lo estoy —respondo conteniendo una sonrisa—. Pero acabas de pronunciar Jee-Min. —Me mira con el rostro en blanco—. No es lo mismo —explico y repito—: Jimin.

—¿Jeee-minnn? —pronuncia con una expresión dramática y seductora.

—No.

Entonces se rinde, se endereza para beber un trago de su margarita y mira alrededor.

—¿Vives en Portland?

—Así es. —A la distancia, detrás de ella, veo cómo mi hermana se acerca a Dave, lo hace bajar a su nivel, le pregunta algo y, luego, ambos me miran. Estoy seguro de que acaba de preguntarle por Tabby.

Cuando Tabitha consiguió trabajo en Los Ángeles (el trabajo de sus sueños: escritora para una revista de moda), supe que habría fines de semana en los que alguno de los dos no podría viajar al sur (yo) o al norte (ella). De todas formas, me desmotiva que de los cuatro fines de semana que le tocaban a ella, haya cancelado tres a último minuto.

No es que se eche atrás, más bien tiene emergencias de trabajo. Pero ¿qué clase de emergencias puede haber en una revista de moda?

De verdad, no tengo idea. Como sea.

Hazel está hablando.

Vuelvo la atención hacia ella, justo cuando cierra lo que sea que estuviera diciendo. Luego me mira expectante, con su sonrisa abierta.

—¿Qué decías?

—Pregunté si estabas bien —repite despacio después de aclararse la garganta.

Asiento con la cabeza y me llevo la botella de agua a la boca para intentar borrar la irritación que debió haber visto en mi rostro.

—Estoy bien. Solo me estoy relajando. Fue una semana un poco larga. —Hago un repaso mental: trabajé un promedio de once horas y treinta y cinco pacientes diarios para poder tener el fin de semana libre. Asistí en un reemplazo de rodilla y uno de cadera, atendí bursitis, torceduras, ligamentos desgarrados y una pelvis dislocada que hizo que mis manos se sintieran débiles aun antes de empezar.

—Es que eres bastante monosilábico —responde, y yo la miro desde arriba—. Y estás bebiendo agua cuando Dave preparó margaritas.

—No soy muy bueno con... —comento y señalo la multitud creciente con mi botella.

—¿La bebida?

—No...

—¿Uniendo palabras para formar oraciones y oraciones para tener una conversación?

—Socializando en grupos grandes —concluyo enseguida con una mueca.

Con eso, me gano una sonrisa y observo cómo eleva los hombros hacia las orejas y su moño se sacude mientras se ríe con disimulo como una caricatura. Siento una punzada de culpa al pensar en que, a pesar de ser ridícula, también es muy sensual.

—Eres tan rara —comento para detener la reacción que desciende desde mi corazón hasta mi entrepierna.

—Es verdad. Paso todo el día rodeada de niños, ¿qué esperabas? —replica. Estoy a punto de recordarle que siempre fue igual, pero agrega: ¿Cómo te ganas la vida?

—Soy fisioterapeuta. —Miro alrededor para ver si ha llegado mi socio, Zach, pero no veo su mata de cabello rojo por ninguna parte—. Mi compañero y yo hemos abierto un centro en la ciudad hace un año.

—Hablas de músculos todo el día —bufa celosa—, y trabajas con cosas lindas y profundas. Nunca podría dedicarme a eso.

—Bueno, a veces puedo decirles a algunas personas que se bajen los pantalones, pero no suele ser nadie a quien querría ver desnudo de la cintura para abajo.

—A veces me pregunto cómo sería el mundo si no se hubiera inventado la ropa —comenta pensativa.

—Jamás en la vida me pregunté eso.

—Si estuviéramos desnudos todo el tiempo —continúa como si no hubiera dicho nada—, ¿qué sería diferente?

—Probablemente no montaríamos a caballo —sugiero y bebo un trago de agua.

—O tendríamos callosidades en lugares extraños. —Se toca los labios con el dedo índice—. Los asientos de bicicleta serían diferentes.

—Es muy probable.

—Las mujeres nunca se hubieran rasurado la vulva.

–Hazel, esa es una palabra horrible. –Me estremezco.

–¿Qué? No tenemos vello dentro de la vagina –sentencia. Yo contengo otro escalofrío, y ella me observa con la mirada furiosa de una mujer desairada–. Además, nadie se estremece al escuchar «escroto».

–Sin duda me estremezco por la palabra «escroto», también «gónadas».

–Góóóóónadas –repite alargando la palabra–. *Horrible*.

La observo durante un instante de silencio: tiene los hombros descubiertos y un solo lunar en el izquierdo. Tiene las clavículas bien definidas y los brazos marcados, como si hiciera ejercicio. Se me viene a la mente un breve recuerdo de haberla visto usando sandías como pesas.

–Siento que me emborrachas de solo escucharte –comento mirando su vaso–. Como si fuera por ósmosis.

–Creo que seremos mejores amigos –suelta y, ante mi silencio atónito, se extiende para alborotarme el cabello–. Yo vivo en Portland, tú también. Tú tienes novia y yo una extensa lista de series de Netflix atrasadas. Ambos odiamos la palabra «gónadas». Yo conozco y adoro a tu hermana. Ella me quiere a mí. Es el mejor escenario para una amistad entre un chico y una chica. Ya me viste en estados nada atractivos para una cita, así que es imposible que te asuste.

–Me temo que lo intentarás de todas formas –replico después de tragar rápido el sorbo de agua.

–Creo que *tú* crees que soy divertida –agrega ajena a mis palabras.

–Divertida como un payaso.

–¡Pensé que era la única persona en el mundo a la que le gustaban los payasos! –exclama mirándome emocionada.

–Bromeaba. –No puedo contener la risa–. Los payasos son aterradores. Ni siquiera puedo pasar cerca del drenaje de mi calle.

–Bueno. –Enlaza su brazo con el mío y me lleva hacia el corazón de la fiesta. Cuando se acerca para susurrarme al oído, mi estómago cae como en el primer giro de una montaña rusa–. Desde aquí, solo podemos avanzar.

Hazel nos lleva hacia un par de hombres parados cerca del asador; son John y Yuri, dos colegas de mi hermana, y ahora de ella. Su conversación se detiene cuando nos acercamos, y Hazel extiende una mano firme:

–Hola, soy Hazel. Él es Josh.

Los tres la miramos entretenidos; nos conocemos hace años.

–Ya nos conocemos –responde John con la cabeza inclinada hacia mí. Le estrecha la mano a Hazel, y yo observo cómo ella contempla sus rastas hasta los hombros, bigote, boina y camiseta que dice «A LA CIENCIA NO LE IMPORTA LO QUE TÚ CREAS». Yo contengo la respiración, a la espera de lo que le dirá, pues como hombre blanco con rastas, John se la dejó muy fácil, pero, en cambio, gira hacia Yuri y le estrecha la mano con una sonrisa.

–John y Yuri trabajan con Em –le digo y señalo a John con la botella–. Como habrás notado, él enseña ciencias en los cursos más avanzados. Yuri enseña música y teatro. Hazel es la nueva maestra de tercero.

Ellos la felicitan, y Hazel les da las gracias.

–¿Tercero tiene música? –le pregunta a Yuri.

–Desde el kínder hasta segundo año, solo tienen canto. En tercero comienzan con un instrumento de cuerdas. Violín, viola o violoncelo.

—¿Yo puedo aprender? —Eleva las cejas despacio—. Es decir, ¿puedo quedarme en la clase?

Los dos le sonríen con desconcierto, como si pensarán «¿Está hablando en serio?». Imagino que la mayoría de los maestros de primaria duerme, come o llora en sus horas libres.

—Siempre quise ser la próxima Yo-Yo Ma. —Hazel hace un bailecito en el lugar y finge tocar el violoncelo.

—Supongo... que sí —responde Yuri, dominado por el poder de la risa cómica de Hazel Bradford y por su honestidad encantadora. Yo me volteo para mirarla, preocupado por el problema en el que el hombre podría haberse metido, pero él no parece para nada preocupado al enfocarse en sus pechos.

—Yo-Yo Ma comenzó a dar presentaciones cuando tenía cuatro años y medio —le digo.

—Entonces, será mejor que me dé prisa. No me decepciones, Yuri.

Él se ríe antes de preguntarle de dónde es. Mientras la escucho a medias (es hija única, oriunda de Eugene, criada por una madre artista y un padre ingeniero, estudió en Lewis & Clark), miro mi teléfono celular para leer los últimos mensajes de Tabby, con unos cinco minutos de diferencia entre cada uno. Odio que saber que estuvo mirando su teléfono me provoque una pizca de placer.

No te molestes conmigo.

Le dije a Trish que sería el último viernes que trabajaría hasta tan tarde.

¿Quieres que intente llegar mañana o sería una pérdida de tiempo?

No te enfades, Josh. Josh, lo siento.

Exhalo controladamente y escribo una respuesta:

Estoy en la fiesta de Em, recién leo tus mensajes. No estoy molesto. Ven mañana si quieres, pero es tu decisión. Sabes que siempre quiero verte.

—¿Dijo que serían mejores amigos? —Mi hermana contempla una camiseta con el ceño fruncido antes de arrojarla de vuelta a su pila en Nordstrom Rack—. Yo soy su mejor amiga.

—Eso fue lo que dijo. —Siento la risa que asciende por mi pecho, pero se detiene antes de salir al recordar a Hazel aceptando la cuarta margarita de Dave y pidiéndome que le acomode la camiseta dentro del pantalón—. Es como una droga.

—Ella me cambió. También te pasará a ti.

Sé bien a lo que se refiere Em, pero al ver el efecto que Hazel tuvo en ella (la hizo más divertida y le dio más confianza social, algo que recién ahora puedo atribuirle), no creo que ese cambio sea algo malo. Además, Hazel es muy diferente a Tabby y a Zach, a todos, en realidad, y aunque es el polo opuesto de mi novia y de mi mejor amigo, dos personas calladas y observadoras, creo que sería divertido tenerla cerca. Como tener una rica cerveza en el refrigerador que siempre es una grata sorpresa encontrar.

¿Es una metáfora horrible? Le echo un vistazo a mi hermana y evalúo el daño que podría provocar con el gancho para ropa que tiene en la mano.

–Es mitad «caos exasperante» y mitad «color en un paisaje monocromático». –Em me da la camiseta y me la cuelgo en el brazo. Siempre dejo que ella elija mi ropa–. No puedo creer que Tabby no haya venido, *otra vez*.

No morderé el anzuelo. Es la tercera vez que intenta tener una conversación sobre mi novia.

–¿No sabe que las relaciones llevan trabajo?

–Tiene que cumplir fechas de entrega, Em –le recuerdo mirándola de reojo.

–¿De verdad? –replica con voz aguda e irritada, mientras se desquita con un par de pantalones, que arroja sobre la pila frente a ella–. La forma en que evita venir no parece como si...

Me preparo con una inhalación profunda, pero espero que no termine la oración.

–¿Te estuviera engañando? –concluye.

Y lo hizo.

–Emily –digo con tranquilidad–, cuando Dave trabaja mil horas en la escuela y tú vienes a cenar a mi casa y te quejas de que no lo ves hace días, ¿yo te digo «quizá esté con alguien más»?

–No, pero Dave no es un grandísimo idiota.

–¿Qué problema tienes con Tabby? –Con eso logra alterarme, y se sobresalta por mi tono elevado, algo extraño en mí–. Siempre ha sido amable contigo.

–No es que seas demasiado para ella ni ella para ti –explica–, sino que están en círculos diferentes. Tienes diferentes *valores*.

Es verdad que nuestros padres, que se mudaron desde Seúl a los diecinueve años, recién casados, no son muy fanáticos de Tabitha, pero creo que no les agradaría mucho ninguna chica que no sea coreana. Por desgracia, no creo que Emily se refiera a eso, así que la miro desconcertado. Ella se gira hacia mí y enumera las razones con los dedos:

–Tabby es la única persona que conozco que usa *sábanas de seda* y pasa horas arreglándose para lucir natural, como si acabara de salir de la cama, mientras que tú amas acampar y a veces todavía usas los pantalones deportivos que te regalé para Navidad hace nueve años.

Niego con la cabeza, porque sigo sin entender el punto.

–Ella piensa que *Heathers* es una buena guía de etiqueta social –continúa–. Se ríe con *Romy and Michele's High School Reunion* sin la más mínima ironía, pero miró *cuatro* películas de Christopher Guest completas sin que se le escapara ni una sola sonrisa. Y las veces en las que sí viene a verte, pasa la mitad del tiempo debatiendo sobre *Who Wore It Better?* en Instagram.

–Así que... –Parpadeo mientras intento unir los puntos–. ¿Tu problema es que piensas que es... superficial?

–No, no es lo que quiero decir. Si eso la hace feliz, *bien*. Lo que intento decir es que no tienen mucho en común. Cuando los veo interactuar, solo hay silencio o «¿Me pasas las zanahorias?». Ella está muy *muy* metida en el mundo de la moda, en Hollywood y en las apariencias. –Se me queda mirando y, al tiempo que cambio la pila de ropa de un brazo al otro, entiendo el mensaje silencioso.

–Bueno, que a mí no me importe lo que uso sirve de algo. Obviamente, dejo que las mujeres que me rodean elijan por mí.

Ahora entorna los ojos, y veo cómo cambia el hilo de la conversación con astucia.

–¿Qué hacen cuando está aquí?

Repaso las imágenes de las últimas visitas de Tabby: sexo; caminar a la tienda de la esquina; Tabby no quiso ir a caminar ni a remar, yo no quise recorrer bares, así que nos quedamos por

más sexo; cena en un restaurante cercano, seguida por más sexo.

Estoy seguro de que Emily no quiere que sea tan específico, pero, al parecer, no necesita que responda, porque sigue adelante.

—¿Y qué hacen cuando tú la visitas?

Sexo; clubes nocturnos; restaurantes abarrotados; todos en sus teléfonos celulares, escribiéndole a alguien en la misma habitación; más clubes; yo quejándome de los clubes; yo caminando solo al Gran Cañón, para volver a su casa a tener más sexo.

—Como sea. Me estoy entrometiendo demasiado.

—Así es —afirmo y la guío hacia la caja; ya me aburrí de ver ropa. Luego pago, le agradezco a la empleada y nos vamos por el camino pavimentado del centro comercial al aire libre. Tenemos que esquivar empleadas que nos atosigan para ofrecernos muestras de cremas.

—Volvamos al tema del que estábamos hablando —comenta Emily con una sonrisa conciliadora.

—Creo que hablábamos de la barbacoa —concedo.

—Mejor dicho, hablábamos de Hazel —corrige mirándome de reojo, y la revelación me da una bofetada de frente. Me doy la vuelta y la detengo con una mano en el hombro.

—Ya *tengo* una novia.

—Soy consciente de eso —afirma y arruga su rostro.

—En caso de que estés intentando iniciar algo entre Hazel Bradford y yo, desde ya te digo que no somos compatibles.

—No estoy intentando nada —protesta—. Ella es divertida, y creo que necesitas más diversión.

—No estoy seguro de poder manejar la diversión de Hazel —adviento con una mirada precavida.

—Supongo que solo hay una forma de averiguarlo. —Emily se cuelga una bolsa sobre el hombro y me ofrece una sonrisa pícara.

Capítulo tres

HAZEL

Estoy segura de que el hombre delante de mí entiende mi dilema; debe verlo varias veces al día.

–Soy la indecisión personificada –indico señalando mi pecho–. El problema es que tienes demasiadas buenas opciones.

–Ajá. –El empleado de PetSmart me observa mientras mueve la goma de mascar dentro de su boca–. ¿Puedo ayudarla?

–Intento decidir entre un pez betta y un cobayo.

–Bueno, hay una gran diferencia. –Sus gafas se deslizan por su nariz, y ver que el recorrido se detiene por un grano enorme y furioso, como el tope de una puerta, me paraliza.

–Si fueras tú –insisto agitando las cejas–, ¿qué elegirías? ¿Pez o roedor? Ya tengo un perro. – Señalo a Winnie, que está a mi lado con su correa–. Un conejo y un loro. Necesitan un amigo más.

El adolescente me observa como si me faltara un tornillo.

–Bueno...

«¿Cómo te atreve’ a venir sin panty?», se oye.

El chico me mira, y me toma un momento percatarme de que esas palabras indecentes, de la canción *Safaera* de Bad Bunny, salieron de mi bolso.

–Ay, Dios. –Comienzo a revolver el bolso con desesperación para silenciar las obscenidades.

«Hoy saliste puesta pa’ mí».

–Ay, Dios, ay, Dios. –Sigo buscando hasta encontrar el teléfono.

«Yo que pensaba que venía a dormir, no».

–Lo siento, lo siento.

«Vino ready ya, puesta pa’ una cepillá’».

Dejo caer el teléfono al suelo, así que tengo que apartar la nariz excitada de Winnie antes de recogerlo.

«Me chupa la lollipop, solita se arrodilla, hey».

Y por fin lo silencio con un dedo.

–¡Emily! –exclamo para cubrir el horror y me disculpo con la anciana que busca correas para su perro pug. Podría haberle provocado un infarto. Ahora, su perro ladra como un maniático, con lo que ha alterado a Winnie, que ha alterado a otros tres perros que esperan en la fila frente a la caja. Uno de ellos se inclina a defecar ahí mismo por el estrés.

–Santo Dios, Hazel. ¿Dónde estás? –dice Emily al otro lado del teléfono.

–En PetSmart. Vine por... algo –digo con cautela. La llamada se queda muda, así que reviso la pantalla para comprobar que siga conectada-. ¿Hola?

–¿Crees que lo que tu apartamento necesita sea otra mascota?

–No compraré un gran danés, estoy pensando en un pez o un roedor. –Miro al empleado de la tienda (Brian, al parecer) para disculparme con un gesto humillado-. Por cierto, querida amiga, ¿otra vez me cambiaste el tono de llamadas?

–No podía tolerar ese fragmento de *Tommy Boy* ni una sola vez más. No estoy bromeando.

–¿Así que esa canción de Bad Bunny fue una mejor idea? –Me imagino enviando una horda de dragones a su casa para que la devoren. Al menos a un enjambre de mosquitos hambrientos-. Podrías haber elegido una campanada.

–Quería enviarte un mensaje –se ríe-. Deja de usar tonos tan raros o pon el móvil en silencio.

–Qué mandona eres.

Como esperaba, ignora el comentario.

–Escucha, ¿puedo darle tu número a Josh?

–Si me llamará antes de que pueda cambiar esa canción, no.

–Estamos de compras –agrega-. Es un costal de lágrimas porque Tabitha está en Los Ángeles, y sé que se divertieron en la fiesta. Quiero que salga un poco más.

–*No soy un costal de lágrimas* –se escucha el lamento de Josh de fondo.

La idea de pasar tiempo con Josh Im me provoca un entusiasmo extraño. Y la idea de pasar el tiempo con un Josh Im triste parece un desafío.

–Pregúntale si quiere ir a almorzar a mi casa mañana.

Emily se aleja del teléfono, supongo que para transmitirle la pregunta a Josh, y luego hay silencio.

Mucho silencio.

Incómodo.

Imagino que vuelan miradas de hermanos como balas entre ellos.

–*¡Gracias por ponerme en apuros, idiota!*

–*¡Será mejor que le digas que sí o la harás sentir mal!*

–*¡Te odio en este momento, Emily!*

–*No está tan loca como parece.*

–Dice que le encantaría –responde por fin.

–Genial. –Me agacho y le lanzo besos al pez betta azulado que creo que adoptaré-. Dile que traiga comida de Poco India.

–¡Hazel!

–Estoy bromeando, Dios santo –digo entre risas-. Prepararé el almuerzo. Dile que llegue cuando quiera después de las once –concluyo y cuelgo para levantar el pez en la taza plástica diminuta-. Amarás a tu nueva familia.

Al salir de PetSmart, Winnie, el pez y yo vamos a encontrarnos con mi madre para almorzar. Se mudó desde Eugene hace algunos años, cuando terminé la universidad y fue evidente que no volvería en un futuro cercano. En términos de personalidad, soy mucho más parecida a mi madre, pero luzco igual a mi padre: cabello y ojos oscuros, un hoyuelo en la mejilla izquierda, delgada y no tan alta como me gustaría. En cambio, mi madre es alta, rubia y curvilínea con la elegancia de una madre.

Mi padre hizo bien su tarea, supongo, aunque la emoción principal que me transmitió a lo largo de mi vida fue decepción porque no fui deportista. Tener un hijo hubiera sido ideal, pero hubiera bastado con que fuera más activa. Quería alguien que lo acompañara a correr al parque o que pateara una pelota con él unas horas. Deseaba fines de semana viendo torneos de algún deporte de pelota, con gritos y, tal vez, la ocasional aparición de un padre hostil de un equipo opositor. En su lugar, tuvo una ridícula máquina de hablar que quería criar gallinas, cantaba Captain and Tennille en la ducha y que trabajó en el huerto de calabazas desde los diez años solo porque le gustaba vestirse como espantapájaros. Si no fui desconcertante por completo, sin duda di más trabajo del que imaginaba.

Mis padres se divorciaron cuando tenía veinte años y ya había establecido una vida feliz y hecho amigos en Portland. Seré honesta: no me sorprendió en absoluto. Mi reacción reveló la clase de monstruo que soy: en primer lugar, me irritó pensar en hacer dos paradas cada vez que fuera de visita. En segundo lugar, me irritó pensar que mi madre ya no estaría allí para repartir alegría cuando visitara a mi padre.

A pesar de que con veinte años ya era adulta, técnicamente, no dejaba de decirme a mí misma que el vínculo con mi padre se haría más fuerte cuando fuera mayor, cuando saliera de la universidad... que algún día, en mi boda, estaría orgulloso de mí... que sería un gran abuelo, porque podría jugar con los niños, llevarlos de regreso a mi casa y volver a concentrarse en su partido sin que una esposa lo mirara mal desde el otro lado de la habitación.

Por desgracia, todo eso no estará en mis posibilidades; mi padre falleció unas semanas antes de Navidad, el año en que cumplí veinticinco. Estaba en el trabajo y, según su viejo compañero Herb, tan solo se sentó en el escritorio, dijo «Me siento cansado», se durmió y nunca despertó.

Después de su muerte, mi madre y yo desarrollamos una honestidad extraña entre las dos. Siempre creí que el lazo romántico de mis padres no era de lo más fuerte, pero nunca noté lo alejados que estaban, como si fueran dos extraños viviendo en la misma casa. Las cosas que tengo en común con mi madre eran exasperantes para él (es un poco desmoralizante, lo sé). Las dos somos adeptas a los abrazos, quizá demasiado entusiastas con las cosas que amamos y pésimas contadoras de chistes. Mientras que yo amo a los animales, los disfraces, encontrar formas en las nubes y cantar en la ducha, ella disfruta hacer faldas con telas atrevidas, hacer piezas de arte con vidrios de colores, usar flores en el cabello, citar musicales y bailar mientras corta el césped con sus botas de vaquero rojas.

Mi padre no toleraba sus excentricidades, a pesar de que eso era lo que lo había atraído en un principio. Recuerdo a la perfección una pelea que tuvieron delante de mí: él le dijo «Odio que actúes tan raro en público. Me das mucha vergüenza». No sé cómo explicarlo, tenía catorce cuando lo escuché, y esas últimas cuatro palabras se me clavaron en el corazón como un cuchillo. Nos vi a mi madre y a mí desde afuera como nunca antes; mi padre representaba el ideal popular, ella y yo éramos unos puntos amarillos gigantes que rebotaban por fuera de lo establecido.

Cuando la miré en ese momento, esperaba verla devastada por aquellas palabras, pero, en cambio, lo estaba mirando apenada, como si quisiera consolarlo, pero sabiendo que sería en vano. Mi padre se perdió de mucho al no haber disfrutado de cada segundo con ella y, al final, mi madre sintió una gran decepción de que él fuera tan aburrido. Ese día, aprendí algo muy importante: mi madre nunca intentará cambiar por un hombre, y yo tampoco.

Mi madre me espera en Barista, pero es evidente que estaba esperando a Winnie en realidad,

porque pasa dos minutos hablándole con voz de bebé y rascándole las orejas antes de mirarme. Al menos me da tiempo para pensar qué ordenar.

Levanta la vista cuando la camarera llega con un *muffin* y un café con leche.

–Hola, Hazie.

–¿Ya ordenaste?

–Tenía hambre –responde mientras retira el papel del *muffin* con una mano llena de anillos, sin dejar de mirar a Winnie–. Apuesto a que podría arrojarle esto entero y no lo notaría.

Después de ordenar una ensalada de pollo al curry, miro a mi perra: mi madre tiene razón, está obsesionada con los tres pajaritos que comen migajas debajo de la mesa de al lado. Veo cómo se enloquece más con cada picotazo.

Se oye el ruido de un auto y pasa una pareja con el objeto preferido de Winnie (un carro de bebé), pero no reacciona. Hasta que mi madre deja caer un trozo enorme de *muffin* y Winnie salta sobre él de inmediato, como si hubiera percibido un cambio en la presión atmosférica. Se mueve como depredadora y tan rápido que las aves vuelan hacia un árbol.

Mi madre le arroja otro trozo de *muffin*.

–Deja de darle comida, la estás malcriando.

–Se llama Winnie Poodle, ya está malcriada –me recuerda.

–Por tu culpa no puedo comer nada sin que me esté mirando como si desmantelara una bomba. La estás engordando.

–La estoy haciendo feliz –replica y se inclina para darle un beso en el hocico–. Me ama. –Esta vez, mi perra atrapa la comida en el aire.

–Eres la peor.

–La mejor, mejor, mejor –canturrea ella.

–Sí, la mejor –concedo y le agradezco a la camarera que deja mi café–. Por cierto, insolente, me gusta tu corte de cabello.

Inconscientemente, se lleva la mano a la cabeza como si se hubiera olvidado de que tenía cabello. Siempre lo ha llevado largo, más que nada porque, de hecho, se olvida de que existe, y por suerte es fácil de mantener: grueso y lacio. Ahora lo tiene a la altura de los hombros y, por primera vez en la vida, tiene un poco de forma al frente.

–Dirás que estoy loca, pero luce como si esta vez hubieras ido a la peluquería –comento al tocarle las puntas.

–No sabía cómo cortarlo así, en capas –concede–. Wendy tiene una peluquera. –Wendy es una de sus mejores amigas. Se mudó a Portland hace unos diez años y fue otra razón para que mi madre también viniera. Primero, es republicana; luego, es agente de bienes raíces, y el tiempo que le queda lo dedica a fastidiar a su esposo Tom por ser perezoso. La amo porque ya es parte de la familia, pero, para ser honesta, no tengo idea qué tienen ellas en común–. Fui a verla ayer, creo que se llamaba Bendy o algo así.

–Ojalá que sea Bendy, suena genial. –Mi sonrisa es radiante como el sol.

–Espera –interrumpe con el ceño fruncido–. Era Brandy. Creo que mezclé Brandy con Wendy.

Me río mientras estoy bebiendo un sorbo de café.

–Sí, es muy probable –digo.

–Como sea, no es permanente. Y a Glenn parece gustarle.

Bebo otro trago, esta vez extenso a propósito, mientras mi madre me observa con ojos verdes traviesos.

–Glenn, ¿eh? –Finjo retorcerme un bigote; ella tararea y gira sus anillos–. Se ven mucho

últimamente. –Glenn Ngo es un podólogo de Sedona, Arizona, que mide unos diez centímetros menos que ella. Se conocieron cuando fue a verlo porque le dolían mucho los pies y, en lugar de decirle que dejara de usar sus botas de vaquero, él le dio unas plantillas ortopédicas y luego la invitó a cenar.

Y después la gente dice que el romance murió...

Sabía que estaban saliendo, pero no al punto en que ella dijera: «Me cortaré el cabello como a ti te gusta porque no soy para nada vanidosa».

–Mamá, ¿tú y Glenn han...? –pregunto en voz baja al tiempo que sumerjo la cuchara en mi café unas cuantas veces. Abre más los ojos y sus labios dibujan una sonrisa-. ¡Mujerzuela! –jadeo.

–¡Es podólogo!

–¡Ese es el punto! –susurro en broma-. Son conocidos por ser fetichistas.

–¡Cállate! –sisea entre risas y se reclina en su silla-. Es bueno y le gusta la jardinería. Todavía no está confirmado, pero existe la posibilidad de que sus visitas sean más... permanentes.

–¡No me lo creo! ¡Me dejas perpleja! –respondo con una sonrisa cursi antes de beber otro sorbo de café-. ¿Y no le molesta que cantes?

–Para nada. –Su expresión victoriosa lo es todo.

Nos miramos a los ojos un momento y nuestras sonrisas pasan de ser traviesas a ser suaves. Mi madre encontró a un buen candidato, uno que sé que la entiende de verdad. De repente, siento una presión en el pecho, porque, aunque no lo digamos, ambas nos preguntamos si existe un hombre así en realidad. Parece estar lleno de hombres que se enamoran de nuestras excentricidades, pero en el fondo esperan que sean temporales. Tarde o temprano, los agobia que no nos convirtamos en personas tranquilas con potencial para ser sus esposas.

–¿Y qué hay de ti? ¿Alguien... *por ahí*? –pregunta mi madre.

–¿A qué se debe el énfasis? ¿Con *por ahí* te refieres a «mis pantalones»? –Mientras como un bocado de ensalada, ella se encoge de hombros como si dijera «No me refería a eso, pero adelante»-. No. Pero adivina a quién vi. –Me enderezo e ignoro la preocupación de que su pregunta me haya hecho pensar en él-. No, olvídalo, nunca lo adivinarás. ¿Recuerdas a mi tutor de Anatomía?

–¿El que tenía una pierna ortopédica y era parte de tu equipo de patinaje? –arriesga pensativa.

–No, al que le escribí ese e-mail estando drogada con analgésicos.

–Ah, *sí* lo recuerdo. –Suelta una de sus risitas centelleantes-. El chico que tanto te gustaba. Josh algo.

–Josh Im. También le vomité los zapatos. –Por ahora, me reservaré la historia de sexo con su compañero de habitación-. ¿Quieres saber lo más extraño de todo? ¡Es el *hermano* de Emily!

Mi madre parece tardar unos segundos en procesarlo.

–¿*Tu* Emily?

–¡Sí!

–Creí que su apellido era Goldrich. –Amo que nunca se le ocurriría que una mujer adoptara el apellido de su esposo.

–Está casada, mamá. Es el apellido de su esposo.

–Así que, ¿su hermano y tú...? –sugiere mientras le ofrece las migajas de su *muffin* a Winnie.

–No, Dios, no. Ya soy una idiota para él, y estoy segura de que es un «tipo normal». –Es nuestro código secreto para la clase de hombres que no apreciarían nuestra locura tan particular-. Además, tiene novia. Se llama Tabitha –agrego sin poder evitarlo, y mi madre reacciona con un gesto de dolor-. Le dice Tabby. –Su disgusto empeora-. ¡Lo sé! –exclamo y clavo el tenedor en

mi ensalada—. Pero él es buena onda, quiero decir, al verlo, no pensarías que es un banquero.

—¿Y a qué se dedica?

—Es fisioterapeuta. Y es musculoso. —Me meto un bocado enorme de lechuga en la boca para acallar la imagen de Josh Im masajeándome los muslos fatigados con sus manos fuertes. Mi madre no dice nada; parece estar esperando a que diga más, así que me esfuerzo por tragar la comida y me pongo en modo parlanchina—: Nos encontramos anoche en la barbacoa de Emily y, es raro, siento que, como ya me vio en mi peor estado y tiene novia, no necesito controlar la locura delante de él. Siempre quise ser su amiga, ¡y aquí está! ¡Es mi nuevo amigo! Y me mira como si fuera un insecto fascinante, un escarabajo, no una mariposa. Y está bien, porque él ya tiene una mariposa y, si lo piensas, los escarabajos son geniales. Es lindo. —Por algún motivo inexplicable, repito—: Es lindo.

—Es lindo. —Me mira como si yo hubiera salido desnuda a la calle, con esa intensidad maternal que dice «¿Mi hija adulta conocerá su propia mente?». Yo niego con la cabeza, y ella se ríe mientras acaricia a Winnie sin pensarlo—. Tú. —Es lo único que dice.

—No, *tú* —replico.

—Tú, tú, tú —repite mirándome con adoración.

Capítulo cuatro

JOSH

Estaciono frente al complejo de apartamentos de Hazel y contemplo los edificios grises. Desde afuera, parecen cubos perfectos y me hacen preguntarme si un arquitecto de verdad se habrá tomado el tiempo para *diseñar* esto. ¿Quién crearía un cubo de concreto con ventanas cuadradas y diría «¡Por fin, mi obra maestra está completa!» al mirar los planos?

Aunque debo admitir que el jardín delantero es agradable, lleno de flores coloridas y con el césped muy bien arreglado. Y tiene un garaje subterráneo, algo difícil de igualar en una ciudad como...

Sin duda, estoy retrasando el momento.

Tomo la bolsa del asiento del acompañante y me acerco al timbre de la entrada. Después de presionar el 6B, escucho un chirrido desde arriba, así que retrocedo y veo a Hazel asomada por una de las ventanas, sacudiendo una bufanda rosada.

—¡Aquí, Josh! —exclama—. Lo siento, las escaleras están descompuestas, tendrás que trepar por la pared. ¡Te arrojaré una cuerda!

La observo, hasta que se encoge de hombros y desaparece. Un instante después, la puerta emite un zumbido agudo.

El elevador es diminuto y lento, lo que me hace imaginar que funciona con un adolescente aburrido que pedalea en una bicicleta fija en el sótano para hacer subir y bajar a los habitantes y a sus invitados. Avanzo por un corredor amarillo y me detengo en el 6B, donde me recibe un tapete que ostenta tres tacos de colores y dice «REGRESA CON TACOS».

—¡Bienvenido, Jeee-Miiin! —me saluda con una sonrisa gigantesca.

—Eres una maniática.

—Gracias, es un don.

—¡Ah! Por cierto, te traje un regalo. —Le entrego la bolsa—. Son manzanas, no tacos.

En la cultura coreana, se acostumbra a llevar frutas o algún obsequio cuando visitas la casa de alguien, pero Hazel, *maestra*, contempla la bolsa con diversión.

—En general, solo recibo de a una por vez —comenta—. Tendré que esforzarme mucho hoy.

—Podría haber traído una bolsa de cerezas, pero las manzanas me parecieron más apropiadas.

Suelta una risotada antes de invitarme a pasar.

—¿Quieres una cerveza?

—Claro. —Teniendo en cuenta la incomodidad de esta cita de amigos semi a ciegas, por supuesto que quiero una cerveza.

Dejo mis zapatos junto a una pila de los suyos, y ella me mira como si me estuviera desnudando.

—No tienes que sacártelos. Puedes hacerlo si quieres, claro, pero mi pila de zapatos es porque me da pereza recogerlos más que por cuidar la alfombra.

—Es una costumbre familiar —explico. Pero después de recorrer el apartamento con la mirada... le creo. Tiene una sala pequeña, una cocina estrecha, un espacio diminuto para la mesa y un corredor que asumo que llevará al baño y a la única habitación. De todas formas, está bien ventilado y es luminoso, ya que tiene dos ventanas en la sala y un balcón en el otro extremo.

Además de eso, está lleno de cosas, por todas partes. Cuando Emily y yo éramos niños, nuestra madre nos leía un libro acerca de un *gwisin* travieso que aparecía por las noches, jugaba con los juguetes de los niños, sacaba comida de las alacenas y tazones de los estantes. Por la mañana, cuando la familia despertaba, el *gwisin* desaparecía y dejaba todo lo que hubiera usado por ahí para que alguien más lo limpiara.

El hogar de Hazel me recuerda a esa historia. Aunque no es que esté desordenado, sino que está *lleno*. Hay libros apilados sobre la mesa de café, cartulinas de colores brillantes en el suelo, ropa doblada o colgada de las sillas y un canasto lleno de ropa que sostiene una puerta cerrada. Sé que la mayoría de las personas diría que es señal de que alguien vive aquí, pero me perturba la parte de mi mente que ansía orden.

La observo voltear hacia la cocina y caminar con sus vaqueros rotos y el jersey amarillo que cae sobre un hombro y revela el tirante de un sujetador rojo. Lleva el cabello recogido en el mismo moño gigante sobre la cabeza y los pies descalzos, con cada uña pintada de un color diferente.

Cuando se gira, me atrapa mirándole los pies.

—El novio de mi mamá es podólogo —dice con una sonrisa provocadora—. Puedo presentártelo.

—Estaba admirando el arte.

—Soy indecisa —responde agitando los dedos—. Winnie escogió los colores.

Miro alrededor en busca de señales de que alguien más viva con ella. Emily me dio a entender que Hazel vivía sola.

—¿Winnie?

—Mi labradoodle. —Gira hacia el refrigerador y se inclina para revolverlo, supongo que en busca de cerveza. Yo miro el techo al percatarme de que dejé que mis ojos se desorbitaran mirándole el trasero—. Mi loro se llama Vodka. —Su voz hace eco cuando se extiende hasta el fondo del refrigerador—. Y mi conejo es Janis Brincos. Enloquece cuando ve hombres, monta todo lo que encuentra.

¿Monta todo? Miro alrededor.

—Ajá...

Así que tiene un perro, un conejo y un loro.

—Ah, y mi nuevo pez se llama Daniel Craig. —Se levanta con dos cervezas, que abre con un bigote metálico colgado en la pared de la cocina, y me entrega una—. Están con mi mamá. Pensé que sería mejor ir de a poco.

—Gracias. —Brindamos, bebemos y luego me mira como si fuera mi turno de hablar. En general, no tengo problemas para conversar, pero con Hazel, aunque no me siento incómodo, creo que lo más entretenido que podría pasar sería que ella siguiera parloteando. De todas formas, trago la cerveza, me seco el labio superior y digo—: Así que te gustan los animales.

—Me gustan las criaturas bebés. Juro que tendría, no sé, diecisiete hijos.

Me quedo helado porque no estoy seguro de que hable en serio.

—¿Lo ves? —sonríe entretenida y se señala a sí misma—. Pésima candidata. Me gusta lanzar esa bomba en la primera cita. No es que esta sea una cita, claro, y tampoco quiero tener diecisiete hijos. Tres, quizá, si puedo mantenerlos. —Se detiene y se muerde el labio como si comenzara a sentirse cohibida, justo cuando empezaba a entender su forma de lanzarme toda la información junta en la conversación—. Este es el momento en el que Dave y Emily suelen decirme que estoy divagando y que me calle. Me alegra mucho que hayas venido. —Pausa—. Di algo.

—Llamaste a tu pez Daniel Craig.

—¡Sí! —afirma, al parecer, encantada de que le haya prestado atención.

Hace otra pausa para reacomodar un cabello rebelde; ¿es extraño que me agrade que su cabello parezca tan indomable como ella? Me devano la cabeza en busca de algo que decir que no se relacione con ese tren de pensamientos. Al parecer, fracaso.

—Las vacaciones de verano te sientan bien —es lo que me sale.

—Te asombraría ver lo que unos días sin alarma son capaces de hacer. —Se relaja un poco y contempla sus pantalones.

—Debe ser agradable. —Escuchar «alarma» es suficiente para reproducir en mi mente el sonido de mi despertador—. Si dependiera de mí, dormiría hasta las diez todos los días.

—Sí, pero según mi búsqueda en internet, tu negocio de fisioterapia está en la cúspide —comenta—. Y puedes ver todo eso en el espejo cada mañana. —Me señala los costados del pecho—. Así vale la pena despertarse.

No sé qué es más incongruente, Hazel frente a una computadora o que la haya usado para investigarme.

—¿Me buscaste en internet?

—No te la creas —resopla—. Te busqué en algún momento entre «filete a la Wellington» y «gallineros». —Como la miro intrigado, agrega—: El gallinero no necesita explicación. *Spoiler*: no puedes criar gallinas en un apartamento de ochenta metros cuadrados. —Baja los pulgares con dramatismo—. Y pensaba preparar algo elaborado para el almuerzo, hasta que recordé que soy perezosa y pésima en la cocina. Así que comeremos sándwiches, ¡sorpresa!

—Genial. Me encantan los sándwiches. —Estar con ella es como compartir habitación con un pequeño torbellino.

—De mermelada y mantequilla de maní —concluye chasqueando los labios como una caricatura.

Hace que me eche a reír y me provoca un impulso extraño de sacudirle el cabello como si fuera un cachorro.

Luego, se vuelve hacia la cocina, de donde trae una bandeja con provisiones: algunos tazones pequeños, algunos ingredientes inocuos (fécula, entre ellos) y algunas botellas de pintura no tóxica.

—Nunca hice sándwiches así —comento espiando encima de su hombro. Entonces me mira, y al estar tan cerca puedo ver que su piel es casi perfecta. Salir con Tabby me ayudó a notar esa clase de cosas, como el cabello, el labial, la ropa, porque ella siempre comenta sobre eso. Gracias a que me hizo prestarles atención, ahora rara vez veo a una mujer sin maquillaje y eso me hace querer contemplar un poco más la curva suave y al natural de la barbilla de Hazel.

—No es para los sándwiches. Moldearemos arcilla.

—Tú... —Me quedo callado porque no sé bien qué decir. Ahora que sé lo que haremos, me percató de que no tenía idea de qué esperar y de que era bastante obvio que haríamos algún proyecto artístico, por supuesto—. ¿Es una cita de juegos?

—Sí, pero con cerveza —ríe. Me entrega la bandeja y señala la sala con el mentón—. Pero

hablando en serio, parece divertido y quería intentarlo antes de hacerlo frente a treinta y ocho niños de tercero.

Ella sirve los sándwiches y luego preparamos algunos tazones de arcilla con pintura para crear varios colores. Cuando señalo que se manchó la mejilla de violeta, procede a pasarme su mano llena de pintura verde por la cara.

–Te dije que te divertirías.

–De hecho, nunca lo dijiste. –Levanta la vista como si estuviera ofendida, así que agrego–: Pero tienes razón. Hace al menos... dos décadas que no jugaba con arcilla.

Mi teléfono suena con el tono de mensajes de Tabby, así que me disculpo por lo bajo y lo busco con cuidado con las manos cubiertas de arcilla.

No podré llegar esta noche. Trish me retendrá aquí hasta tarde. ¡Es terrible!

Estuve pensando todo el día en tu pene y en cómo lo montaría...

Observo el nombre en la pantalla para confirmar que sea Tabby y no alguien con un número equivocado.

Es domingo. ¿Planeaba venir hoy? ¿Querría compensar su ausencia del viernes y... faltar mañana al trabajo?

La confusión va dando paso al pavor, que drena toda la sangre de mi corazón por el agujero en mi estómago. No solo estoy seguro de que no planeaba venir a Portland esta noche, sino que jamás me ha escrito algo tan sucio.

Me limpio el grueso de la arcilla y escribo una respuesta con manos temblorosas:

No sabía que pensaras venir.

Aparecen tres puntos que indican que está escribiendo... pero desaparecen. Y una vez más. Sigo observando la pantalla, consciente de las miradas ocasionales de Hazel, que moldea una bola de arcilla azul.

–¿Estás bien? –pregunta en voz baja.

–Sí, es que... recibí un mensaje extraño de Tabby.

–¿Extraño cómo?

Levanto la vista hacia ella. Me gusta ser reservado con mis cosas, pero a juzgar por su expresión, sé que debo lucir como si me hubieran apaleado.

–Creo que me envió un mensaje que era para... otra persona.

–¿Para otro *hombre*? –Sus ojos marrones se amplían, y usa un dedo teñido de verde y azul para apartar el cabello que se le pegó en la pintura púrpura de la mejilla.

–No lo sé. –Niego con la cabeza–. No quiero hacerme ideas ahora, pero... eso creo.

–Supongo que no fue algo del estilo «¿Me prestas una taza de azúcar?».

–No.

Hazel se queda en silencio y emite un sonido como si se ahogara. Cuando la miro, parece que estuviera sufriendo.

–¿Estás bien? –pregunto.

–Estoy tragándome mis palabras hostiles.

–¿Que estaba destinada a cagarla porque se llama Tabitha? –Ni siquiera hace falta que ella lo

diga.

–Yo no lo dije. ¡Fuiste *tú*! –exclama con un dedo acusador.

–No puedes ocultar ningún pensamiento. –Sonríe a pesar de los latidos descontrolados que siento en las orejas. Todavía no recibí respuesta y cada segundo hace que mis pensamientos sean más pesimistas. ¿Su mensaje *era* para alguien más? ¿Existe otra explicación para su silencio? Pensar en eso me da ganas de vomitar sobre el suelo caótico de la sala.

Ella deja la arcilla en un tazón y se limpia las manos con una toalla. Mientras tanto, me pregunto cómo luciré en este momento: desconcertado y con una palma gigante grabada en color verde en la mejilla.

–¿Cuánto tiempo llevan juntos? –pregunta.

Veo pasar un resumen de nuestra relación frente a mí: conocí a Tabby en un partido de los Mariners, en Seattle, supe que los dos éramos de Portland y la invité a cenar. Tuvimos sexo esa misma noche y sentí que podía ser la indicada. Se la presenté a mi familia y luego, por desgracia, la ayudé a vaciar su apartamento y escuché sus promesas de que su mudanza a Los Ángeles no cambiaría nada entre nosotros.

–Dos años.

–Es la *peor* duración cuando tienes nuestra edad –comenta con pesar–. Dos de tus mejores años perdidos, *invertidos*. –Apenas la escucho, pero no lo nota. Al parecer, cuando se pone en marcha, no se detiene hasta que descarrila por completo–. ¿Y si viven juntos o están comprometidos? Olvídalo, sus vidas ya están interconectadas y superpuestas y ¿qué se supone que hagas? ¿Casarte? Bueno, en tu situación no, claro, si es que te está engañando. –Se tapa la boca con las manos y balbucea a través de ellas–: Perdón, es una maldición.

El teléfono se ilumina sobre mis piernas.

Sí, quería sorprenderte!!!!

Es un fiasco!!!!

Resoplo y me froto la cara. Su respuesta me hace sentir peor. Miente, ¿no? Un signo de exclamación es de entusiasmo; cuatro, de desesperación. Tengo un vehículo sin frenos conduciendo a toda velocidad por mis venas.

–Esto no es bueno –balbuceo.

Percibo cómo Hazel se arrastra hacia mí y, cuando me descubro los ojos, está muy cerca, de piernas cruzadas, mirando el caos de arcilla en el suelo. No sé qué me motiva a hacerlo, porque apenas la conozco, pero le entrego mi teléfono celular sin decir nada. Creo que necesito que alguien más lo lea y me diga que lo estoy malinterpretando.

–Lo siento, Josh. –Ahora es ella la que resopla.

–Está bien. Puede que me equivoque. –Recupero el teléfono y lo arrojo sobre el sofá detrás de nosotros.

–Sí, claro, es posible –coincide de mala gana.

–La llamaré mañana –afirmo y exhalo lento y controlado.

–Puedes llamarla ahora si quieres. Yo estaría al borde de la locura. Puedo salir de la habitación para darte privacidad.

–Necesito reflexionarlo con la almohada –replico–. Tengo que pensar qué quiero preguntarle.

Ella se queda quieta a mi lado; se oyen los automóviles que pasan sin prisa por la calle; el

refrigerador emite un traqueteo metálico cada diez segundos, como si temblara. Contemplo sus uñas multicolor y noto que tiene una flor diminuta tatuada a un costado del pie izquierdo.

–¿Tienes una película de consuelo? –pregunta.

–¿Qué? –La miro confundido.

–La mía es *Aliens*. La primera no, la segunda, con Vazquez, Hicks y Hudson. Sigourney Weaver está increíble. Es una guerrera, casi madre sustituta, soldado y una *bestia* sensual. Me entregaría a ella sin dudarlo. Es la primera película en la que veo a una mujer demostrar lo fácil que podemos hacerlo todo.

–Suena genial. –Dejo que sus ojos de un tono entre café y miel singular me tranquilicen, es como si me hipnotizaran.

–Todavía no puedo creer que Bill Paxton haya muerto –agrega por lo bajo.

–Sí. –Creo que Tabitha y yo terminamos y ni siquiera sé bien qué sentir. Me encuentro en una especie de tierra inhóspita entre tristeza, adormecimiento y alivio.

Cuando su mirada se suaviza, por fin le encuentro un nombre al color de sus ojos: *whisky*.

–¿Quieres ver *Aliens*? –sugiere con mucha amabilidad.

Capítulo cinco

HAZEL

Puedo perdonar a Josh por no haber visto *Aliens*, nadie es perfecto; además, a su favor, intentó no mostrarse horrorizado en la primera escena, cuando el alien atraviesa el torso de Ripley. Si eso le pareció malo, imaginen su reacción cuando Hudson, Hicks y Vazquez encontraron los capullos de los colonizadores en el corredor. ¡Pum! ¡Aliens por todas partes!

Al final, no coincidió conmigo en que es la mejor película de la historia, pero antes de irse pronunció las frases «Fin del juego» y «Solo salen de noche. Más que nada». Sin duda, soy una excelente influencia.

A la mañana siguiente, paso algún tiempo con Winnie en el parque. Mientras ella retoza en el césped a mi lado, yo contemplo las nubes buscando formas de animales y me pregunto qué tiene Josh Im que tanto me atrae. No es solo que sea apuesto o amable, sino que su centro de tranquilidad tiene una fuerza gravitacional que atrae a mi fuerza caótica. Cada vez que lo miro a los ojos (desde la primera vez, la noche del vómito), siento una suave vibración en el pecho: soy un satélite que encontró su faro en la oscuridad.

Unos días después de nuestra cita de amigos, decido sorprenderlo en el trabajo y llevarlo a tomar un helado en su descanso. En parte se debe a que, en el fondo, quisiera almorzar helado todos los días del verano, pero también es porque recuerdo su expresión cuando leyó los mensajes de Tabby. Lucía como si lo hubieran golpeado, y todavía estoy esperando a que me ponga al día sobre lo que pasó con ella. Pero después de los sentimientos que mostró en mi casa, volvió a su estado equilibrado y seco.

Temo contarle a Emily lo que decía el mensaje, porque me da la impresión de que no le agrada la señorita Tabitha. Además, creo que lo último que necesita Josh es que una hermana entrometida le diga qué pensar al respecto. Tendré que madurar y preguntárselo a él.

—*Así que...* —insinúo y le sonrío sobre mi cono de helado. Él sabe a la perfección lo que diré y se limita a mirarme. Debo ser muy fácil de leer, porque parece que nunca le sorprende nada de lo que digo—. ¿Te encanta cómo me infiltré en tu vida?

—Todavía no me decido —responde después de morder una de sus chispas de chocolate.

—Pero aquí estás, disfrutando de un estupendo descanso del trabajo. —Señalo el escenario hermoso con una mano sobre la mesa: su taza de helado tamaño infantil y mi cono gigante que gotea por los lados.

—Nunca rechazaría helado —replica con una ceja en alto, a lo que asiento con expresión sabia.

—Bueno, Jimin, me agradas de todas formas.

–Lo sé.

–Y como alguien con quien nunca saldrías, pero que pronto será tu mejor amiga, diré sin segundas intenciones que no me gusta que estés en una relación con una potencial porquería traicionera.

–Vaya, no te andas con rodeos –dice con ojos asombrados.

–¡Ja, ja! –Me golpeo el muslo–. Fue un poco más fuerte de lo que esperaba. Lo que quería decir era... –me aclaro la garganta con delicadeza– si has hablado con Tabby.

–Parece que nunca coincidimos. –Me mira con recelo antes de bajar la vista a su taza y rascarla con un dedo–. Sí, sé que suena extraño, ya que estamos en la misma zona horaria. Está evitando esta conversación, y quizá yo también.

¿Cómo que pasaron cinco días de ese mensaje y todavía no hablaron? Yo me sentiría como una granada sin seguro. Claro, tiendo a sobrepensar las cosas la mayoría de las veces, pero estar en una relación en la que podría haber infidelidad y no querer saberlo de inmediato es otro extremo.

–¿Los dos están muertos por dentro?

–Es probable –afirma de inmediato.

–¿Por qué no vas a Los Ángeles para hablarlo en persona?

Entonces, levanta la vista y deja caer la cuchara en la taza vacía.

–Es que no sé qué hacer. Ella no volverá a vivir aquí, es un hecho. Así que, si superamos esto, tendré que mudarme a Los Ángeles...

–Terrible –lamento con la nariz arrugada.

–Sí. Es eso o... ¿tener una relación a distancia para siempre?

–Si eligen esa opción, sufrirás de codo de tenista por exceso de sexo telefónico. –Lamo una gota de chocolate de mi cono y suelto–: Qué bueno que eres fisioterapeuta. –Él me mira inexpresivo–. Quizá podría conseguir trabajo en un lugar que les guste a ambos...

–Tengo un negocio establecido aquí, Haze –replica negando con la cabeza.

–O... –continúo. Notar que abrevió mi nombre por comodidad me llena de calidez–. Ella podría descubrir que Los Ángeles no es lo suyo. La ubicación es solo geografía, no pueden dejar que eso se interponga entre ustedes si lo que tienen es bueno.

–Creí que no querías que estuviera con una «porquería traicionera» –dice sin parpadear.

–No quiero, pero ¿sabemos si te traicionó de verdad? –Pauso para chupar mi helado–. No *hablaste* con ella.

Josh mascula algo por lo bajo antes de levantarse a arrojar su taza a la basura.

–Tengo que volver al trabajo.

Me levanto balanceando mi cono para seguirlo; camina erguido y firme como un soldado, por lo que tengo que apresurarme para alcanzarlo y la punta de mi helado termina aplastada en el suelo. Me quedo mirándola desconsolada.

–Veo que te estás preguntando si podrías levantarlo. No lo hagas –advierte Josh con una mano en mi hombro.

–Estaba delicioso –chillo al ver que el chocolate y la mantequilla de maní comienzan a derretirse–. Es tu culpa por caminar tan rápido y rabioso. –Su mano sigue en mi hombro. Lo miro haciendo pucheros, pero el lamento desaparece al notar que intenta descifrar el asunto de Tabby como si fuera una partida de ajedrez en su mente–. Tendrías que ir a Los Ángeles, para solucionar las cosas o para terminarlas. No pueden hacerlo por teléfono y mucho menos por mensajes de texto.

–Zach y Emily piensan que tendría que terminar con ella y ni siquiera saben del mensaje. –

Deja caer las manos a los lados—. A mis padres tampoco les agrada. Gracias por considerar que podría no ser una porquería traicionera. —Una pausa—. Aunque me preocupa que lo sea.

—¿Por qué no les agrada?

—No se conocen muy bien. —Se endereza para volver a caminar, y yo me despido de mi helado derretido antes de seguirlo.

—¿Cómo puede ser? ¡Están juntos hace dos años!

—Tabby nunca se esforzó mucho por acercarse a *Umma*, mi madre. Y mi padre siempre es callado, pero no creo que ella haya intentado tener una conversación con él. Es algo difícil de pasar por alto, especialmente para mis padres.

Su teléfono suena con el tono que ya reconozco como el de Tabby, así que veo cómo lo saca del bolsillo y lee un mensaje varias veces antes de mirarme.

—Parece que Tabby está pensando lo mismo que tú.

Me muestra el mensaje:

¿Puedes tomarte unos días para venir a Los Ángeles?

No puedo irme ahora, pero quiero verte.

Cuando Josh va de camino a la oficina, con mi mirada protectora lo veo alejarse. Aunque tiene la complexión de un atleta musculoso y definido, hay una señal de vulnerabilidad en él, quizá en su nuca, en su cabeza un poco gacha. Sé que nos conocemos hace una semana nada más, pero no quiero que le rompan el corazón. También me desanima que nadie me mande a volar como él; es directo y, de algún modo, le resulto entretenida.

Para peor, llegando a mi apartamento, escucho que Winnie está dentro ladrando como loca, así que abro la puerta presa del pánico y lo primero que hago es pisar un charco. Me quedo boquiabierto al ver que la sala está toda inundada y la alfombra cruje bajo mis pies. Entre los aullidos de Winnie desde la habitación, se oye un siseo desde algún lugar de la casa, desde donde el agua corre alegremente. Debió haberse roto una tubería, porque hay una pequeña laguna en la sala que llega hasta la cocina y fluye por el corredor. Chapoteo en busca de la fuente de agua, hasta percatarme de que es el lavabo del baño.

Winnie me ladra desde la seguridad de mi cama. Vodka me chilla enfadado desde su posadero y Janis no deja de saltar dentro de su jaula. Es una combinación digna de una comedia excéntrica y me hace reír, pero la risa enseguida se convierte en un gimoteo suave.

Logro cerrar la llave enseguida, pero el daño ya está hecho, así que me desplomo en el charco más profundo y miro hacia fuera desde el baño. Las alfombras están arruinadas y es probable que los muebles también. Las pilas de papeles que había dejado en el suelo de la sala se desintegraron. Los libros, la ropa, los zapatos, los juguetes de Winnie: todo está mojado.

Me quedo estupefacta unos minutos y no puedo pensar más que *Mierda. Mierda. Mierda.*

Odio tener que ser la adulta en estas situaciones. Sé que no es mi culpa, pero el dueño se enfadará de todas formas, y tendré que esforzarme mucho por resistir la necesidad de disculparme. Encontraré la forma de culpar a Winnie o a Janis, porque tuve que endulzarle el oído para que me dejara tenerlos. (No es que lo haya seducido de verdad, *argh*). Tendré que limpiar todo el apartamento y mudarme al menos por un tiempo a algún lugar donde pueda tener

a mis animales, así que un hotel no es una opción. No puedo quedarme en el apartamento diminuto de mi madre con un perro, un ave, un conejo y la posibilidad de que Glenn se quede de forma permanente. Emily tiene una habitación extra, pero son tan obsesivos con la limpieza que hasta cenar con ellos me estresa.

Cuando por fin me levanto, busco mi bolsa en la encimera de la cocina y llamo primero al dueño. No debería sorprenderme que acabara de hablar con mi vecino de abajo, cuyo techo comenzó a gotear, y me alivia no ser yo quien le revele las malas noticias. Él me informa que cubrirá mi renta en otro lado, y sé que mi seguro reemplazará todo lo que arruinó el agua y, aunque es un alivio, apesta de todas formas, porque depende de mí empacar todo, resolver esto y encontrar dónde dormir.

Estoy segura de que mi madre acogerá a Janis, a Vodka y a Daniel, pero Winnie tiene que quedarse conmigo. Meto todo lo posible dentro de un par de maletas y cargo a mi familia animal en el automóvil, donde me quedo sentada mirando por la ventanilla. Daniel nada alegremente dentro de su taza, que dejé en el portavasos; Vodka repite la palabra «galleta» unas setecientas veces desde el asiento trasero; Winnie se extiende desde el asiento del acompañante para lamerme la oreja, y escucho cómo Janis se esconde entre los periódicos dentro de su jaula.

—Somos indigentes, amigos.

Winnie me mira como si fuera una melodramática, así que llamo a Emily para tener algo de compasión.

—¿Se *inundó*? —repite—. ¿De verdad?

Siento cómo me tiembla el labio, el temblor se expande al mentón y, de repente, estoy llorando al teléfono, lamentándome por todos los proyectos artísticos arruinados, por la alfombra, por mis alpargatas azules preferidas, porque no podré vivir con mi loro y mi conejo las próximas semanas, porque me gustaba mi apartamento, era luminoso y mi vecina horneaba pasteles muy seguido, así que siempre olía bien y...

—¡Hazel, *silencio*! —exclama Emily desde el otro lado—. Intento decirte que creo que podrías quedarte en la casa de Josh.

—Si se parece a ti con el orden y limpieza, me asesinará en menos de una semana —sollozo.

—Se va a quedar en Los Ángeles unas semanas.

Así que compró un boleto... Estoy feliz y triste por él a la vez. Quiero que esté con alguien mejor que Tabitha, aunque apenas lo conozco a él y nunca la vi a ella.

—Lo sumaré a la llamada, espera —agrega Emily y desaparece antes de que pueda hacer alguna objeción. Cuando vuelve, se asegura de que estemos los tres en la llamada.

—Aquí estoy. —Josh suena cansado y aburrido, pero no sé si es su humor apático habitual o si está molesto... o ambos.

—Bueno, resulta que el apartamento de Hazel se inundó —declara Emily.

—¿Cómo? ¿De verdad? —dice mucho más alerta—. ¿Mientras conversábamos hace rato?

—¿Se vieron hoy? —inquieta su hermana.

Pero ignoro la intensidad del interés en su voz y le explico lo que pasó a Josh.

—Estalló una tubería. En otras circunstancias, haría muchos chistes de doble sentido al respecto, pero apesta. Tendré que mudarme al menos por tres semanas —concluyo mientras pongo en marcha el automóvil.

—Josh, pensé que podría quedarse en tu casa hasta que encuentre un lugar —interviene Emily—. Tú no estarás y tienes lugar de sobra. Mantendrá el caos reservado a la habitación de invitados.

—¿Lo haré? —Me pregunto si ella misma lo cree.

—Sin mascotas —advierte Josh de inmediato.

–¿Winnie? –replico–. Te pagaré mi renta.
–¿Está entrenada?
–¿Disculpa? –Ofendida, me llevo una mano al pecho–. Mi can tiene modales impecables.
–Sí, como digas –ríe sin humor.
–¿De verdad? Josh, eres el mejor –festejo bailando en mi asiento.
–Como sea.
–Suenas triste, mejor amigo. –Su tono me estruja un poco el corazón.
–Yo soy tu mejor amiga –me recuerda Emily.
–Siempre fue mi plan que ustedes se pelearan por mi amor. –No puedo contener la emoción en la voz.
–Tengo que cortar –suspira Josh–. Estoy trabajando y vuelo a Los Ángeles a las siete. Emily te dará su juego de llaves.
–¿Estás bien? –le pregunto.
–Espera. ¿Por qué no estaría bien? –interviene Emily.
–Tenía una molestia intestinal –invento lo primero que se me ocurre.
–Estoy bien –bufa él del otro lado de la línea. Después de una pausa, dice con una voz un poco más amable–: Llámame si necesitas algo, Hazel.
–Gracias, Josh. –Me conmueve el corazón.
No dice nada más, pero se oye cómo cuelga. Emily está en silencio absoluto.
–¿Hola?
–Aquí estoy –dice después de aclararse la garganta.
–¿Puedo buscar las llaves? Es demasiado lindo de su parte, no puedo...
–¿Qué está pasando entre ustedes?
–Nada, *dah*. –Señalo el reloj como si se acabara el tiempo, pero claro que ella no puede verlo–. No es nada romántico, en absoluto. Pero me agrada mucho. Es como un imán. Me gusta su humor seco, su sarcasmo y cómo me entiende. Creo que nos estamos haciendo muy buenos amigos y me hace muy feliz.
–¿Muy feliz? –repite. Empiezo a responderle, pero me percato de que solo se está burlando de mi tendencia a exagerar.
–Sí. En serio, no hay atracción.
–De acuerdo –resopla.

Capítulo seis

JOSH

Después de dos días, dos vuelos y más dramas que en una noche de juerga en la universidad, aquí estoy, de vuelta en casa. Y claro que no puedo abrir la puerta.

Quito la llave y me arrodillo para mirar por la cerradura. Cambié las de ambas puertas, delantera y trasera, cuando remodelé las entradas hace un año, y no se me ocurre por qué podría estar atascada.

A menos que alguien haya querido forzarla, concluyo al mirar más de cerca.

Hazel.

Me enderezo y miro la hora mientras pienso qué hacer. El día ha sido una pesadilla y, aunque sé que debería ir a dormir al sofá de mi hermana, lo único que quiero es quitarme la ropa y desplomarme en mi propia cama. Ya son más de las dos de la madrugada, Hazel debe estar durmiendo en la habitación de invitados, así que podría entrar por atrás y explicárselo por la mañana, ¿no?

Decidido, levanto mi bolso y voy camino al patio trasero.

Las luces de la calle no alcanzan a iluminar el costado de la casa, que es húmedo y sombrío por los árboles incluso en pleno día. Ahora está en completa penumbra, así que ilumino con la linterna de mi teléfono hasta llegar a la verja. Hace semanas que no la abría, así que la bisagra rechina cuando la empujo, y mis pasos crujen por el césped húmedo hasta que subo los escalones hacia la puerta trasera. Por suerte, esta cerradura parece funcionar. Abro y entro en silencio, pero me tropiezo con algo en cuanto doy un paso: un zapato. Uno de los, al menos, seis pares apilados en una esquina y desperdigados por la alfombra. Estoy demasiado exhausto como para preocuparme por eso ahora, así que los pateo fuera del camino.

La ducha tendrá que esperar.

De camino a mi habitación, percibo una sombra en movimiento. Giro la luz del teléfono y veo una bolsa de patatas fritas en la cocina, un sendero de migajas que llega hasta una caja de pizza vacía y el fregadero lleno de platos sucios. Mi corazón se muere por limpiar todo, pero mientras estoy distraído, escucho un jadeo detrás de mí, por lo que giro con los brazos en alto.

—Mier... —logro pronunciar antes de sentir una punzada de dolor.

Luego todo se vuelve negro.

Cuando recupero el conocimiento, veo a Hazel sobre mí. Luce como salida de un dibujo animado, con los ojos desorbitados y un paraguas amenazante sobre la cabeza, vestida con una camiseta corta y los pantalones más diminutos que he visto. Si no quisiera matarla, me tomaría un momento para apreciar la vista.

—¿Me golpeaste con un *paraguas*?

—No. Bueno, sí. —Lo deja de inmediato—. *¿Por qué te colaste por tu propia puerta trasera?*

El tono agudo de su voz intensifica mi dolor de cabeza.

—Porque alguien rompió la cerradura.

—Ah. —Se muerde el labio inferior—. En realidad, no está rota. Me quedé afuera e intenté forzarla con un broche. Técnicamente, fue el broche lo que se rompió, no la cerradura.

Me mira desde arriba con las manos en las caderas, y el problema es que la postura resalta su pecho y, aun con poca luz, noto que debería abrigarse. No me cabe duda de que no tiene sostén.

—Pensé que eras un asesino. —Señala a su perra, que tiene medio cuerpo sobre mí y me lame la cara—. Winnie empezó a gruñir, luego escuché movimiento al costado de la casa. Tienes suerte de que tus sesos no hayan quedado desparramados por el suelo inmaculado de tu cocina.

Cierro los ojos con fuerza; quizá si los mantengo cerrados un tiempo, cuando los abra todo habrá sido mi imaginación. No es lo que sucede.

—Parece que una familia de mapaches estuvo viviendo aquí.

Al menos tiene la decencia de parecer un poco culpable antes de ir hacia el congelador. Y yo aparto la vista antes de que se agache.

—Pensaba limpiarlo antes de que llegaras —responde con una bolsa de guisantes en la mano—. ¿Qué haces aquí? ¿No salió bien? —inquire al entregarme la bolsa.

—Eso es decir poco. —Me siento y me apoyo los guisantes congelados en la frente, donde ya sé que tendré un magullón. En cierto modo, es una conclusión acorde a mi viaje infernal. El primer día, Tabby admitió que estuvo acostándose con alguien. Pasé el resto de la tarde en la playa, mirando el mar. No es que me haya sorprendido del todo, pero debía pensar sobre su insistencia en que podríamos resolverlo. Pero el segundo día me confesó que había empezado a hacerlo desde antes de su mudanza a Los Ángeles y que él la había ayudado a conseguir el trabajo. La cereza del pastel fue cuando dijo que esperaba seguir viéndonos a los dos.

Resulta que esto también fue parte del día dos.

—¿Quieres hablar?

Comienzo a caer en la cuenta de que Tabitha y yo terminamos. Mantengo la mirada al frente, fija en la peca solitaria en el hombro de Hazel. ¿Qué significa que me interese más saber cuándo la descubrió que contarle lo sucedido con Tabby? ¿Es por la conmoción? ¿El cansancio? ¿Por hambre? Llevo la vista a su rostro.

—Estoy bien —afirmo y me miro los calcetines. Son grises, con piñas diminutas y tacitas de helado; Tabby me los regaló en una de las primeras visitas que hice después de que se mudó. Me llevó a Disney y recuerdo estar en la fila y pensar: *Esta mujer será mi esposa algún día*. Qué idiota.

Estuvimos juntos dos años, en el medio ella se mudó a Los Ángeles, y ahora solo me siento engañado y patético.

—Asumo que terminaron... —Hazel se sienta en el suelo de cerámicas oscuras a mi lado.

—Sí. —Acomodo los guisantes para mirarla—. Resulta que sí es una porquería traicionera. —Hazel hace una mueca gruñona—. Lo ha sido desde que se mudó.

—¿Qué? —gruñe como una fiera—. ¿Hablas en serio?

—Sí. Se ha estado acostando con ese tipo desde antes de irse. Se mudó para estar cerca de él.

–Qué zorra.

–¿Sabes? Lo peor ni siquiera es que la extrañaré, sino lo estúpido que me siento. Me emboscaron. El otro tipo sabía de mí, pero yo no tenía idea. –La miro y como sé que ella entenderá por qué me mata, agrego–: Se llama *Darby*.

–¿Se ha estado acostando con un tipo llamado Darby?

–Exacto. –Hiervo de rabia.

–Tabby y Darby –dice con una carcajada–. Es ridículo, aun para Disney.

Hace que se me escape una sola risotada.

–Pero ¿por qué no me habló de él? ¿Por qué me arrastró en esto?

–Tal vez quería seguir contigo porque eres la imagen de la perfección. –Hace una pausa–. Excepto por lo de *Aliens*, claro.

Su cabello es un embrollo sobre su cabeza y tiene los ojos hinchados por el cansancio, pero está sonriéndome como si me hubiera ausentado por meses. ¿Hazel Bradford alguna vez deja de sonreír?

–Solo quieres hacerme sentir mejor –la acuso.

–Por supuesto. Tú no eres el malo de esta historia.

–Es verdad. Tú lo eres, porque me rompiste la cara.

–Tu cara está bien. –Se pone de pie y me ofrece una mano con la que me ayuda a levantarme–. Pero ¿cómo está tu corazón? –Me da unas palmaditas en el pecho.

–Se recuperará.

Hazel asiente antes de acariciar a Winnie, que también se ve cansada.

–No te metas así en una casa en donde hay una mujer sola o correrás el riesgo de recibir un paraguazo en el rostro.

–Es *mi* casa, genio.

–Un mensaje para avisarme que estabas en camino te hubiera salvado del golpe, *genio* – replica y se marcha hacia la habitación de invitados–. Duerme un poco. Mañana iremos al minigolf con mi madre.

Llegué tan cansado y dormí tan profundo que olvidé las últimas palabras de Hazel, hasta que la encuentro en la cocina a la mañana siguiente, con pantalones cortos, calcetines de rombos hasta las rodillas, camiseta polo y boina. La conozco lo suficiente para saber que es su disfraz de golf. También se puso mi delantal y está parada frente al fregadero, rodeada por una nube de humo negro.

–No me acostumbro a tu estufa –dice como explicación, mientras intenta usar el cuerpo para ocultar lo que sea que esté sucediendo.

–Es a gas. –Me inclino para tomar un paño de cocina y envolver la manija del sartén humeante de hierro quemado. Mi camiseta queda impregnada de aroma a tocino carbonizado de inmediato. Llevo el sartén afuera y lo dejo sobre el suelo de concreto del pórtico.

–La mía también es a gas, pero no hace eso.

–¿Qué? ¿Fuego? –pregunto mirándola por encima de mi hombro.

–¡No emite tanto calor!

Después de cerrar la puerta, dejo el paño en la encimera y evalúo los daños. *Creo* que intentaba hacer pancakes, al menos eso parece por el líquido beige que chorrea por la puerta de la alacena. Sobre la encimera también hay una bolsa de harina desgarrada y lo que parece ser toda mi provisión de utensilios. Hay platos *por doquier*. Antes de seguir, respiro hondo para

tranquilizarme.

—Es de uso profesional. —Acerco el cesto de basura para tirar varios cascarones de huevo—. Es más potente, así que se calienta más rápido y tiene una llama más grande.

—Fascinante, joven —dice con acento elegante.

Winnie espera con obediencia sentada fuera de la cocina, y juraría que su mirada dice «¿Ves con lo que tengo que vivir?».

Sí, Winnie, lo veo.

—¿Qué haces, Hazel?

Responde levantando las manos: en una tiene una espátula de Mickey que debió haber traído de su casa, la otra está teñida de púrpura. No quiero saber la razón.

—Estoy preparando el desayuno antes de ir al minigolf.

—Podríamos haber salido a desayunar. —Por el estado de la situación, quizá tengamos que hacerlo de todas formas.

—Bueno, el tocino está un poco más... *carbonizado* de lo que me gusta, pero tenemos pancakes —afirma y sirve los dos más delgados y tristes que haya visto jamás. Luego gira orgullosa—. ¿Cuántos quieres?

Me sorprende la sensación de cariño que me inunda el pecho. Hazel por poco quemó mi cocina, me hizo un magullón en la frente con un paraguas y me rompió la cerradura, pero preferiría comer un plato lleno de esos pancakes antes que herir sus sentimientos cuando viste calcetines de rombos y una boina.

—Solo dos, está bien.

—Genial —dice animada antes de dejar el plato frente a mí junto con una botella de jarabe. Luego vierte mantequilla en un sartén, que ya puedo notar que está demasiado caliente—. Hablé con tu hermana esta mañana.

—¿Esta mañana? —Levanto la vista del pancake al que le estaba raspando las partes quemadas—. Apenas son las ocho —señalo al ver el reloj de la cocina.

—Lo sé, pero le escribí anoche cuando pensé que alguien se estaba metiendo a la casa. Tuve que decirle que no me habían asesinado mientras dormía y eso me llevó a decirle que habías vuelto.

Genial, si hay alguien que se vanagloriará de esta situación, es Emily. Es capaz de dar una fiesta.

—¿Qué dijo? —pregunto con la atención de vuelta en mi desayuno.

—No le di más detalles. Quiere que la llames cuando despiertes.

—No lo dudo —balbuceo, pero llega a escucharme de todas formas.

—No tienes que contarle nada si no quieres. Decirle que terminaron sería suficiente.

—¿Y crees que eso saldrá bien? —Cuando levanto la vista, la veo acomodarse el cabello detrás de la oreja, con lo que deja a la vista la curva extensa de su cuello—. ¿Podrás contenerte de contarle que Tabby estuvo engañándome durante un año?

—No es mi historia, no me corresponde contarla. —Me observa con curiosidad.

Pensar en no tener que compartir los detalles me genera una oleada de alivio, fresco y repentino. Emily nunca dejaría de decir «Te lo dije».

Bajo la vista hacia Winnie, que me mira apenada con sus ojos café para que deje caer alguna migaja, así que corto un trozo de pancake y se lo doy con cuidado.

—No la consientas —me advierte Hazel por encima de su hombro.

—Hazel, la perra a la que no quieres que consienta usa una camiseta de la Mujer Maravilla.

Inclinada desde el otro extremo de la isla de la cocina, apaga la estufa antes de girarse hacia

mí.

–¿Cuál es el punto?

–Ninguno. –Le doy otro trozo de pancake a la perra–. Pero ¿de verdad tengo que ir al minigolf?

–No *tienes* que hacerlo. –Se lleva un trozo demasiado caliente a la boca–. Mi madre y yo iremos y pensé que no querías estar solo.

En cuanto lo menciona, sé que tiene razón. Aunque también debería ir a casa de mis padres, hace varias semanas que no paso tiempo con mi familia.

–Pensaba ir a la casa de mis padres.

–Como tú quieras. –Se encoge de hombros–. Si vienes con nosotras, puedo acompañarte a casa de tus padres después. Todavía no los conozco.

–No tienes que ser mi niñera, Hazel.

–Está bien, lo siento. –Se aleja y me sonrío con culpa–. Es un exceso de *Hazelosidad*.

Observo cómo lava los platos y consigue limpiar la cocina con bastante experticia mientras termino el desayuno. No está haciendo pucheros y no parece herida. Creo que percibió algo en mi tono que no era mi intención transmitir.

–¿Qué implica un exceso de *Hazelosidad*? –pregunto.

–Tiendo a ser demasiado habladora, tonta, exuberante, entusiasta y fortuita –enumera con las manos extendidas–. Demasiado Hazel.

Sí, es todas esas cosas, pero es por eso por lo que me agrada: es ella misma. Cuando avanza para salir de la cocina, la tomo de la muñeca.

–¿Dónde queda el minigolf?

Hazel no se parece en nada a su madre, pero la genética obra en formas misteriosas, porque no dudaría ni un segundo de que es hija de esa mujer que se presentó como Aileen Pine, no Bradford. Lleva una falda de volados con un bordado de pavos reales, una blusa azul brillante y, además de tener un anillo en cada dedo, usa unos pendientes que le llegan hasta los hombros. Aunque su forma de vestir no tenga nada en común con la de su hija, ambas exclaman excentricidad.

Aileen me saluda con un abrazo, coincide con Hazel en que soy adorable, pero no el tipo de su hija, y luego se disculpa por el e-mail bajo el efecto de las drogas de hace tantos años.

–Tendría que haberlo escrito yo.

–Aún lo tengo impreso. –Sonrío ante la absoluta falta de vergüenza de Hazel–. Podría enmarcarlo por el tiempo que Hazel se quede en mi casa.

–¿Como un recordatorio constante de mi encanto?

–Claro –afirmo mientras tomo el palo de golf y la pelota rosada brillante que me entrega el empleado detrás del mostrador.

–Hablando de eso –comienza Aileen–, ¿mi hija está destruyendo tu casa?

–Algo.

–Anoche lo noquéé con mi paraguas –comenta Hazel mientras arroja su pelota azul de una mano a la otra, como si estuviera haciendo malabares. Con una sola pelota de golf.

–Supongo que debes alegrarte de que no haya sido un sartén. –Aileen me lanza una mirada cómplice ante el tono orgulloso de su hija. Dado que el paraguas me dejó un golpe del tamaño del puño de un bebé en la frente, no puedo contradecirla.

–Tiene buen *swing*.

Nos dirigimos al molino que da inicio al recorrido y, por cortesía con los mayores, dejamos que Aileen vaya primero. Hace hoyo en uno con facilidad; la pelota atraviesa el aspa del molino, sube y baja de una colina pequeña y entra en el hoyo en una esquina.

Me toma diez golpes hacer lo mismo, tanto que las dos me están esperando sentadas en una banca junto al arroyo pequeño cuando termino. Hazel recogió varias piedras del camino, que intenta embocar en la boca abierta de la estatua de pez.

—¿Son expertas en minigolf? —les pregunto.

—Ahhh, si tan solo me sirviera para algo... —se ríe Aileen, con lo que, una vez más, me recuerda a Hazel. Es la misma risa desde las entrañas, que parece ser natural como una exhalación. Estas mujeres son fábricas de risas.

—Mamá solía traerme todos los sábados mientras papá miraba fútbol —me explica Hazel.

Intercambian miradas cómplices que se transforman en sonrisas, y luego Aileen le pide una actualización del estado del apartamento: faltan unas semanas para que esté apto para mudarse. Mientras las escucho hablar, me maravilla que parezcan comunicarse con oraciones inconclusas, que terminan asintiendo con la cabeza, con una expresión o un gesto dramático con la mano. Parecen más hermanas que madre e hija. Cuando Hazel dice tonterías del novio de su madre, las miro perplejo y espero que Aileen se escandalice, pero se limita a sonreír y a ignorarla.

Son extravagantes, con una cuota subyacente de confianza inquebrantable. Todos las miran cuando pasan, como si hubiera algo magnético en la forma en que atraviesan el campo en una danza sincronizada. Yo las sigo detrás y proceso lo rápido que me convertí en el hombre serio para las payasadas de Hazel.

Al final del día, me alegra no haber apostado nada, ya que Aileen nos ha pasado el trapo. Pero para compensar nuestros egos heridos, nos compra café y galletas y me regala varias historias increíbles sobre Hazel: el día en que se tiñó el vello de las piernas de azul; cuando decidió tocar la batería y entró al concurso de talentos de la escuela después de apenas dos semanas de clases; la ocasión en la que llevó un supuesto perro callejero a casa y resultó ser un coyote.

Para cuando volvemos a mi automóvil, me percaté de que hace más de una hora que no pienso en Tabby, pero en cuanto tomo consciencia del hecho, el sabor amargo resurge desde mis entrañas, así que cierro los ojos y echo la cabeza hacia atrás.

Esa es la realidad: mi novia estuvo acostándose con otro tipo durante la mayor parte de nuestra relación.

—¡Ay, no! —se lamenta Hazel mirándome por sobre el techo del automóvil—. La burbuja de felicidad estalló.

—Acabo de recordar que soy un idiota.

—Te diré algo —comienza mientras sube al asiento del acompañante—, sé que este asunto de Tabby apesta, pero *todos* nos sentimos idiotas alguna vez en nuestras relaciones, al menos tú tienes una excusa mejor que los demás. En cuanto a mí, tengo que esforzarme la mayor parte del tiempo para no sentirme estúpida. No siempre entiendo cuál es la mejor manera de interactuar con otros seres humanos.

—*Sin duda* —bromeo con una sonrisa, pero ella lo ignora.

—Tiendo a sobreemocionarme, lo sé, y digo las cosas equivocadas. No sé relajarme. Y sí, los hombres me han hecho sentir estúpida una *infinidad* de veces.

—¿De verdad?

—No debería sorprenderte —se ríe—. Soy extravagante.

—Sí, pero una buena. —Enciendo el motor y los dos saludamos a Aileen cuando pasa junto a nosotros. Veo una calcomanía que reza con orgullo «NEIL DEGRASSE TYSON PRESIDENTE» en el

parachoques de la Subaru abollada.

–Sé que no me resultará fácil encontrar a la persona perfecta porque soy demasiado para procesar, pero no cambiaré solo para ser «*girlfriend material*».

–Eres demasiado dura contigo. –La miro de reojo al comenzar a conducir.

–Aprendí a serlo –afirma y hace una pausa–. ¿Tienes idea de la cantidad de hombres que quieren salir con la chica salvaje y adorable unas semanas y luego esperan que me tranquilice y sea una «novia normal»?

Me encojo de hombros como respuesta, aunque me puedo imaginar lo que intenta decir.

–Pero, a fin de cuentas, ser yo misma es suficiente –declara y saca una mano por la ventana para sentir el viento con los dedos–. Soy suficiente.

No lo dice para convencerme a mí ni a ella misma, está segura de ello. Mientras la veo tomar mi teléfono y elegir la música para el camino a casa de mis padres, me pregunto si eso será parte de mi problema: solía pensar que era muy seguro, pero ahora lo único que tengo es una sensación profunda de no ser suficiente.

Capítulo siete

HAZEL

Nunca pensé que tendría que prepararme para conocer a los padres de Josh. Son personas, nada más, ¿no? Emily mencionó que son bastante sobreprotectores, en especial con Josh, porque no está casado, pero... ¿qué padres no lo son? Sé que la madre siempre le llena el congelador de comida, pero tampoco es algo anormal. Hablando en serio, de no haber sido por mi madre y su huerta prolífica, a estas alturas tendría escorbuto.

Recuerdo que Josh mencionó que era una costumbre familiar llevar frutas cuando van de visitas, así que lo obligué a hacer una parada en la tienda y preparé la mejor canasta de frutas que pude.

—Algunas manzanas hubieran sido más que suficiente —comenta al bajar del automóvil y cerrar la puerta.

—Quiero dar una primera impresión positiva.

—Estás chiflada. Lo sabes, ¿no?

Acomodo la canasta, que se me está resbalando de las manos, y lo esquivo cuando intenta tomarla.

—Escucha —le advierto—, planeo ser madrina de tu boda y dar un discurso. No es momento para asumir riesgos.

Él se ríe y lidera el camino hacia la entrada, donde hay helechos en maceteros y una campana de viento. Como la puerta no tiene llave, entra sin llamar.

—¿Appa? —llama—. ¿Umma? —Luego, pronuncia una serie de palabras que no entiendo.

Me atrae el imán sexual de su voz hablando en coreano, pero otra voz desde el interior de la casa capta mi atención de inmediato.

—¿Jimin?

—Es mi madre —explica él y procede a quitarse los zapatos y a dejarlos junto a la puerta—. Umma, traigo compañía —anuncia.

Sigo su ejemplo y logro quitarme los zapatos justo cuando una mujer adorable de cabello oscuro aparece en la sala. Creo que no había percibido bien el parecido entre Josh y Emily hasta ahora, que estoy frente a una amalgama de los rasgos de ambos. Su madre es pequeña, igual que Emily, y su cabello oscuro y largo hasta el mentón se eleva de forma rebelde en las puntas del lado izquierdo. Aunque aún no sonríe, sus ojos parecen tener una sonrisa permanente.

—Ella es mi amiga Hazel —dice Josh con una mano en el medio de mi espalda.

—¿La Hazel de Yujin?

Siento un rastro de rivalidad entre hermanos en el ceño de Josh.

–Bueno, también es mi Hazel –responde, y no hace falta decir que me encanta escucharlo–. Hazel, ella es mi madre, Esther Im.

–Es un placer conocerte, Hazel. –Ahora la sonrisa llega a su boca y se extiende por todo su rostro. Es igual a la sonrisa inesperada como un rayo de sol de Josh. Ya la adoro.

Mi primer impulso siempre es abrazar a las personas, rodearlas como si hubiera una línea directa desde mis extremidades hasta mi corazón. Por suerte, ahora sostengo la canasta de frutas más grande del mundo y tengo los brazos ocupados. Pero, por desgracia, todos los dramas coreanos que vi en la vida eligieron este momento para despertar en mi mente y hacer que me incline para saludarla con una reverencia, lo que provoca que las manzanas y naranjas salgan rodando por la entrada inmaculada de la señora Im.

Entonces, suceden varias cosas. Primero, suelto un rosario de maldiciones, algo que no debería hacer delante de la madre de nadie, mucho menos si es la dulce *umma* coreana de mi mejor amigo. Después, dejo caer toda la canasta frente al pobre y desprevenido Josh y me lanzo en cuatro patas sobre la alfombra para recoger las frutas.

–Hazel... –dice él. Ya ni siquiera suena sorprendido por mis payasadas.

–¡Las tengo! –me disculpo mientras repto desesperada en busca de la fruta magullada, que guardo en una cesta improvisada con el frente de mi camiseta.

–Hazel –repite en tono más firme, y siento sus manos en la cintura cuando me jala para ayudarme a levantarme.

El Torbellino Hazel ataca de nuevo.

–Lo siento. –Me acomodo el cabello y giro mi falda para que esté del lado correcto. Estaba muy ansiosa por conocerla, por supuesto que eso me llevaría a hacer algo como arrojar una canasta de frutas al suelo. Con toda la delicadeza posible, tomo algunas naranjas clementinas de las proximidades de mi escote–. ¿Las guardo en el refrigerador por usted?

Sentada en la isla de la cocina, contemplo el vaso de agua que Josh me sirvió.

–A este paso, ni siquiera me invitarán a la boda –balbuceo.

La madre de Josh también está aquí, vertiendo cebollas en una cacerola que parece tener tantos años como su hijo.

–¿Qué dices? –susurra él y se arrodilla a mi lado.

–Comenzó a hablar en coreano. ¿Dijo que me odia?

–Claro que no. Piensa que eres bastante divertida.

¿Bastante? ¿Eso es positivo o negativo? Como sea, mis ojos se amplían y mis labios se elevan en una sonrisa.

–Tu madre es *muy* lista.

No espera que le diga por qué, sino que me pellizca la nariz y se extiende para tomar algo de la alacena demasiado alta para su madre. Aunque no es alto como un secoya, me saca unos cuantos centímetros y parece un gigante al lado de ella.

–Así que, Hazel, ¿de dónde es tu familia? –pregunta la señora Im.

–Mi padre falleció hace unos años. Mi madre vive aquí, en Portland.

–Lamento oír eso. –Se gira para ofrecermé una sonrisa compasiva–. La abuela de Josh falleció el año pasado. Aún la extrañamos mucho. –Luego sirve dos tazones de arroz y le entrega uno a su hijo, que se lanza sobre él de inmediato–. ¿Y no tienes hermanos?

–No, señora. Solo yo.

–¿Eres maestra? –Atraviesa la cocina para colocar el otro tazón frente a mí; huele increíble.

Con mis palillos (metálicos, no de madera), logro llevarme el primer bocado a la boca. Está delicioso, es arroz frito con vegetales. Yo me casaría con Josh si eso significara comer esto a diario.

–Trabaja con Emily –dice Josh.

–Ah, qué bien. Me alegra que Yujin tenga a una buena amiga en el trabajo.

Buena amiga. Logro despegar la vista de la comida y levantarle el pulgar a Josh antes de que explote la bomba.

–¿Y Tabby? –pregunta la señora Im–. Hace mucho tiempo que no sabemos nada de ella.

Intercambiamos miradas al mismo tiempo, como si fuéramos almas gemelas. Asiento con la cabeza para recordarle que es su vida y que solo debe contarles a los demás lo que él quiera, sea mucho o poco.

Aunque «los demás» sean su familia.

Después de aclararse la garganta, finge estar absorto en su tazón vacío. Es un pésimo actor.

–De hecho, quería hablarte sobre eso –comienza y se aclara la garganta otra vez–. Tabby y yo rompimos.

Claro, no soy más que una espectadora y solo sé lo que me han contado, pero creo que no exageraría al describir la reacción de su madre como absoluto júbilo. Sin embargo, se esfuerza por verse impasible y, con una mano en la cintura y el ceño fruncido, sirve otra porción de arroz en el tazón de su hijo. Pero es evidente que la pésima actuación está en sus genes.

–Así que Tabby ya no es tu novia...

–No –dice él, y ella nos mira a ambos con una pregunta implícita–. No –repite Josh con determinación. Si no fuera por este tazón de arroz delicioso que me mantiene alegre, quizá me ofendería.

–Tabby nunca vino de visita –finge susurrarme su madre de forma dramática antes de dirigirse al refrigerador–. Deberíamos hacer una cena de celebración.

Si mi vida fuera una película, 1) estaría mucho más arreglada; 2) coprotagonizaría un montaje de escenas en las que Josh estaría sentado en el sofá en pantalones deportivos mientras yo le bailo alrededor para intentar hacerlo reír. Como ya se había tomado días libres para ver a Tabitha, decidió tomarse vacaciones en casa durante lo que restaba de las dos semanas, lo que, insisto, es *muy aburrido*. Tengo vacaciones de verano, ¡podríamos ir a Seattle! ¡A Vancouver! A remar en canoa, a caminar, andar en bicicleta, aunque sea a un bar a embriagarnos y quedarnos sin camisetas.

Pero no. Él no quiere nada de eso. Se la pasa mirando Netflix con una mano debajo del elástico de sus pantalones. Ni siquiera logré que se levantara cuando le dije que casi podía ver cómo se le estaban atrofiando los abdominales (una visión bastante triste).

No sé cuánto le reveló a Emily. Cuando fuimos a cenar a su casa la otra noche, parecía tan irritada con la ex de su hermano como siempre, sin un motivo específico para la ira. Su rabia era más del tipo *¿Cómo es posible que mi increíble hermano perdiera tanto tiempo con esa mujer?* y no *¿Cómo es posible que esa zorra haya engañado a mi increíble hermano por tanto tiempo?*

En parte, entiendo por qué no quiere contárselo. Además de temer que encienda la llamarada de hermana protectora, que te engañen es humillante, y percibo que ese es el noventa y nueve por ciento de la razón que lo tiene hundido en el sofá. Debe apestar que tu novia elija un trabajo antes que a ti, pero debe ser mucho peor descubrir que, en realidad, eligió a otro tipo (¡Darby!),

quien la ayudó a conseguir ese trabajo, y que arrastró a Josh a eso porque él es perfecto y tal vez también porque es increíble en la cama. Es probable que enterarse de eso (que su pareja le fue infiel) no solo haga que otros lo vean con otros ojos, sino que él mismo también se vea diferente.

Entonces, entiendo que quiera ser una bolsa de patatas en el sofá, pero me desmotiva de todas formas. El asunto es que, como ya quedó establecido, Josh es ardiente, pero también tiene un corazón muy tierno a pesar de su fachada sarcástica. Dejó que me quedara en su casa aunque él ya haya regresado; me da las gracias cada vez que lavo los platos, que es una de cada diez veces que lo hace él, y cuando vuelve de correr por la mañana siempre me trae un café. Hablamos de frente y con honestidad de todo: de los sueños que tuvimos la noche anterior, de conflictos políticos, de lo que nos desanima y de las cosas que alegran nuestros días. Es como vivir con mi mejor amiga, que en realidad es hombre (y uno muy atractivo). No es que quiera vivir aquí para siempre, pero estar con Josh en las últimas dos semanas no ha sido para nada horrible.

De todas formas, a dos días de que terminen sus vacaciones en casa, estoy por explotar. Yo salí todos los días a hacer algo nuevo. Un día, fui a caminar al parque Macleay con Dave. Otra tarde, Emily y yo encontramos un nuevo mercado de granjeros locales, y Dave preparó una cena increíble. Josh también se sentó en el sofá de ellos a mirar lo que había en la televisión en ese momento: un torneo de *softball* de verano. Hoy fui a jugar con perros y gatos en la Sociedad Humanitaria, y lo único que me dijo cuando llegué fue que necesitaba una ducha.

—¿¡No quieres tener sexo!? —grito de repente.

Él me observa y se saca la mano de los pantalones despacio.

—¡Mírate! —Señalo todo su esplendor—. Eres increíble. ¿Y tu rostro? También es bastante increíble. Vamos, Josh, ¿dónde está su deseo sexual? —Cuando abre bien grandes los ojos, me percató de que cree que le estoy ofreciendo sexo mientras huelo a chiquero—. No *conmigo*, Jimin, ¡con alguien de tu liga! ¿No quieres una compañera no solo para tener sexo, sino para pasar el rato, hablar y disfrutar de la vida? Que atienda tu miembro sería un plus.

—Hazel.

—Josh.

—Estoy aquí, ¿o no? —Señala alrededor con dramatismo—. Pasando el rato y hablando contigo —concluye y vuelve a enfocarse en *La ley y el orden*.

—Joouoosh —estiro su nombre.

Entonces, silencia el televisor y suelta un suspiro pesado antes de mirarme y me dice:

—Odio tener citas y no quiero una relación.

—¿Tampoco sexo?

—Sexo sí —concede—, pero ahora no me atrae lo que eso implica. —Con un quejido, se reacomoda en el sofá—. ¿El juego de seducción, la danza de conocerse, ponerse pantalones de verdad? No, gracias.

—Escucha —me siento a su lado y le tomo una mano, suave y cálida, pero la devuelvo a su muslo al recordar donde estuvo hace un momento—, sé que la señora Zorra te arruinó la cabeza y que piensas que todas las mujeres son unas malditas, pero no lo somos.

—Tú no lo eres —afirma—. Solo eres irritante.

—Es verdad. Pero no quieres acostarte conmigo.

—Ni tú conmigo —coincide—. Y tampoco es que tú salgas a tener citas a diestra y siniestra. ¿Cuándo fue la última vez que estuviste con alguien?

—¿Que salí con alguien o que tuve sexo?

—¿No es lo mismo?

Lo miro como si estuviera loco.

–He salido con chicos con los que no tuve sexo, y me he acostado con chicos con los que nunca tuve una cita.

Ahora me mira como si yo estuviera loca.

–¿Qué? ¿Tú nunca te... revolcaste con alguien y ya? –le pregunto.

–Esa es una palabra terrible. –Oculta el rubor de sus mejillas fingiendo estar escandalizado.

–Revolcarse, revolcarse, revolcarse.

–Dios, ¿puedes dejarme en paz? –se lamenta y apoya la cabeza en el sofá.

–¿Y si te arreglo una cita con alguien?

–No.

–Déjame terminar –insisto y me pongo de rodillas frente a él, con lo que invado su espacio personal–. ¿Y si busco a alguien para ti, tú me buscas a alguien, y salimos los cuatro juntos?

–¿Hablas en serio?

–Sí. Sin juegos ni expectativas. Una cita a ciegas doble, solo para divertirnos.

–No.

–Vamos, Josh, solo una vez –insisto, y se gira hacia mí.

–Si digo que sí, ¿me dejarás tranquilo el resto del día?

–Sí.

–Y si me parece la peor idea, no lo haré nunca más.

Asiento con la cabeza y extendiendo la mano para revolverle el pelo, lo que hace que se le cierren los ojos.

–Si te parece la peor idea, no lo *haremos* nunca más. Podrás morir en paz y nunca tendrás que volver a quitarte las manos de los pantalones.

Guarda silencio un minuto. ¿Lo estará pensando? ¿Mencionar lo de tener las manos metidas en los pantalones fue lo que surtió efecto?

–Está bien –dice y abre los ojos.

–¿Está bien? ¿De verdad? –pregunto y endezco la espalda.

–Sí, pero tan solo asegúrate de que no sea una porquería traicionera.

Capítulo ocho

JOSH

Pactamos la cita para un viernes por la noche, casi cuatro semanas después del trato original, en Rumrunner's Tree House, un pequeño bar kitsch que Hazel encontró en el centro. La ubicación tendría que haberme dado un indicio.

Adam, defensor de un equipo de fútbol, llega a mi casa mientras Hazel termina de arreglarse. Lo invito a pasar con expresión neutral y ambos fingimos no escucharla cantar a los gritos desde el otro extremo de la casa.

Las reparaciones del apartamento de Hazel están tomando más tiempo de lo esperado, pero llegamos a un feliz punto medio entre mi necesidad de orden y el caos que la sigue a dondequiera que vaya. Ya que la casa está en un estado aceptable por primera vez en días, invito a Adam a la cocina y le ofrezco una cerveza.

Él se acerca a la isla con Winnie pisándole los talones.

—La casa luce genial —comenta mirando alrededor—. Creo que la última vez que estuve aquí estaban terminando de colocar el suelo.

—Sí, los renové la primavera pasada y acaban de colocar las ventanas nuevas. Te llamaré la próxima vez que haga una barbacoa. A Zach le gustaría ponerse al día.

—Genial.

Conocí a Adam hace unos años en un evento juvenil. Acabábamos de empezar con la práctica, y él estaba ahí con su equipo de ese momento. Es un buen tipo, obviamente, de lo contrario no le hubiera organizado una cita con Hazel, y con un metro ochenta y cien kilos de pura musculatura, sin duda es una buena opción, pero es bastante callado. En principio, pensé que sus personalidades harían un buen contraste, pero ahora me pregunto si el Torbellino Hazel se lo comerá vivo.

—Esto es algo raro, ¿no? —comenta mientras rasca las orejas de Winnie—. Me refiero a pasar a buscarla por aquí. ¿Están viviendo juntos? No quisiera...

Sigo su mirada hacia el corredor, por el que se la escucha gritando una versión operística de *Cum On Fell the Noize*, de Quiet Riots, y entiendo a qué se refiere.

—Hazel y yo no estamos juntos ni nunca lo estuvimos.

—¿Así que solo son compañeros de casa?

—Temporalmente —clarifico—. Ella tiene su propio apartamento, pero están trabajando en el edificio y necesitaba un lugar donde quedarse unas semanas. O meses, quizá.

—Cuando llamaste, me pregunté qué estaría pasando, porque eres la última persona que tendría

un compañero de piso. –Ríe antes de beber un trago de cerveza–. Sin ofender, amigo.

Sonríó sin humor y bebo un trago de mi cerveza. Luego dirijo la atención a la perra.

–Winnie, ¿quieres salir? –le pregunto. Ella corre a mi lado y me agacho para fingir que susurro–: Aléjate de él, es un cerdo.

Adam se ríe, y Winnie ladra como si estuviera de acuerdo. Luego me sigue a la puerta y baja los escalones hacia el parque. Cuando vuelvo a la cocina, Adam está mirando el dibujo de un unicornio que hizo Hazel anoche mientras yo preparaba la cena; tiene dos cuernos, una melena púrpura y un pene amarillo gigante. Después levanta la vista hacia mí, con la cerveza a mitad de camino de su boca.

–No está... loca ni nada, ¿no?

Esa palabra me revuelve un poco el estómago con una aversión protectora, pero resisto el impulso de pedirle que defina «loca». En cambio, le resto importancia.

–No está *loca*.

–¿Quién está loca? –Por supuesto que elige este momento para aparecer en la cocina con un vestido veraniego amarillo.

–Winnie –respondo enseguida–. Estuvo persiguiendo ardillas otra vez. –Con una mano en su espalda baja, la acerco a la cocina–. Hazel, él es mi amigo Adam. Adam, ella es Hazel. Es probable que se vuelvan a ver este año, porque Hazel acaba de conseguir trabajo en Riverview, y el equipo de Adam participa en el programa juvenil allí.

Él se levanta para saludarla y registro cómo los ojos de ella se amplían al recorrerlo de arriba abajo. Muy sutil, Hazel.

–Un placer conocerte –anuncia al estrecharle la mano con vigor–. Si alguna vez estás en la escuela, acércate a saludar. –Luego se inclina hacia él con una mano al costado de la boca como para decirle un secreto–. Claro, a menos que esta cita apeste. En ese caso, no vuelvas a hablarme. Ay, por Dios, Josh, tu expresión. ¡Solo bromeaba!

–Definitivamente, no está loca –baluceo antes de dejar entrar a Winnie y aplaudir–. Andando.

Cali, la amiga de Hazel, empleada administrativa en la escuela en la que trabajaba antes, decidió encontrarnos en el bar, así que subimos todos a mi coche; Adam apretado en el asiento delantero y Hazel atrás, asomada entre los dos. Cuando estacionamos, asoma más la cabeza para mirar por el parabrisas.

–¿No es genial? –comenta casi sobre mí–. No conocía este lugar hasta que lo vi en internet y le envié un mensaje a mi alma.

Levanto la vista a la marquesina que anuncia el concurso de cultura general de esta noche. Los demás negocios de la calle son vidriados y modernos o retro, hípster y de colores vibrantes y no se parecen en absoluto al edificio frente a nosotros; tiene un techo tipo alpino con luces de neón titilantes.

La acera está desgastada y agrietada, pero el camino a la entrada está cercado por maceteros con helechos brillantes y flores púrpuras. Desde afuera, se llega a escuchar la música de Elvis Presley y guitarras de acero. Hazel por poco sale corriendo hacia la puerta.

–Podríamos ir a otro sitio –sugiero y le tomo la mano para acercarla a mí y acompañarla adentro.

–¿Estás bromeando? –Señala una serie de reflectores y el techo de paja falsa sobre una puerta doble de cristal–. *Mira* este lugar.

–Sí... lo estoy mirando.

–Vamos. –Me da un golpe juguetón en el abdomen y me arrastra adentro–. Cali ya está esperando y te prometí que te impresionaría. Hace yoga –agrega y sacude las cejas de forma sugerente.

Después de pagar nuestras entradas, la sigo bajo las luces tenues. Aunque es temprano, el lugar ya está lleno. El salón principal se refleja en un espejo ahumado que sirve de fondo para el escenario pequeño. Las lámparas de papel se mecen en el techo, y las camareras con faldas hawaianas zigzaguean entre las mesas atestadas, balanceando bandejas llenas con toda clase de cosas, desde botellas de Corona con rodajas de lima, hasta vasos con forma de figuras tiki, de los que asciende humo de colores.

Hazel y Cali se ven desde puntas opuestas del bar, y Cali nos hace señas desde la mesa que ha estado reservando.

Hazel debió notar cómo abrí los ojos, porque se levanta de puntillas y susurra:

–Te lo dije.

Adam avanza primero, nosotros lo seguimos de cerca.

–Lo sé –respondo, inclinado hacia ella para que me escuche por encima de la música–, pero también la describiste como una tejedora ávida, con buena personalidad y tres gatos. Perdón por no ser demasiado optimista.

Cali tiene una altura similar a la de Hazel, cabello rubio rojizo y ojos claros. Cuando se levanta para abrazar a su amiga, me ofrece una vista de piernas largas en un par de shorts diminutos y curvas en los lugares perfectos. Adam también lo nota.

Hazel nos presenta y, casi tan pronto como nos sentamos, la camarera se materializa frente a la mesa y dispone posavasos para todos.

–El concurso está por empezar –anuncia y se saca un lápiz del cabello y un anotador del delantal–. ¿Les sirvo algo antes?

Ordenamos las bebidas y una variedad de bocadillos, y la chica nos deja con nuestras planillas de resultados.

–¿Cómo se conocen ustedes? –pregunta Cali señalándonos a Hazel y a mí.

–La versión resumida es que nos conocimos en la universidad –responde ella–. Y nos reencontramos hace poco. Soy amiga de su hermana.

–¿Salieron en la universidad? –inquire la chica.

No sé cuál de los dos se apresura a responder primero, pero negamos con las cabezas con energía y, en cierto punto, Hazel finge ahogarse de forma dramática.

–Éramos conocidos lejanos –digo en tono neutral.

–¿Y tú cómo conociste a Josh? –Cali señala a Adam y reajusta la sonrisa.

–Nos conocimos en un evento deportivo juvenil.

–¿Eres atleta? –pregunta con claro interés.

–Futbolista –dice él con una sonrisa orgullosa, de puros dientes blancos y con el rastro de un hoyuelo. Es el estereotipo de sonrisa estadounidense, la que aparece en cajas de cereales y en las pantallas gigantes de los estadios. Por desgracia, la vi al menos una docena de veces antes, casi siempre dirigida a porristas y fanáticas en fiestas después de un partido. Le echo un vistazo a Hazel y ahora se me ocurre que le organicé una cita con Adam, el Encantador de faldas, y que se está quedando en mi casa.

Maravillosa jugada, Josh.

–Me rompí los ligamentos un invierno hace dos años –continúa Adam–. Y Josh me puso de vuelta en el campo para el entrenamiento de primavera.

La conversación se ralentiza cuando la camarera regresa con nuestros tragos. El de Hazel es una pecera, con alguna bebida azul y peces de gelatina. Cuando un ruido fuerte distrae la atención de Cali y de Adam, me da a entender que soy responsable de que conserve la camiseta puesta.

Mientras comenzamos a comer, un hombre de mediana edad con un abrigo elegante y vaqueros (el presentador) sube al escenario.

—¡Buenas noches a todos! —exclama y recibe una ovación muy animada—. Algunos me reconocerán de las noticias del fin de semana del canal cuatro. Mi nombre es Richard Stroker y seré su anfitrión esta noche.

—¿Richard Stroker? —Hazel me mira boquiabierta sobre su bebida—. Su apodo sería *Dick Stroker*, como ¿«acaricia pollas» en inglés? Sabía que esta noche sería increíble.

—No lo entiendo —dice Adam confundido.

La mirada de Hazel dice mil cosas en silencio antes de que vuelva la atención a Dick.

—El juego tendrá siete rondas —explica—. Cultura popular, música, ciencia y matemáticas, historia mundial, deportes. —Adam festeja—. Vida silvestre y gramática. —El público protesta ante la última categoría, pero el hombre sigue adelante—. Verán varias pantallas alrededor del bar, cortesía de Deportes Bob, gracias, Bob, en las que aparecerán las preguntas. Todos deben tener siete planillas de anotación, una por cada categoría. Tendrán puntuaciones independientes y después las sumaremos para encontrar al ganador o la ganadora de la noche. ¿Quién quiere saber cuáles son los premios?

Me río cuando Hazel alza el brazo de inmediato.

—El tercer puesto ganará un juego de cuchillos de Kizer. *Kizer: porque los cuchillos chinos también pueden ser increíbles*. El segundo lugar obtendrá un año de suscripción a Filetes Omaha, valuada en más de trescientos dólares. —Resuenan expresiones de asombro y aprobación por todo el bar—. Y el último premio es el mejor, amigos. Como las ganancias de esta noche serán destinadas al Fondo por el cáncer infantil, ¡Minicruceros donó un crucero de tres días por la costa del Pacífico!

—Tienes que estar en mi equipo —susurra Hazel por sobre la mesa, mientras Cali y Adam atienden a las reglas.

—Por si no lo has notado, se supone que estamos en citas con otras personas —le recuerdo—. Juega con Adam.

Me enderezo en mi lugar, pero me toma de la camisa y me dice:

—Josh, quiero ese crucero, y tú eres más listo.

—¿Por qué piensas eso?

—Lo vi admirándose los músculos en la ventana del automóvil. Es una corazonada.

—Hazel, un crucero normal ya es bastante malo. ¿De verdad quieres un crucero de bajo presupuesto con bufete libre?

—Es gratis.

—La diarrea nunca es gratis —replico. Ella se desploma en su silla, y sé que lo lamentaré, pero agrego—: *Está bien*. Pero estás en deuda. La próxima vez, yo elijo el plan.

—¿La próxima vez? —dice animada de inmediato.

—Si es que hay una próxima vez —me corrijo enseguida. Cielos, no pasaron ni dos segundos y se le subieron los humos—. Escucha, admito que estuvo bien salir de la casa. Estaba pasando mucho tiempo encerrado y...

—Lamentándote.

—No.

–¿Jugando contigo mismo porque nadie quiere hacerlo por ti?
–Quizá tengas razón... respecto a los lamentos –digo con una mirada de advertencia.
–Quizá –repite con una sonrisita.
–Además (no puedo creer que diré esto), me gusta ganar.
–¡Lo sabía! Sabía que eras tan competitivo como yo. –Me señala el abdomen–. Nadie consigue esos abdominales sin muchísima motivación...
–¿Están bien? –pregunta Adam.
–¡Claro! –Hazel se acerca a él, lo toma del brazo–. Oye –dice en voz más baja, pero todavía puedo escucharla; todos podemos escucharla–, ¿está bien si hago equipo con Josh? No es muy bueno en estas cosas y no quiero que se sienta mal. Baja autoestima, ya sabes...
–Te estoy escuchando –sentencio.
–Claro, Adam y yo podemos hacer equipo –ofrece Cali con solidaridad.
Con todo arreglado, Hazel entrega las planillas con una sonrisa. Escribió el nombre de nuestro equipo sobre la mía: «Escuela de fe de Stephen Hawking».

La primera ronda es de cultura popular y empieza con «¿En qué película de *La guerra de las galaxias* apareció por primera vez el personaje Jar Jar Binks?», y Hazel anota la respuesta de inmediato. Las preguntas se suceden una tras otra y, de algún modo, llegamos a la quinta ronda con todas las respuestas correctas.

–Vaya –comenta Cali al ver nuestra puntuación y frunce el ceño mirando la suya–. ¿Quién lo hubiera dicho? Parece que Josh no necesitaba mucha ayuda después de todo...
–Qué puedo decir, soy una enciclopedia de datos inútiles. –Hazel se encoge de hombros con inocencia y luego señala al escenario–. Ah, miren, volvió Dick.
–La siguiente categoría y, a juzgar por la cantidad de latas de cerveza en la basura, la que todos esperaban: ¡deportes!
–¡Sí! –Adam festeja con un golpe a la mesa que hace caer su cerveza.
–¡Al fin! –resopla Cali al mismo tiempo.
–Esta pregunta es un poco difícil –advierte Dick mirando alrededor.
–¡Lánzala! –grita Adam, lleno de confianza y de alcohol.
–Lee Corso, el analista deportivo de ESPN, jugó al fútbol en la universidad. Asistió a la Estatal de Florida en los años cincuenta, donde compartió dormitorio con otro jugador que, con el tiempo, tuvo más éxito en las canchas. ¿Quién fue el compañero de Lee Corso que pronto se haría famoso?

Adam luce azorado. Cali parece estar a dos segundos de marcharse. Yo no tengo idea de quién fue el eventual compañero famoso del exjugador de fútbol devenido en analista deportivo de ESPN, pero los ojos de Hazel están desorbitados, brillando con lo que comienzo a entender que es una revelación.

–Lo sé... –murmura.
–¿Cómo puedes saber eso? Ni siquiera te gustan los deportes –comenta Cali.
Hazel se estira sobre la mesa otra vez para acercarse.
–Mi padre amaba a Dolly Parton y la grababa cada vez que estaba en televisión. Solía ver las retransmisiones del programa.
–¿Entonces? –Espero, confiando en que nos llevará a algo útil.
–La respuesta es Burt Reynolds, lo sé.
Me reclino en mi silla. Burt Reynolds fue mediocampista en la Estatal de Florida. Tiene razón. Hazel Bradford es un maldito genio.
Llegada la última ronda del juego, no puedo creer lo mucho que me estoy divirtiendo. Adam

está hablando con una chica de la mesa de al lado, y me da culpa ver a Cali jugando con el teléfono celular mientras que Hazel y yo estamos por saltar de nuestros asientos. Según la tabla de posiciones, los dos primeros puestos están peleados, todavía falta computar la última planilla y tenemos que acertar la pregunta final para ganar. Nunca deseé tanto un crucero del horror.

Dick se quita el abrigo y comienza a mezclar las tarjetas para crear tensión antes de hacer la pregunta final.

–Muy bien –anuncia con tono solemne–. Aquí está. Tenemos un empate, así que haremos una pequeña diferencia. Cuando hayan escrito la respuesta, envíen al capitán del equipo al escenario para que comprobemos si son ganadores. Buena suerte para todos. –Respira hondo antes de bajar la vista a la tarjeta–. La palabra «pronombre» abarca muchas clases de palabras. Nombre ocho clases de pronombres.

Hazel acerca el lápiz a la hoja y duda por un segundo.

–Yo sé solo dos –susurro, pero ella ya comenzó a escribir. Un segundo después, arranca la hoja, se pone de pie y corre al escenario.

–Muy bien. –Dick toma el papel–. ¿Cómo te llamas?

–Hazel –chilla sin aliento frente al micrófono y saluda al público con la mano. Mientras tanto, yo sacudo la cabeza y me río.

–De acuerdo, Hazel, capitana del equipo... –Dick mira la planilla con los ojos entornados–. ¿Escuela de fe de Stephen Hawking? Lee tu respuesta.

–Bueno, Dick, ¿puedo llamarte así?

–Puedes llamarme como quieras –responde con un guiño libidinoso.

–Verás, Dick, soy maestra de primaria, pero también tengo muy mala memoria.

–Debe ser una combinación difícil.

–Ni me lo digas. Siempre estoy buscando formas de engañar a mi cerebro. –Entonces levanta una mano y comienza a contar mientras recita–: Poder Disfrutar Numerosas Relaciones Pasionales Implica Infinita Exploración. ¡O personales, demostrativos, numerales, relativos, posesivos, indefinidos, interrogativos y exclamativos!

Dick se detiene a comprobar la respuesta antes de levantar la mano de Hazel en señal de victoria.

–¡Una respuesta correcta, aunque absolutamente inapropiada! ¡Hazel, maestra de primaria, y su compañero son los ganadores! ¡Felicidades!

–No sé cómo lo lograste –comenta Emily al entrar a la sala con un tazón de palomitas de maíz en un brazo y una botella de vino en el otro–. No solo hiciste que mi hermano fuera a un antro para una cita a ciegas, sino que ganaron un crucero de cuarta y él ha disfrutado del proceso. Sin duda, eres la Encantadora de Puritanos.

–¡Oye! –protesto.

–En realidad, no tuve que convencerlo de nada –responde Hazel. Yo giro hacia donde está acurrucada en el sofá para sonreírle por defender mi honor como una buena amiga–. Su naturaleza competitiva hizo que manipularlo fuera mucho más fácil de lo que pensaba.

–¡Oye! –protesto hacia ella ahora.

Emily suelta una risa que hace que Winnie, que está descansando sobre mis pies, ladre.

–¿Tú también? –le pregunto a la perra mientras le rasco la cabeza. Es tan terrible como su dueña, un completo fastidio y, de todas formas... de algún modo es encantadora.

–El quisquilloso de mi hermano en un crucero de bajo presupuesto. No creí vivir para verlo.

–No te preocupes todavía. –Hazel extiende las piernas lo suficiente para invadir mi espacio–. El crucero será en primavera, estoy segura de que encontrará una excusa para zafarse.

Después de seleccionar la película, dejo el mando de la televisión en la mesa y giro hacia Hazel.

–Con esa actitud, suerte cuando me pidas que te envíe un antidiarreico al medio del océano –replico.

–¿Están seguros de que no son un matrimonio? –pregunta Dave al aparecer en la sala.

Hazel frunce el rostro y le arroja una palomita que Winnie devora de inmediato.

–¿Qué? La única persona con la que puedo bromear con tanta confianza es mi esposa. Y nos ha llevado años perfeccionarlo –explica David y rodea el sofá para sentarse junto a mi hermana. Lucen muy cómodos juntos, y es difícil no preguntarme si alguna vez tendré eso con alguien. A juzgar por el resultado de la cita con Cali, no será fácil.

Por suerte, no tengo mucho tiempo para lamentarme por eso, porque Hazel me clava un pie en el riñón mientras intenta hacer lugar para Winnie debajo de la manta.

–Sabes que el sofá tiene otro extremo, ¿no? –protesto al apartar su pie.

–¿Lo ven? –insiste David presuntuoso.

–David, ¡asqueroso! Acabamos de comer –protesta Hazel al acomodar la manta.

–Bueno, retomando el fracaso de la cita doble, ¿qué pasó con esos dos? –pregunta Emily después de acomodarse en el sofá con un puñado de palomitas–. Supongo que no querrán volver a verlos, ya que fueron amiguitos sabelotodo que no planean tener sexo jamás.

–Y no te contamos la mejor parte –digo, pero Hazel me interrumpe.

–El *crucero* es la mejor parte, Jimin.

La empujo del sofá para continuar.

–Se fueron juntos del bar.

–Mentira. –Emily está boquiabierta.

–Es verdad –afirma Hazel con alegría desde el suelo, como si estuviera feliz por ellos–. Ayer pasé por mi antigua escuela a dejar una caja de provisiones de oficina y encontré a Cali retocándose el maquillaje sobre un chupetón gigante. ¿Quién deja chupetones? *Argh*.

–Pero lo harán otra vez, ¿no? –insiste Emily, mientras observa cómo Hazel vuelve al sofá e invade mi espacio personal sin descaro–. Por favor, no permitas que mi hermano vuelva a los pantalones deportivos.

Hazel se mete un puñado de palomitas en la boca y se encoge de hombros.

–No sé, ¿tú qué piensas? –me pregunta.

–En este momento, no se me ocurre ningún amigo con el que quiera enemistarme –respondo–. Pero estoy dispuesto a intentarlo.

–Sí. –Hazel se queda pensando–. No puede ser nadie de mi trabajo nuevo ni del anterior. Quiero mantener una pizca de mi imagen profesional. Y la mayoría de mis amigas son casadas, lesbianas o más raras que yo.

–Eso es difícil de creer –replico con el ceño fruncido.

–¡Nosotros conocemos a muchas personas! –exclama Emily. Se desliza hasta la punta del sofá y gira hacia su esposo–. ¿Esa chica adorable que trabaja con tu quiropráctico?

–¿La pelirroja? –Dave hace memoria–. Es lesbiana.

–No hay forma de que Josh se acueste con alguien en un futuro cercano, así que eso no importa –comenta Hazel.

–¡Ah! ¿Y tu hermano? Se divertiría muchísimo con Hazel.

–Mi hermano está comprometido –responde mi cuñado.

–David. –Ella lo mira inexpresiva–. Todos sabemos que eso no durará.

–De todas formas, tenemos que dejar que siga su curso.

Hazel se aferra a la botella de vino.

–Creo que necesitaremos esto –me susurra.

–¿Y el chico en el consultorio del dentista? –sugiere Dave–. El que lleva la agenda. –Hace una pausa para mirar alrededor–. Tenemos que hacer una lista.

Mientras Emily busca un anotador en la gaveta de la mesa de café, extendiendo mi vaso para que Hazel lo llene.

–El chico que corta el césped en tu casa siempre juega con Winnie, Josh –señala Emily con lápiz en mano–. Y es lindo.

–¿No tiene unos diecinueve años? –David la mira de camino a tomar una galleta.

–Puede que tengas razón –concede ella y se dirige a Hazel–. Haze, ¿tienes algún problema con los hombres más jóvenes?

–Nop –responde ella después de eructar.

–¿Qué hay de ti, Joshy?

–Creo que están bien, pero preferiría a una mujer. Y que al menos tenga dieciocho, por favor.

–¿Y si les creamos perfiles en Grindr o Tinder o en una de esas aplicaciones? –propone David con brillo en los ojos.

–No creo que Grindr sea la indicada. Voy a buscarla en internet –dice Emily con el ceño fruncido.

–Ni siquiera nos necesitan para esto. –Hazel se reclina contra mi hombro para mirarlos a los dos.

–Creo que tienes razón –admito con un trago de vino.

–Bueno... mi peluquera es bastante linda –reflexiona–. Y divertida. Creo que te podría caer bien.

–¿De verdad?

–Ajá –afirma mirándome. De tan cerca, noto que sus ojos de miel lucen más claros esta noche–. Le gusta pescar. ¿A ti te gusta?

–Sí.

–La veo la semana próxima. –Se lleva el cabello sobre la cabeza con una mano–. Si quieres hablo con ella.

–¿Y qué hay de ti? –pregunto–. Si seguiremos con esto, quiero que lo hagamos juntos. –Ella abre la boca para responder, pero se queda callada, y sigo su mirada hacia Emily y Dave, que están mirándonos–. ¿Qué?

–Nada. –Emily se inclina para escribir algo, pero asumo que solo está haciendo garabatos porque la atrapamos espiándonos–. Es que son lindos juntos.

–Eso es porque ambos somos tremendamente atractivos por separado. –Hazel se pavonea y me mira–. Creo que a Josh podría gustarle mi peluquera, pero no debe arruinarlo porque me encanta cómo me deja el pelo.

–Promesa de Scout –digo con mi copa en alto.

–¿Conoces a ese barista de Heavenly Brews? –Dave se aferra al brazo de mi hermana–. ¿El que crees que coquetea contigo?

–Solo sé que nunca me cobra el café doble –replica ella a la defensiva.

–Como sea, podría hablarle de Hazel. Es atractivo, hasta donde sé de hombres. Tiene pelo oscuro y cuerpo atlético, ninguna tendencia psicótica que haya notado y prepara un capuchino fantástico. Creo que está en la universidad o algo así.

—Me interesa. —Hazel inclina la cabeza—. A los baristas suelen gustarles las chicas peculiares. Algo se revuelve dentro de mí al escucharla describirse de ese modo.

—Entonces, ¿tenemos un plan? —pregunta Emily—. Hazel hablará con su estilista y Dave con el barista. ¿Volvemos a reunirnos aquí para ultimar detalles?

Hazel me extiende una mano y yo la estrecho. Este asunto se está volviendo demasiado... público. Solo espero que nadie se entusiasme con una posible pareja para mí antes de que yo lo haga.

Capítulo nueve

HAZEL

Por desgracia, tengo que pasar la mañana del sábado siguiente a la cita dos buscando una nueva peluquera.

Mientras repaso reseñas de Yelp, Winnie se pone a ladrar con el hocico húmedo apoyado contra la ventana de la sala. Pobre Josh, atrás quedó su vidrio immaculado.

Winnie apenas logra contenerse; corre de un lado al otro, sacudiendo la cola con furia y resbalando por el suelo de madera. Solo dos personas le provocan tanta emoción: una despertó con jaqueca y volvió a la cama, la otra es mi madre.

—Tranquila —chisto y la arrastro del collar para abrir la puerta—. Cualquiera diría que nadie te presta atención.

—Ahí está —canturrea mi madre—. Mi niña hermosa.

Me deja perpleja (sí, perpleja) notar que no está hablando de mí. Winnie baila alrededor de la pierna de mi madre mientras ella entra y yo cierro la puerta.

—¡También me alegra verte, mamá!

—Sh, sh —responde y me entrega una bolsa de papel con un aroma sospechoso a *muffins* de arándanos. Todo está perdonado—. Veo que no has incendiado este lugar —agrega echándole un vistazo a la cocina.

—¡Por ahora! —celebro.

Por suerte, mi apartamento pronto estará listo. Me emociona volver a convivir con mi conejo, mi loro y mi pez. Sin embargo, debo admitir que extrañaré vivir con mi nuevo mejor amigo.

—¿Dónde está el joven cautivador? —pregunta mi madre después de sentarse a la mesa de la cocina con Winnie cómoda a sus pies.

Quito dos platos del lavavajillas para poner un *muffin* en cada uno.

—Cualquier otra madre diría *otras* cosas respecto a que su hija viva con un hombre, en lugar de señalar lo *cautivador* que es.

—¿Acaso no lo es?

—Sí, pero no dejes que eso te engañe. Es un encantador fastidio.

—Debe ser por eso que se llevan tan bien —replica con una sonrisa compradora.

—Ja, ja.

—Bueno, ¿y dónde está?

—Se acostó de nuevo. —Dejo la cafetera borboteando y llevo los platos a la mesa.

Mi madre mira la hora, luego a mí y sonríe con malicia.

–¿Qué le hiciste?

–¿Yo? –Me esfuerso por lucir inocente, pero ella no se lo cree. Estoy atrapada, así que dejo su *muffin* frente a ella y vuelvo a la cocina–. Digamos que la cita número dos fue un fiasco.

–Recuérdame con quiénes era. ¿El de la cafetería y...? –Hace una pausa cuando asiento con la cabeza–. Ah, cielos.

–Sí.

–Estaban entusiasmados. ¿No fue divertido?

Creo que no lo describiría como un evento divertido, pero fue memorable...

Guiándose por lo poco que le conté de McKenzie, Josh organizó una excursión de pesca en el río Columbia. Yo estaba tan emocionada que estaba lista y preparando sándwiches en la cocina antes de que él se hubiera levantado.

Quedamos en encontrarnos en el muelle antes del amanecer, y el barista atractivo (más conocido como Kota) ya estaba allí con cuatro cafés; punto para el chico. Al verlo, hice una nota mental para agradecerle a Dave, porque no exageraba.

Cuando nos presentamos, el cielo tenía tonos pasteles y estaba nublado, el aire aún conservaba el frío del amanecer. Kota tenía cabello oscuro, rasurado sobre las orejas y teñido de colorado en las puntas. Usaba aretes en las orejas y un tatuaje asomaba por el cuello de la camiseta. No puedo mentir, estaba embelesada.

Pero luego llegó McKenzie.

Estábamos conversando junto al bote y calentándonos las manos con las tazas de café cuando el Honda Civic rojo se detuvo en el estacionamiento. Percibí cómo Kota titubeó en su historia sobre el día en que Dave comió una ensalada de huevo en mal estado en la cafetería. Pero siguió hablando y era atractivo, así que no le di mucha importancia.

Escuché cómo McKenzie cerró la puerta, luego el eco del crujido de sus botas sobre la gravilla y giré hacia ella con una sonrisa y saludándola con un brazo en alto. Mientras tanto, Josh se había quedado en silencio, sin duda porque estaba admirándola. Supongo que pensó algo como: «Ardiente, buen cuerpo, no parece estar loca. Le debo una a Hazel».

O al menos eso debería haber pensado.

Pero sentí cómo Kota se tensó a mi lado y noté que se le congeló la sonrisa al reconocer a McKenzie. Cuando ella se acercó, también lo noté en su rostro.

Ajá.

Pero lo dejé pasar y me apresuré a recibirla.

–¡Llegaste! –exclamé y le di un abrazo. Olía igual que el salón que llegué a amar; así que esperaba que Josh se hubiera tomado en serio mi sutil amenaza a su virilidad si arruinaba esto. Cuando la liberé, aplaudí dando unos saltitos–: ¡Qué bueno que viniste!

–Claro que sí, ¡te dije que vendría! –afirmó, aunque desvió la mirada por encima de mi hombro con la espalda tensa.

–¿Todo bien? –Me di la vuelta y enlacé su brazo para llevarla con los chicos.

–¿Cómo se llama él? –preguntó mirándome con disimulo entre sus pestañas largas.

–¡Josh! –Las olas rompieron contra el muelle y una gaviota chilló en el cielo–. El amigo del que te hablé. Te aseguro que se llevarán de maravilla. Él...

–No, el otro.

–Kota. –Los miré a ellos, luego de vuelta a McKenzie–. ¿Lo conoces?

–Algo así –respondió por lo bajo al tiempo que llegamos junto a los chicos.

–Josh, ella es McKenzie. –Josh le estrechó la mano y, vaya, le ofreció su sonrisa de chico lindo. No la que se reserva para la cajera del supermercado, sino la que a mí me encanta, la que

llega a sus ojos y le marca los hoyuelos. Su sonrisa inesperada como un rayo de sol.

Tranquilo, Josh, deja que se aclimate antes de lanzarle todo tu arsenal.

–Y, Kenzie, él es...

–Hola, McKenzie –interrumpió Kota con la mandíbula tensa.

Josh me miró, luego a ellos.

–¿Se conocen?

–Salimos algunas... –comenzó a responder él, hasta que ella lo interrumpió con una mano.

–Nos acostamos algunas veces. Hasta que él dejó de llamarme.

–*Auuuuch* –fue lo único que pude decir cuando la incomodidad nos invadió a todos. Luego miré a Josh en busca de apoyo.

–Podríamos dividirnos y hacer otra cosa –sugirió.

–No es necesario. –McKenzie se adelantó y lo tomó del brazo. Aunque le sonrió a Josh, el veneno en su voz fue para Kota: Vine aquí contigo. –Pausa significativa–. Él no es importante.

–De acueeerdo. –La súplica en los ojos de Josh fue clara como un letrero luminoso sobre su cabeza.

Giramos para seguir a nuestra guía, que llevaba una planilla en mano, por la plataforma hacia el muelle. Después de registrarnos, nos recibieron a bordo con impermeables y botas. Todos nos presentamos y recibimos una breve charla de seguridad sobre chalecos salvavidas y los lugares permitidos y prohibidos del bote. Nos advirtieron que tuviéramos cuidado con las cuerdas, que estaban por todos lados y podían hacernos tropezar. También usaron las palabras «trampa mortal», nos hablaron de las náuseas por el movimiento y nos indicaron los lugares exactos en los que podíamos vomitar. En ese momento, por poco me sentí mareada de la emoción al ver que Josh me estaba mirando sonriente sobre la cabeza de Kenzie, balbuceando «En mis zapatos no».

Un chiste interno es señal de mejores amigos de verdad.

Cuando nos adentramos en el agua y comenzamos a pescar, todo parecía estar bien.

Yo había escuchado todo lo que había dicho la guía y seguí las indicaciones del marinero de cubierta. Kota iba a mi lado, usando su encanto de chico ardiente y, a pesar de la incomodidad inicial, fue bastante divertido. Sin embargo, me resultaba difícil ignorar a Kenzie, que evidentemente estaba montando un espectáculo para Kota, riendo y aferrándose al brazo de Josh como si le hubiera propuesto matrimonio.

En un momento, algo jaló de mi caña y la tanza comenzó a moverse: lo que hubiera debajo del agua quería escapar. Entonces, el marinero me vino a ayudar, seguido de Josh, pero Kota y McKenzie desaparecieron entre la multitud. Cuando por fin tuve el pez en las manos, ya no estaban. Josh también pescó uno y nos tomamos algunas fotografías. Al cabo de una hora, nuestras citas seguían sin aparecer, así que nos dispusimos a almorzar y... a conversar. Josh me habló de los niños que iban a su consultorio y de la boda de Emily; mencionó que nunca, ni por un segundo, se preocupó por ella, porque él mismo hubiera elegido a Dave como cuñado.

Yo hablé un poco de mi madre, de Winnie y de que estaba emocionada por volver a la escuela. Le conté del día en que me encontré con mi ginecólogo en una noche de padres y maestros y fingió que no me conocía.

–No me parece mal –respondió él, inclinado para revisar su caña. En ocasiones, un esturión saltaba a la distancia, pero lejos de los anzuelos. Al menos por el momento.

–¿Por qué hacen eso? –pregunté al ver a un pez brillante zambulléndose de vuelta en el agua–. Entiendo que lo hagan cuando están atrapados, yo también me resistiría, pero ahora parece contraproducente. Eres un pez y las personas intentan encontrarte, ¡escóndete!

Josh se rio con los codos apoyados en el borde del bote. Lucía muy apuesto. Cuando supere lo

de Tabby, tendrá cientos de mujeres haciendo fila tras él, pero todavía notaba el recelo en sus hombros cerrados y las dudas en cada una de sus facciones.

—No creo que nadie se los haya preguntado, pero pienso que lo hacen para limpiarse las branquias. O quizá para evitar a los predadores.

—Por ahí lo hacen por diversión —repliqué mirando a la distancia con los ojos entornados. Como se quedó callado, giré y lo encontré mirándome a mí.

—Nunca lo había pensado así. —Volvió a mirar el río; el agua se agitó un poco, por lo que nos acercamos por instinto, para protegernos—. No puedo creer que seguiré esta conversación, pero mencionaste que tu ginecólogo te ignoró en la escuela y me da curiosidad saber qué hiciste.

—Me detuve en medio del gimnasio y le sonreí, no por cortesía, sino con honestidad, y él tan solo siguió de largo.

—Quizá no te vio.

—Me vio, sin ninguna duda. Y no me malinterpretes, todo el tiempo me topo con hombres que han visto mi vagina y fingen no saber quién soy. A veces las cosas no funcionan y está bien. Pero le *pagué* a ese hombre.

—Tal vez estaba ocupado —respondió con una sonrisa soslayada—. O no quería mezclar el placer con los negocios. Vi cómo evitas a los estudiantes cuando salimos.

—Eso es diferente, solo ignora a los revoltosos o a sus padres si no llevo sostén. —Él negó con la cabeza, pero insistió, ansiosa por que me entendiera—: ¿No debería haber cierto reconocimiento cuando has visto los genitales de otra persona?

Josh me miró con esa expresión que usa cuando espera que no haya dicho algo, pero está seguro de que lo hice.

—Cielos, Hazel —replicó, pero su sonrisa ya era demasiado grande como para ocultarla—. Entonces, ¿qué hiciste?

—Nada —dije con los hombros caídos—. Supongo que fue una historia bastante tonta.

—No tanto. Al menos ahora sé cómo debo actuar si alguna vez vemos los genitales del otro.

—Lo que no pasará.

—Definitivamente no —coincidió y giró hacia el origen de voces elevadas. Kota caminaba hacia nosotros, con las manos frente a la cremallera de su pantalón.

Debía ser una broma.

—¿Eso es todo? ¿Te irás otra vez? —Kenzie lo siguió tambaleándose un poco por el bote agitado. Tenía el cabello alborotado y el chaleco salvavidas abierto y torcido. No hacía falta ser un genio para saber qué habían estado haciendo—. Por cierto, fingí.

Kota se detuvo y giró hacia ella despacio.

Yo me quedé boquiabierta.

Josh soltó un silbido empático.

—No sonó falso —replicó.

—¿Está todo bien? —intervino Josh.

Kenzie parecía a punto de escupir fuego y se acercó lo suficiente como para clavarle un dedo en el pecho.

—Como dije, lo he fingido. Probablemente no hayas notado la diferencia porque estás demasiado habituado a escucharlo.

—Es justo por esto por lo que dejé de llamarte. Eres demasiado complicada —soltó Kota y le empujó el dedo a un lado.

Lo siguiente sucedió demasiado rápido: McKenzie se lanzó hacia Kota, Josh intentó interponerse, hubo una confusión de chalecos salvavidas, yo gritando sobre cuerdas y trampas

mortales, un sacudón del bote, y terminé cayéndome de culo. Cuando me levanté y miré alrededor, Josh no estaba por ningún lado.

—¿Se cayó al agua? —Mi madre me mira incrédula; su desayuno quedó olvidado.

—Sí. Tenía el chaleco salvavidas y pudieron rescatarlo enseguida, pero se golpeó la cabeza con un poste metálico cuando cayó.

—Ay, Dios, ¿se encuentra bien?

—Estoy bien. —Josh entra despacio a la cocina, con un nuevo magullón morado en el medio de la frente. Winnie lo sigue con expresión culpable—. Solo un poco cansado para empezar la mañana. Y por si se lo preguntaban, no es fácil dormir con un perro de treinta kilos sobre el pecho.

—Te adora —afirmo.

—Su amor es casi tan sofocante como el tuyo. —Aunque me mira cansado, no logra contener la sonrisa.

—Eres tan dulce —respondo con una sonrisa radiante desde el otro lado de la isla de la cocina.

—Siéntate, cariño —indica mi madre al apartar una silla para él—. Traje el desayuno y Hazel está preparando café. ¿Ya fueron suficientes contusiones o debemos prepararnos para la tercera? —me pregunta.

Pienso defenderme, pero Josh interviene.

—Estoy bien —afirma, pero se sienta de todas formas—. Me alegra haberme duchado antes de ir a dormir. ¿Quién iba a pensar que el río olía tan mal?

Me extiendo para colocar un plato frente a él y le doy un beso en el lado invicto de la cabeza.

—Creo que no fue el río, sino la manta empapada de pescado con la que te envolvieron después de rescatarte.

Después de haber aprendido la lección de no involucrar a nuestros círculos íntimos, para la tercera cita abarcamos una red más amplia, por así decirlo.

El domingo después de la salida desastrosa con Kota y McKenzie, conocí a Molly en el autobús de camino al mercado de productores, donde gasté casi todo un sueldo en ingredientes para prepararle a Josh una cena elegante de agradecimiento por haberme permitido pasar los últimos dos meses en su casa. Aunque Molly es una desconocida, es *deslumbrante* y trabaja como representante de ventas en una empresa local de cosméticos orgánicos. Aunque es simpática y fue encantadora, tanto como es posible en un viaje en autobús de quince minutos por la ciudad, y creo que a Josh le agradará, debo admitir que tengo motivaciones personales. Su delineado es *perfecto*, así que aunque no funcione con Josh, podría conseguir algunos consejos de maquillaje en la cena, ¿no?

Según Josh, Mark, mi cita, fue su paciente y solo tiene cosas buenas que decir sobre él. Según me dijo, es alto, atractivo y de buen corazón. Hace un tiempo que no se ven, pero está seguro de que nos llevaremos bien.

Resultó que tenía razón: mi cita es alta, atractiva y nos llevamos bien, pero hay un pequeño detalle...

Mark está comenzando su transición hacia Margaret y creyó que la cita era con el *compañero* de casa de Josh. El problema fue que Josh la llamó desde el automóvil y no tenía muy buena

recepción. Margaret se aseguró de que hubiera escuchado que era un poco... *diferente*, pero con la conexión entrecortada y la falta de comprensión de Josh, concluyó diciendo «Sí, claro, te enviaré un mensaje detallando la hora y el lugar» y colgó la llamada.

Aunque no haya salido de acuerdo con el plan, sí la pasamos muy bien y mi delineado nunca estuvo mejor.

Mi apartamento está listo unas semanas antes de que reinicien las clases, durante los últimos días húmedos de verano.

Aunque estoy segura de que a Josh le alegra liberar su sala impoluta de Winnie y de mí, creo que nos extrañará.

Un poco.

Lo digo porque, llegado el último día, creo que incluso a él le sorprende lo normal que comenzó a sentirse la convivencia. ¿Alborotada? Sí. ¿Caótica? Sin duda. Pero también cómoda. ¿Podría decir que es *fácil*?

Un día típico comenzaba con Josh arrastrándose fuera de la cama, con Winnie siguiéndolo adormecida, para encontrar el café que le había servido sobre la encimera. Luego cocinaba alguna versión de desayuno quemado, que comíamos mientras conversamos. Intercambiábamos mensajes todo el día, hasta volver a casa, cenar juntos y quedarnos dormidos mirando televisión. Fue lo más cerca que he estado de una relación normal, y creo que también ha sido bueno para él: no mencionó el nombre *Tabby* en semanas.

Siempre me encantó mi apartamento y vivir sola, pero al atravesar la puerta recién pintada y detenerme en el suelo de madera nueva para analizar los cambios, no puedo evitar notar que se siente vacío.

Parece que Winnie llegó a la misma conclusión. Después de olfatear la entrada, gira en círculo por la sala, vuelve a salir y se desploma sobre el tapete con un suspiro pesado.

–Te entiendo –le digo de camino adentro para desplomarme en el sofá nuevo. No hay muchos más muebles; la mayoría se arruinó cuando estalló la tubería y la mayoría de los que pudieron salvarse eran demasiado viejos como para conservarlos. Entonces, como todos los veinteañeros que conozco, compré este sofá de IKEA, pero está a años luz de ser tan cómodo como el de cuero en la sala de Josh.

Winnie se rehúsa a admitir que nos quedaremos aquí, porque aun después de que la he obligado a entrar, se quedó apostada junta a la puerta. Perra testaruda. Después, desempaco algunas cosas, instalo al resto de los animales, pongo sábanas limpias sobre el colchón nuevo e inspecciono las renovaciones del baño y de la cocina. Como no tengo más que alimento para mascotas ni intenciones de remediarlo, ordeno comida a domicilio y me dispongo a desenredar los cables para volver a conectar el televisor.

Cuando llego al momento tecnológico de lamentarme tendida boca abajo en el suelo de la sala, mi teléfono suena desde la esquina en la que lo dejé hace poco tiempo.

Fue extraño no tropezar con tus zapatos cuando llegué a casa.

Sabía que me extrañarías.

Quizá un poco.

¿Quién más se terminará el agua caliente cada mañana?

Borra mi número.

Estaba bromeando.

La casa se siente un poco vacía.

La sensación de cariño me estruja el corazón, pero la hago a un lado antes de comenzar a responder.

Winnie es un costal de lágrimas y no quiere moverse de la puerta.

Creo que te extraña.

Sí, Winnie, claro.

Sabes que es muy apegada.

Por cierto, ¿qué tal el apartamento?

Pienso en eso mirando alrededor a la sala luminosa y renovada. Veo paredes desnudas, una pila de cajas que debo desempacar y una labradoodle ofuscada. Creo que podría ser peor.

Bastante bien. Un poco vacío, pero ya me ocuparé de eso.

Pensé en pasar de visita, pero imaginé que querrías instalarte primero.

Envíame una foto.

Tomo algunas fotografías, entre ellas una en la que la mitad de mi rostro ocupa casi toda la pantalla y otra de la maraña de cables junto al televisor oscuro y triste.

Como Josh es sobreprotector, mi teléfono suena de inmediato.

—La casa del hedonismo de Hazel.

—¿Quieres que te vaya a ayudar? —pregunta, y siento algo en el pecho. Triunfo, por un lado, pero hay algo más. Se siente como un día de lluvia cálida, como una manta abrigada. Tengo

muchas ganas de verlo y Winnie también. Solo hace falta mirarla—. Podría conectar el televisor mientras te ocupas de otra cosa.

Como mujer fuerte e independiente, tendría que decirle que no, que puedo hacerlo sola (lo haría, tarde o temprano), pero esta noche será el especial de *RuPaul* y negarme sería ineficiente e inconveniente.

—Ordené comida para cenar —respondo entonces. Será más que suficiente para dos, ahora que lo pienso—. Winnie estará feliz de verte. Quizá hasta deje de lamentarse.

—Me doy una ducha y en veinte minutos estoy ahí.

—Hecho. Supongo que seguiré en el mismo lugar cuando llegues, así que puedes pasar.

—Entendido. Y, Haze...

—¿Sí? —Le sonrío al teléfono.

—Dile a Winnie que también la extraño.

Capítulo diez

JOSH

Después de ayudar a Hazel a llevar sus cosas al nuevo salón de clases, han pasado días en los que casi no la he visto y, dado que se mudó hace apenas una semana, es bastante desorientador. En muy poco tiempo, pasé de tener una relación estable a estar soltero, a que una especie de compañera de casa pusiera mi vida patas para arriba. Pensarán que debería alegrarme haber recuperado mi espacio y no tener que preocuparme por lo que esté haciendo otra persona (o por que esté por incendiar la casa). Y pensarán que debería estar listo para encontrar cierta normalidad. Pero se equivocan.

¿Quién iba a decir que la normalidad podía ser tan aburrida?

Al igual que mi hermana docenas de veces, Hazel se sumerge en la intensidad de la enseñanza, y no puedo criticarla por concentrarse tanto en su tarea. A juzgar por cómo la vi dar brincos mientras decoraba los bordes de los tableros de anuncios, el comienzo del año escolar es mejor que Navidad y su cumpleaños juntos.

—Amo ser maestra —dice al teléfono después de la reunión previa al inicio de clases. Creo que nunca escuché a Em tan entusiasmada por uno de esos eventos, pero Hazel es Hazel. Ella ama en grande—. Soy un caos la mayor parte del tiempo, pero los niños de tercero son lo mío.

—No me sorprende. Al igual que los niños de ocho años, tienes problemas para alcanzar cosas en lugares altos y para recordar ir al baño antes de un viaje largo.

—Bien dicho, Jimin.

A algún órgano desconocido dentro de mí le apena que tengamos esta conversación fluida por teléfono y no en el sofá.

Al día siguiente (su primer día en Riverview), me recibe un zumbido agudo constante al atravesar las puertas de la escuela. Es como si un enjambre de abejas zumbara desde la cafetería. El salón de Hazel es el número doce, así que después de saludar a la versión exhausta de Dave por la ventana de su oficina y de espiar a mi hermana en una riña con una maraña caótica de niños de quinto, sigo por el corredor hasta la puerta enmarcada con tortillas y las palabras «¡Que tengan un fantacotástico primer día!».

A través de la pequeña ventana, la veo de pie al frente de la habitación, observando a los niños que trabajan solos, y me hace reír. Se trata de Hazel, no podría llevar puesto algo diferente: un vestido azul ajustado a la cintura con un cinturón decorado con manzanas rojas y libros de colores brillantes. Tiene aires a la señorita Frizzle, un estilo que no creí que me atraería, pero una mirada a su cuello largo y delicado, al brillo en su cabello recogido y..., bueno, sí me atrae.

Cuando me ve por la ventana, me sonrío y se acerca, a pesar de que le hago señas para indicar que puedo esperar hasta la hora del almuerzo. Sus ojos color *whisky* son seductores; sus labios, rojos como fresas. Algo se agita en mi interior.

–¡Bienvenido a la fiesta! –Los pequeños aretes en forma de lápices se agitan al compás de su baile de alegría.

Le entrego una manzana y un ramo de girasoles envuelto en papel celofán.

–Esperaba verte en el almuerzo. Quería desearte un feliz día.

–Lo hiciste cuando me escribiste esta mañana –dice al aceptar las flores y abrazarlas contra su pecho.

–Bueno, me alegra haber sido meticuloso, de lo contrario me hubiera perdido esto. –La señalo de pies a cabeza, donde tiene una polilla de los libros de cerámica en el cabello.

–¿Te gusta? –pregunta con un giro–. Es mi atuendo tradicional del primer día de clases.

–Y pensar que mi hermana apenas se puso un jersey nuevo. ¿Qué tal el día hasta ahora?

–¡Bien! Sin colapsos emocionales y un solo incidente de fútbol en el receso. Ahora están escribiendo sus objetivos para este año. ¿Quieres entrar a conocerlos?

Estoy por decirle que no, pero se aferra a mi abrigo y me jala hacia dentro.

–Clase –veintiocho pares de ojos levantan la vista y me miran–, les presento a mi amigo, Josh.

Se oye un coro de «aaaah», y un revoltoso pregunta «¿Es su novio?», acompañado por una risa colectiva.

Hazel inclina la cabeza con experticia y todos se quedan en silencio.

–Josh es un invitado, así que debemos comportarnos. También es el hermano de la señorita Goldrich. Démosle la bienvenida a nuestro nuevo amigo.

–Bienvenido, amigo –dicen al unísono. Y sin la distracción del asunto del novio, pierden la atención enseguida y vuelven a sus tareas.

–Bien hecho, señorita Bradford. Eso fue impresionante –reconozco–. Eres increíble mangoneando a pequeños seres humanos. Si tan solo Winnie escuchara tan bien como ellos.

–La única forma de que Winnie me escuche sería poniéndome una rosquilla en la cabeza –replica y voltea para dejar las flores sobre el escritorio–. Gracias por las flores. Eres el mejor amigo, Josh Im. Solo superado por un unicornio.

–Quería verte en tu elemento. Y es una buena excusa para contarte los avances en las aventuras de citas dobles de Josh y Hazel.

–¡Sí! –Festeja mientras tomo mi teléfono celular.

–Mi amigo Dax es veterinario y cría ponis Shetland o algo así en Beaverton. Y es bastante apuesto. –Abro la aplicación de Facebook para buscarlo.

–¿Tienes un amigo veterinario que cría ponis y recién ahora me lo dices? Un tejón parlante imaginario acaba de ocupar tu segundo lugar en la escala de mejores amigos.

–Lo había olvidado –me excuso, al tiempo que le hago zoom a la fotografía de Dax para que pueda verla–. Fuimos juntos a la escuela. Vi su perfil de casualidad esta mañana.

–¿Llevará un poni a la cita? –Hazel se acerca para ver mejor.

–Puedo pedirselo.

–No está nada mal. –Toma el teléfono y sigue pasando las fotografías–. Y la posibilidad de que haya paseos en poni en el futuro mejora la oferta.

–¿Lo llamo? –pregunto analizando su expresión.

–Estuve pensando en hablar con la guardavidas de la piscina –dice al devolverme el teléfono y tuerce los labios, pensativa–. Parece muy linda y puede salvarte la vida si te vuelves a caer al río.

–No me caí al río, más bien me empujaron.

–La gravedad.

–Podríamos organizar algo para el viernes –sugiero e ignoro su provocación.

–Pasaré por la piscina de camino a casa. Te aviso.

Los niños de la clase están subiendo el volumen y es mi señal para retirarme.

–Genial. Llamaré a Dax y luego podremos coordinar.

Recién cuando me siento de vuelta en mi automóvil entiendo por qué volví a pensar en una cita doble: quiero pasar tiempo con Hazel.

El viernes por la noche, cuando llego a casa, no hay dudas de que Hazel no esperó a que llegara para ponerse cómoda, porque oigo la televisión desde el garaje.

–Cariño, ya llegué –anuncio.

Winnie se acerca corriendo en cuanto me escucha y por poco hace que me caiga mientras me quito los zapatos. La extrañé, pero es un pésimo perro guardián.

–Hola, señor. –Hazel se sienta derecha y me sonríe sobre el respaldo del sofá.

–Perdón por llegar tarde. –Nuestra cita con Dax y Michelle es esta noche, y apenas tengo tiempo para ducharme y cambiarme para llegar a la reservación–. Las consultas se extendieron y luego quedé atrapado por un conflicto de seguros.

–Estaba aburrida en mi apartamento, así que decidí venir antes. Suerte que lo hice, porque tu madre estuvo aquí. –Exhibe un tazón humeante y un par de palillos–. ¡Y trajo comida!

Me asomo sobre el sofá para ver lo que está comiendo, y me ruge el estómago.

–Cenaremos en menos de una hora.

–Te reto a ver la comida de tu madre y rechazarla. –Me acerca un bocado de carne y cebolla, y protesto mientras mastico. Tendría que estar alistándome, pero, en cambio, acomodo los palillos en su mano, como otro bocado y rodeo el sofá para sentarme a su lado.

–¿Cuándo se fue?

Hazel se despegó de la comida lo suficiente para responderme.

–Hace unos veinte minutos. Estuvo bastante tiempo. Me mostró algunas fotografías vergonzosas de cuando eras bebé, hablamos de que trabajas demasiado y de que tienes un exceso de zapatos deportivos negros. –Se ríe en medio de otro bocado–. Me agrada mucho.

Eso me llama la atención y atrae mi mirada. Puedo contar con los dedos de una mano las veces que *Umma* y Tabby estuvieron juntas sin mí, y Tabby se aseguró de quejarse de cada una de ellas después. Nunca se interesó en llegar a conocer a mis padres y, sin ninguna duda, nunca le *agradaron*.

–Creo que es conveniente que también le agrade.

–Por supuesto que le agrado –afirma Hazel. Me entrega el tazón y se echa a reír cuando ataco la comida de inmediato–. Arrojé frutas a sus pies el día que la conocí y fui la única que comió ese pescado fermentado oloroso de la otra noche. Según tu hermana, ahora soy al menos mitad coreana.

–Se llama *honge* y ni siquiera yo lo comería. –Tomo otro bocado y le ofrezco uno a ella. Fue un día largo y salir suena cada vez menos atractivo–. Le agradas a *Umma* porque eres excéntrica, encantadora y haces que se preocupe menos por que yo muera solo y triste.

–Solo y triste –bufa–. ¿Te has visto? Nada más tenemos que mejorar la búsqueda.

Una ovación desde la televisión me distrae, y recién ahora noto lo que estaba mirando.

–¿Por qué estás viendo los Juegos Olímpicos de... Londres?

–Me gustan los programas animados –comenta. Cuando la miro escéptico, deja caer los

hombros contra el sofá—. No encontré el mando a distancia.

—¿Lo buscaste siquiera? Probablemente estés sentada sobre él otra vez. —Me muevo para levantarme, pero me detiene con una mano en el estómago.

—No puedes cambiar ahora, ¡me atrapó!

—Tenemos que irnos, Haze.

—Entonces, grábalo por mí.

—Sabes que puedes buscarlo en internet para ver cómo terminó, ¿cierto?

—¿Y dónde está la diversión en eso? —replica con expresión gruñona—. Buscar los resultados mata la diversión.

—O, quién sabe, podría ahorrarte tiempo. Vamos, me daré una ducha rápida —anuncio y me levanto de una vez.

Tengo un mal presentimiento respecto a Dax en cuando Hazel y yo ponemos un pie en el restaurante y él la ve. Claro que no soy experto en leer expresiones humanas, pero la forma en que hinchó la nariz y frunció el ceño al mirarla de arriba abajo (luce el moño característico, una camiseta con estampa de vaca, falda de mezclilla desgastada y botas vaqueras de color verde) no puede ser una buena señal.

Después de presentarnos y estrecharnos las manos, seguimos a la camarera a nuestro reservado en el centro del restaurante bullicioso. De camino, Hazel se acomoda la falda y gira para sonreírle a Dax. Al verla, mi corazón se derrite por el esfuerzo que le dedica a todas las personas, incluso a las que la miran como si no estuviera a su nivel.

—¿De dónde eres, Dax? —pregunta.

—De Michigan. —Él se inclina con las manos unidas—. ¿Tú has vivido en Oregón toda tu vida?

Michelle es bonita y, al ser guardavidas, por supuesto que es atlética. Sin embargo, y aunque es posible que tengamos mucho en común, no puedo prestarle suficiente atención, ya que lo que escucho del otro lado de la mesa suena más a inquisición que a interés. Dax pregunta por la familia de Hazel, por su trabajo, por su casa. Quiere saber si planea comprar o seguir rentando y parece preocuparle que no sepa qué plan de retiro ofrece el distrito escolar.

Mientras Michelle y yo tenemos una conversación banal, escucho cómo Hazel responde las preguntas de Dax con alegría e incluso añade algunas anécdotas sobre su madre («Tiene una hermosa voz para cantar, pero solo en la ducha»), su apartamento («Se inundó como Venecia hace unos meses... ¿Será por eso por lo que sueño que estoy en un bote?») y sobre su trabajo («Hace dos días llegué a casa oliendo a savia y no tengo idea de por qué. Así es con los niños de tercero»). Pero, a pesar de sus esfuerzos, Dax responde a sus preguntas con una sola palabra, incluso con monosílabos.

Cuando Hazel se levanta para hacer una llamada, Dax me mira exasperado, como diciendo «Cielos, está loca», pero finjo no entenderle.

—¿Qué? —pregunto y percibo el rastro agresivo en mi tono.

—Nada, es solo que... —ríe.

—¿Solo que *qué*?

Siento la mirada de Michelle sobre mí y la tensión incómoda que asciende como la bruma.

—Es un poco excéntrica para... —Dax cierra la boca enseguida cuando Hazel reaparece.

—Lo siento —se disculpa al desplomarse en su silla—. Era mi madre. Se compró botas nuevas y estoy segura de que seguiría bombardeándome con fotos hasta que la llamara y coincidiera en que son fabulosas. —Pincha su cena antes de continuar—. Por cierto, lo son. Son color turquesa,

con cuentas de caracolas en la punta. Apuesto a que lucirá como la reina de los unicornios cuando arregle el jardín. Aunque son botas vaqueras, ya saben.

Dax se muerde el labio y mira su plato con el ceño fruncido. A pesar de que Hazel está manejando la situación con su buen ánimo habitual, cuando él se levanta para ir al baño, me mira y hace la mímica de beber una botella de alcohol.

–Uff –resopla.

–Parece un poco... intenso –le dice Michelle por lo bajo.

–Una pizca. –Hazel sonríe y se lleva una papa a la boca–. Creí que criaba ponis. ¿Cómo puede ser tan gruñón alguien que trabaja con *ponis*?

–Lo siento. –Me extiende sobre la mesa para darle un apretón a su mano–. Podemos ponerlo en la pila de «Nunca más».

Cuando vuelve, Dax se enfoca de inmediato en el plato de Hazel, en el que apenas quedan unos guisantes y el último bocado de sus enchiladas.

–¿Te comiste todo ese plato?

Ella lo observa en silencio. Mientras tanto, siento el corazón como un carbón que me arde en el pecho.

–Por supuesto que sí –afirma, y veo cómo fuerza una sonrisa en su rostro–. Mi cena estaba absolutamente *increíble*.

Dax levanta su vaso y, si es posible, da un sorbo crítico a su agua y deja el vaso con cuidado antes de levantar la vista.

–¿Es buen momento para que diga que no creo que tengamos nada en común? –No se lo dijo solo a Hazel, sino a mí y a todos en la mesa. Y el silencio nos invade a los cuatro.

–Debes estar bromeando. –Al parecer, Michelle no lo soporta más, porque arroja la servilleta sobre su burrito a medio comer–. Estoy segura de que Hazel sintió lo mismo en cuanto le preguntaste por su plan de retiro. –Luego gira hacia mí–. Josh, pareces un buen tipo, pero ¿puedo darte un consejo? Estás en la cita equivocada.

Acto seguido, se pone de pie, saluda a Hazel y se marcha.

Dax se limpia la boca con su servilleta.

–Fue una buena idea, Josh, pero pésima ejecución. –También se pone de pie y deja veinte dólares sobre la mesa–. ¿Almorzamos en la semana? –pregunta sonriente, como si no hubiera pasado nada.

Entonces, miro a Hazel y me percató de que quizá la conozca mejor que nadie, excepto por Aileen, tal vez. Exhibe su expresión ensayada de indiferencia y gracia, pero, por dentro, está cerrando los ojos con fuerza.

Dax sigue ahí, esperando mi respuesta.

–Vete al diablo, Dax –digo alegremente.

–Siento que tuve una pelea –comenta Hazel al seguirme a casa, antes de desplomarse en el sofá–. Dax matará el alma de una buena mujer algún día.

–Antes era buena onda. –Dejo las llaves en el cuenco junto a la puerta y me quito los zapatos–. O quizá siempre fue un idiota, nunca lo vi interactuar con una mujer.

–Muchos hombres son geniales con otros hombres pero unos idiotas con las mujeres.

–Lo siento, Haze –me disculpo y me detengo para darle un beso en la frente.

Cansada, sacude una mano y señala el televisor para pedirme que lo encienda, así que reviso debajo del cojín del sofá para buscar el mando a distancia y entregárselo. Al enderezarme, sigo

directo a la cocina y recuerdo que mi madre estuvo aquí más temprano. Me ruge el estómago, porque pasé la noche paseando mi tilapia estilo Veracruz por el plato, demasiado preocupado por Dax y por Hazel como para comer.

¿Eso quiso decir Michelle cuando se fue? ¿Que tendría que haber estado en esa cita con Hazel?

Mis mejillas se acaloran de repente, como si lo hubiera dicho en voz alta y Hazel lo hubiera escuchado. La arrocera sobre la encimera mantiene caliente un lote de arroz, y el refrigerador está lleno de contenedores y envases viejos de mantequilla etiquetados con su contenido y la fecha límite para consumirlo. Incluso hay algunos con el nombre de Hazel, que asumo que contienen el arroz *kimchi* frito de mi madre, su favorito.

—¡No te comas mi arroz! —grita como si me hubiera leído la mente.

—Entonces, ¿por qué te comiste mi *bulgoli*? —replico al oír el refrigerador.

—Porque no tenía tu nombre —afirma, mirándome como si fuera obvio.

Tomo uno de los contenedores, vuelco el contenido en dos tazones, que coloco en el microondas, y luego los llevo con dos cervezas a la sala.

Hazel está mirando los Juegos Olímpicos desde donde los dejó más temprano. En la pantalla, un grupo de jovencitas ansiosas va y viene por los laterales mientras esperan su turno en el potro. Yo ya conozco los resultados, los vi hace seis años, pero no puedo evitar estremecerme de todas formas cuando la tercera chica pierde el equilibrio y cae con fuerza.

—¿No hay otra cosa para ver? —pregunto con una mano sobre los ojos. Ella se desliza hasta la punta del sofá y gira hacia mí.

—Estás en eso de los deportes, ¿cómo es que no te gustan los Juegos Olímpicos?

—¿En eso de los deportes?

—Sí, tú sabes.

—Solo míralo —indico señalando la pantalla con mis palillos—. Eso destruye el cuerpo.

—¿Te refieres a fracturas de huesos y esas cosas? —pregunta con la atención de vuelta en la pantalla.

—Sí, eso también, pero me refiero a largo plazo. Esas chicas empiezan muy jóvenes, y tanta exigencia es demasiado dura para un cuerpo en crecimiento. Más adelante, pueden tener fracturas por estrés, porque tener poca grasa corporal retrasa la pubertad y debilita los huesos. Incluso afecta el crecimiento. Sin mencionar la fuerza a la que someten al cuerpo. Sus muñecas y tobillos pequeños no están preparados para esa clase de impacto.

—Nunca lo había pensado así. —Haze frunce el ceño—. Se ven muy atléticas, como pequeñas máquinas de músculos.

—Son atléticas y esa es una parte del problema. Entrenan sin parar y es un estilo de vida muy desgastante, casi imposible de sostener. La mayoría se retira a sus veintes.

—Pero después tienen toda una carrera nueva. Yo tendría que haber sido gimnasta. Apuesto a que todavía puedo hacer algunas piruetas.

—¿Cuántos años tienes? ¿Veintiocho?

—Veintisiete —me corrige impactada.

—De acuerdo, veintisiete. —La ofensa en su rostro me hace reír—. Apuesto a que hacías volteretas todo el tiempo.

—¿Bromeas? Vivía haciéndolas.

—Pero probablemente ya no puedas hacerlas tan bien. Nuestro centro de gravedad cambia y, aunque sigamos siendo fuertes y atléticos, con la edad perdemos flexibilidad.

—¿Estás diciendo que estoy vieja? —exige saber con el ceño fruncido, por lo que dejo el tazón

sobre la mesa antes de que me lo ponga de sombrero.

–Digo que eres mayor, no vieja.

Entonces deja el suyo junto al mío, se pone de pie y me extiende una mano.

–Ven conmigo.

–¿Qué? –pregunto, pero alza una ceja sin elaborar nada más, así que tomo su mano y dejo que me lleve–. Bueno... ¿a dónde vamos?

–Afuera, a ser jóvenes otra vez.

–Ajá, claro. ¿Oíste eso, Winnie? Iremos afuera a ser jóvenes otra vez.

Winnie nos sigue al trote con alegría, porque, sin duda, lo único que escuchó fue «afuera». Hazel nos lleva por la cocina hacia la salida, y la puerta mosquitera se cierra de un golpe detrás de nosotros. El sol se puso hace tiempo, pero los reflectores con sensor de movimiento se encienden y proyectan las sombras de los árboles de una punta a la otra del jardín. El aire está cargado y húmedo, con aroma a pinos y al dulzor de las flores marchitándose en los canteros. Aunque está un poco fresco y parece que podría llover pronto, Hazel brinca por las escaleras hacia el césped.

Una vez satisfecha con el lugar, inclina el torso hacia delante y se recoge el cabello en otro peinado antigraedad. Winnie espera a mi lado, mirándola con la cabeza de lado, ansiosa por ver qué tiene para nosotros.

Hazel se endereza y me llama.

–¿Qué...? –comienzo después de atravesar el jardín, pero me quedo sin palabras cuando me quita el aire al jalarme hacia el césped cubierto de rocío. Luego se arrodilla a mi lado y procede a quitarme los calcetines, uno a la vez–. ¿Qué... haremos? –Me miro los pies descalzos, los pantalones de vestir y la camisa.

Ella me evalúa un instante, pero no se desanima. En cambio, se muerde el labio y me abre los dos botones superiores de la camisa.

–¿Puedo hacerte una pregunta personal? –Me toma un brazo para arremangarme.

–Claro.

–¿Extrañas a Tabby?

El cambio de tema me sorprende, así que levanto la vista hacia ella. Está muy cerca, inclinada sobre mí, y alcanzo a ver una peca debajo de su barbilla que no había notado antes.

–¿Por qué lo preguntas?

–Porque tenías razón. –Se encoge de hombros–. Tener citas es difícil. Creo que me había olvidado. O quizá es que nunca lo había hecho de esta manera –explica y baja la vista. Me miró a los ojos apenas un instante antes de concentrarse en mi otra manga.

Sus manos son cuidadosas y determinadas, y hacen que me sienta hiperalerta y mi rostro vuelva a calentarse al recordar las palabras de Michelle. Por un instante, me imagino acercándome a ella para sentir el calor de sus labios sobre los míos. Trago saliva, porque no estoy seguro de qué originó ese pensamiento ni qué hacer con él.

–Entiendo por qué no querías volver a eso –dice por lo bajo–. No lo sé. Me preguntaba si extrañabas estar en una relación con ella.

–Solía pensar que era un buen novio, pero al mirar atrás, creo que tal vez no.

–Hablé con Emily. –Vuelve a mirarme a los ojos con un brillo protector–. Fuiste un buen novio. Tabby fue una zorra.

–No lo sé... creo que fue conveniente para mí. Comenzaba a ver que nos habíamos alejado mucho, pero era más fácil dejar todo como estaba que ser quien tomara la decisión.

–Tiene sentido.

–Creo que lo que me gustaba era *ser la persona* de alguien más.

Detiene sus dedos en mi muñeca y levanta la vista para ver su reacción. Aunque no me mira a los ojos, veo cómo se le encienden las mejillas.

–*Eres mi persona*. Gracias por defenderme esta noche.

Suelta esas palabras vulnerables con tal libertad que me llena el pecho de cariño. Entonces, tomo su mano y le doy un beso ligero en los nudillos.

–Me gusta serlo.

–Y la de Winnie, según parece. –Sus labios dibujan una sonrisa mientras se sienta sobre los talones–. Quién iba a decir que caería rendida a los pies de un rostro bonito.

–Ah, ¿qué puedo decir?

Ella resopla y pone los ojos en blanco antes de ponerse de pie.

–Muy bien, niño bonito. Hagamos unas volteretas para que pueda reírme de ti y quitarte esa expresión engreída.

–Yo no soy el que insiste en que todavía puede hacer esto. Estoy bien siendo un hombre mayor.

La sigo, contemplando sus piernas por el jardín. El cielo parece un magullón detrás de ella, en tonos azules y púrpuras por la polución de la ciudad. Por un momento, me distrae el brillo de su piel bajo los reflectores del jardín. Ella se toma un momento para sacudir las manos y girar la cabeza algunas veces.

–¿Qué tan difícil puede ser? –Hace una estocada lo más profundo posible en su falda de mezclilla–. Es como montar en bicicleta, ¿no?

–¿Busco el botiquín de primeros auxilios o...? –pregunto señalando la casa.

Hazel se para derecha, extiende los brazos sobre la cabeza y echa un vistazo en mi dirección. Espera un segundo, dos, tres... y allí va. Se lanza hacia delante con los pies en el aire y la blusa de volados en el rostro, con lo que me ofrece una imagen prolongada de su sostén amarillo fluorescente. Cuando vuelve a pararse sobre los pies, su peinado está caído a un costado, pero su expresión es de absoluta felicidad.

–Dios, ¡qué divertido! –Se quita el pelo de la cara y se mete la blusa dentro de la falda–. Ah... perdón por el espectáculo.

–No estuvo nada mal. –Intento contener la risa y la miro con la cabeza de lado–. ¿Lo harás otra vez?

Lo hace y, si es posible, su sonrisa es aún más grande que la primera vez.

–¿Por qué dejé de hacer esto? –ríe. Es evidente que está mareada, pero procede a hacer una seguidilla de volteretas en el césped–. Tu turno –indica al terminar.

–¿Yo?

–¡Sí! –Me sujeta de las muñecas y me arrastra frente a ella.

–No puedo, soy más alto que tú.

–¿Y? –Me mira confundida.

–La caída es más larga.

–Vamos, lo haremos juntos.

–Hazel.

–Josh.

–Me van a ver los vecinos. –De repente, me siento nervioso al mirar alrededor. Impasible, se coloca en posición a mi lado.

–Vamos, está oscuro. Levanta los brazos. Uno..., dos..., ¡tres!

El mundo se pone de cabeza y, cuando Hazel se endereza, somos una maraña de brazos y

piernas en el césped. Me río tan fuerte que me duele el estómago.

–*Auch* –protesto frotándome el abdomen y todo lo que me golpeé en la caída.

–Pero estuvo bien, ¿o no? –Está sin aliento, con el cabello alborotado y el rostro sonrojado, ¿cómo es posible que nadie vea lo increíble que es?

En este preciso momento, decido asegurarme de que alguien lo vea.

–Sí, Haze. Tú estuviste bien.

Capítulo once

HAZEL

Para la séptima cita, no diría que hemos tocado fondo, pero Josh sintió la necesidad de fingir diarrea, y yo lo llevé al automóvil con gusto mientras me disculpaba con nuestras citas, confundidas por la salida abrupta.

Había quedado con una chica que conocí en la tienda. Un consejo: es una mala idea. Parecía genial cuando hablamos de nuestro amor por la barra de jugos de la tienda, pero resultó que eso era de lo único de lo que quería hablar, además de decirle a Josh lo ansiosa que estaba por chupársela en el baño.

Josh había organizado mi cita con un socio de una filial de Fidelity que administraba su dinero. El hecho de que tenga tanto dinero que necesite que alguien se lo «administre» aún me desconcierta. A mí me emociona cuando a fin de mes me sobra lo suficiente como para ordenar pizza. El dichoso socio, Tony, no era desagradable a la vista, pero dedicó los primeros veinte minutos a enumerar lo que podía y no podía comer del menú y los veinte siguientes haciendo *mansplaining* sobre las reglas del fútbol. Sin embargo, a Elsa no pareció importarle, ya que, según Josh, se dedicó a intentar tocarle la entrepierna por debajo de la mesa a cada rato. Dijo que era como espantar pirañas en el Amazonas.

Creo que yo lo hubiera tolerado porque mi pollo parmesano estaba delicioso, pero Josh no lo aguantó y corrió al baño al grito de «¡Mi estómago! ¡Necesito un baño!». Elsa lo seguía de cerca, y tuvo que evitar que entrara tras él. Desde el baño, me envió un pedido de auxilio desesperado y, cinco minutos después, estábamos en su automóvil con la música al máximo y colmados de alivio pleno corriendo por nuestras venas.

—Esta ha sido la peor cita hasta ahora —dice al doblar a la derecha en la calle Alder—. Todavía siento la presión en las pelotas.

—Me disculparía y desearía que nunca hubiera pasado, pero en ese caso no hubiera tenido el placer de escucharte decir «presión en las pelotas» —bromeo, y él me fulmina con la mirada—. No digas que no es gracioso, Josh. Es *muy* gracioso.

Lo veo comprobar la hora en el tablero y sigo su ejemplo: recién son las ocho de la noche de un viernes. No tengo ganas de volver a mi apartamento y sé que si él vuelve a casa se pondrá sus pantalones deportivos y se instalará frente al televisor. Según Emily, esa versión de Josh ha resurgido de forma dramática desde que me fui de su casa.

—Todavía tengo hambre —declaro. Mantenerlo fuera de casa no será fácil, y si tengo que mentir para lograrlo, eso haré. Entonces, me froto el estómago y me esfuerzo por lucir famélica—.

Abandoné mi cena deliciosa para proteger tu virtud.

Afuera empezó a llover, y Josh me sorprende bajando la música; lo conozco bien como para anticipar que seguirá una ofrenda de paz. Por alguna razón extraña, haría lo imposible por hacerme feliz.

—Podemos dar un paseo si quieres.

—Me lees la mente, Jiminin. —Sonrío en la oscuridad del vehículo.

—¿Quieres un trago con tu comida? —sugiere al activar la luz de giro.

—¿Cuándo no?

Vi a Josh alcoholizado una sola vez, en casa de Emily después de algunas botellas de *soju*. Se puso rosado, risueño y ruidoso (bueno, ruidoso para lo que es él), antes de quedarse dormido encima de mi hombro y despertar como si no hubiera pasado nada. Más allá de eso, no es un gran bebedor y, cuando lo hace, tiene una lentitud adorable. Mientras él revuelve el mismo *gin-tonic*, yo ya me he bebido tres, he comido una hamburguesa entera y una porción de papas fritas con salsa.

—¿Por qué somos tan malos en esto? —Sostiene el vaso y limpia las gotas de condensación con sus dedos largos.

—Habla por ti, yo soy increíble —replico con la copa en alto.

—Me refiero a las citas —explica y se pasa una mano por la frente—. Las mujeres o muestran cero interés o quieren tener sexo en un restaurante.

El camarero retira la cesta vacía y la reemplaza por otra llena de papas. Intento convencerme de que no necesito más, pero ¿a quién quiero engañar? Me llevo otro puñado a la boca antes de responder:

—A mí me parece bastante normal: es nada o sexo.

—Juraría que tu experiencia con las citas es de lo más extraña. —Niega con la cabeza y bebe un trago de lo que, a estas alturas, debe ser más que nada hielo derretido.

Lo miro con atención. No entiendo por qué ninguna mujer reacciona igual que Elsa... Es tan ridículamente sexy, pero también es inocente en ciertos aspectos.

—No, Josh. ¿Nunca quisiste arrancarle la ropa a alguien y nada más?

—Claro que sí.

—Entonces, ¿coincides en que sentiste atracción instantánea hacia todas las personas con las que dormiste?

—Sin duda —concede—. Pero la mayoría de las veces no intento tocarlas por debajo de la mesa la primera vez que salimos a cenar.

De repente me imagino la escena (Josh acercándose a besarme el cuello y deslizando una mano por debajo de mis pantalones). Se me encienden las mejillas y me aclaro la garganta.

—No todas se pueden resistir a tus encantos —sugiero. Él mira su vaso, escéptico, y veo cómo bebe otro sorbo con su pajilla. Como no responde, agrego—: ¿Con cuántas mujeres te has acostado?

Hace una pausa mirando al techo mientras cuenta. En el tiempo que tarda, el camarero sirvió siete tragos. Tal vez tenga que modificar la imagen que me he hecho de su vida sexual. ¡Vamos, Josh!

—Cinco —dice después de otro instante de silencio, con lo que me deja boquiabierta.

—¿Te tomó cuatro minutos contar hasta cinco? No debieron ser muy memorables.

—Estaba bromeando. —Me pellizca la barbilla y me ofrece una sonrisa con todos sus dientes

inmaculados a la vista—. Todas fueron relaciones bastante estables. Habrás notado que no soy muy bueno con los encuentros casuales. —Se termina el trago de un sorbo y me pregunta—: ¿Y tú?

—¿Yo? —La verdad es que no tengo idea de la cantidad de hombres con los que he estado, así que elijo un número bajo al azar—. Veinte, quizá.

Tose al tragar y me mira con ojos bien abiertos.

—¿¡Veinte!?! —repite.

—Tal vez más. Digamos que treinta.

—Ah, guau —ríe negando con la cabeza. Su respuesta no mejora nada.

—No hagas eso —le advierto señalándolo con el dedo—. No actúes como si hubiera violado un código moral que dice que una mujer no puede estar con varias personas. Si fuera hombre, dirías «En secundaria, ¿no?». Luego haríamos un saludo de puños y me llamarías «hermano». — También termino mi trago mientras me observa entretenido y mortificado.

—Tiene sentido. —Recorre mi rostro con la mirada, como si, de alguna forma, devorara mis facciones—. Lo siento. —Levanta la mano para chocar mi puño a modo de ofrenda de paz—. Bien hecho, hermano. —Río antes de chocar el suyo, y él revuelve el fondo de su vaso—. ¿Cuál ha sido tu relación más larga?

Hago memoria...

—¿Seis meses? Creo.

—¿De verdad?

—Debes dejar de ser un maldito crítico. —Lo fulmino con la mirada—. Ya te dije que las relaciones son difíciles para mí. La mayoría de los hombres me parecen aburridos y todos los que me gustan en pocas semanas terminan pensando que soy demasiado rara. No puedo esconder por mucho tiempo lo que hay bajo la punta de este iceberg de locura.

Algo en su expresión se suaviza, pasa de asombro a ternura como si se hubiera cambiado de diapositiva en una presentación.

—Para que conste, yo pasé esa punta y creo que lo que hay debajo es genial. Extraño... pero genial. —Entorna los ojos frente a mi expresión encantada—. Sé que hay algo chistoso detrás de esa «punta», pero necesito otro trago antes de captarlo. —Levanta la mano para indicarle al camarero que nos sirva otra ronda, pero esta vez, en lugar de un *gin-tonic*, ordena un *whisky* Talisker sin hielo, lo bebe en menos de cinco minutos y en cuanto lo termina se ordena otro.

Mientras bebemos, conversamos y bebemos un poco más, su rostro se enrojece y acalora y, con el tiempo, se le suelta la lengua. Revela que su primer amor fue Claire, una compañera de escuela coreana-estadounidense, igual que él, y que sus familias se conocían. Iban a la misma iglesia y perdieron la virginidad juntos después de un año de relación. La chica se lo contó a sus padres de inmediato, quienes se lo contaron a los padres de él, quienes se enfurecieron e hicieron que se separaran.

—¿Y?

—Y me castigaron por lo que quedaba del año.

—Me parece demasiado duro. Creo que yo hubiera hecho un berrinche y luego me hubiera escapado para verla.

—Mi madre es genial, así que no pretendo faltarle el respeto, pero las familias coreanas son diferentes. Soy el hijo mayor y esa es una gran responsabilidad.

—¿Así que eso fue todo?

—No desobedecemos a nuestros padres.

—¿Jamás?

Niega con la cabeza y bebe un trago. Yo me apoyo sobre los codos; los tres (¿o cuatro?) *gin-*

tonics me hacen sentir cariñosa y mimosa.

–¿La amabas?

Parece entretenido por la pregunta, reclinado sobre la mesa en la misma posición que yo.

–La amaba como amas en la escuela: con intensidad, idealizando a la otra persona y sin conocerla muy bien en realidad.

En cierto modo, me resulta extraño saber tan poco de él, siendo que hemos pasado mucho tiempo juntos y hasta hemos convivido.

–Mi primer amor fue un chico llamado Tyler –suspiro–. En mi primer año de universidad.

–Déjame adivinar: era el típico deportista de fraternidad.

Me hace reír, porque Tyler cumplía bastante con ese estereotipo. Usaba una gorra de los Yankees al revés, tenía el mentón marcado como un superhéroe, jugaba al béisbol y hacía énfasis en que bebía cerveza Pabst porque percibía un sabor sutil que nadie más notaba.

–Sí, pero también tenía un lado profundo –aseguro, pero Josh resopla en su vaso–. ¡Es verdad! En el fondo, era muy lindo. Con él tuve mi relación de seis meses –recuerdo con nostalgia–. Pensé que seríamos de esas parejas singulares entre la chica excéntrica y el deportista, hasta que, una noche, me dijo que lo estaba haciendo pasar vergüenza, y yo lo mandé a volar.

–Bien hecho.

–¿Pensarás que soy una idiota si te digo que aún me gustaba?

–Estás mirando a un tipo cuya novia se estuvo acostando con otro durante un año –replica mirándome sobre su vaso.

–Cierto. –Inhalo entre dientes–. Bueno, Tyler volvía cuando estaba ebrio y se sentía solo, yo lo recibía, me preguntaba si había tomado la decisión correcta y después teníamos sexo. Hasta que, en la siguiente fiesta decía algo como –pongo voz gruesa–: «Cielos, Hazel, eres tan *rara*».

–Yo también tuve una de esas: la ex que reaparece cuando se siente sola –admite antes de terminar su segundo *whisky*. Sus mejillas tienen un tono rosado tan adorable que deseo darles un pellizcón–. Se llamaba Sarah, solo que nosotros salimos un año y medio y, cuando rompimos, lloró diciendo que quería casarse conmigo algún día, solo que no todavía. Antes quería ver a otras personas para estar segura.

–*Argh* –gruño. Aunque, para ser honesta, debo decir que sonó más como una gárgara.

–Se embriagaba y me seducía, y al día siguiente despertaba odiándome a mí mismo.

–Es difícil decir que no cuando hay una mujer desnuda en tu cama.

–Eso es muy cierto –concede, más rojo que antes.

–¿A tus padres les molestaba que Tabby no fuera coreana?

Josh recibe el tercer *whisky* con las dos manos y lo agradece con un movimiento de cabeza.

–Creo que lo que más les molestaba era que nunca se hubiera tomado el tiempo para conocerlos ni para acercarse a Em. Como habrás notado, mis padres son muy apacibles, no se imponen ante los demás, pero les importa estar al corriente y que la persona que esté conmigo sea parte de la familia. A Tabby nunca le interesó eso. Y es curioso, pero recién ahora entiendo por qué nunca nos presionaron para que nos casáramos. Fue un poco extraño cuando Emily nos dijo que Dave le había propuesto matrimonio y yo ni siquiera salía con nadie. Supongo que todos asumíamos que sería el primero en casarme porque soy el mayor, pero ellos sabían que Tabby no era la indicada aunque yo no lo supiera aún.

–Lo que dices tiene sentido. –Pienso en mi madre, que conoce todos los detalles de mi vida.

–Sí, tú lo entiendes. –Traga su bebida y asiente con la cabeza. A estas alturas tiene la mirada un poco desenfocada–. Tabby nunca lo hizo.

–Bueno, podemos acordar que es una zorra. Y por eso nunca tuvo su arroz frito personalizado

—concluyo, y él choca mi vaso con el suyo—. La primera vez que tu madre fue de visita mientras tú seguías en el trabajo, pasó quince minutos cortando las servilletas de papel a la mitad. Dijo que eran demasiado costosas para usarlas solo una vez. —Recuerdo la convicción con la que me lo explicó y cómo hizo que recordara cada una de las servilletas que desperdicié en mi vida—. Creo que si yo lo hiciera, dirías que es porque soy extraña, pero cuando ella lo hace tiene todo el sentido del mundo, ¿no?

—Es muy buena encontrando formas de ahorrar y reutilizar.

Todo a mi alrededor ha comenzado a girar y tengo un poco de sueño, así que me apoyo contra su hombro. Es sólido, pero debajo del músculo firme siento su calor vibrante.

—Eres una caldera.

—Emito bastante calor —asiente y me roza el pelo con la mejilla.

—Ya veo.

Con eso se ríe y se sacude un poco contra mí.

—¿Lista para ir a casa? —me pregunta arrastrando un poco las palabras.

Entonces, miramos por la ventana y nos percatamos de que llueve mucho y de que ninguno de los dos está en condiciones de conducir.

—¿En taxi? —sugiere.

—Mi casa está a dos calles de aquí, podemos correr. Y puedes dormir en el sofá con Winnie.

Estamos mojados, congelados y ebrios subiendo los cinco pisos por escalera hasta mi apartamento para intentar entrar en calor. Josh se detiene goteando en el tapete pequeño de la entrada, temblando y abrazándose los hombros, pero aun así se toma el tiempo para quitarse los zapatos.

Winnie lo olfatea por cortesía, pero decide que es demasiado tarde para todo esto y se aleja. Estoy segura de que supone que él la seguirá a la cama.

—Dame tu ropa, vamos —lo llamo desde dentro. Estoy agitada y mareada por el alcohol; el suelo se agita bajo mis pies.

—Si te diera mi ropa, no tendría nada puesto —ríe. Parece haberse emborrachado más en la carrera a casa. Su versión ebria es mi preferida.

—Está bien. Tengo una idea —digo con un dedo en la nariz—. Ve al baño, desvístete y métete en la ducha. Yo entraré, tomaré la ropa sin espiar, la pondré en la secadora y te traeré una manta. *Pim, pam, pum.*

Se ríe y avanza de puntillas hasta que se choca el marco de la puerta del baño. Se disculpa por lo bajo y cierra la puerta. Escucho que abre la ducha y, de repente, el ruido de su ropa mojada contra el suelo me hace tomar consciencia de que está *desnudo* ahí dentro. Me sorprende que mi mente alcoholizada logre recordar con tanta claridad cómo habló de tocar a alguien por debajo de la mesa.

Tranquila, Hazel Ebria. Esta no es la primera vez que Josh está desnudo cerca de ti. Viví en su casa, estaba desnudo todo el tiempo. Verlo desnudo no es interesante, ¿cierto?

DEJA DE DECIR «DESNUDO».

Niego con la cabeza, por lo que el mundo gira por un momento antes de estabilizarse. Winnie reaparece, me lame la mano y me extiende para acariciarla, pero no le atino la primera vez. La cortina de baño chirría cuando Josh la abre y otra vez cuando la cierra después de meterse, y el gemido de satisfacción llega hasta la sala.

Ese sonido tiene un efecto extraño en mí. Me produce algo singular, cálido, cosquilleante,

algo que, de repente, me hace consciente de cierta parte de mi cuerpo debajo de la cintura que ha sido ignorada durante mucho tiempo. Pero, en cuanto soy consciente de ella, mi vejiga pide el protagonismo como si me golpeara desde dentro: *MUCHO LÍQUIDO. ESTOY LLENA DE GINTONIC*, grita. Cruzo las piernas con fuerza y doy brincos al tiempo que maldigo tener un solo baño y no haber pensado en orinar antes de salir del restaurante. De todas formas, tengo que buscar la ropa mojada, así que quizá podría hacer pis a escondidas, sin que sepa que hice algo además de tomar su ropa para meterla en la secadora.

También maldigo haber descuidado mi casa al escuchar cómo cruje la puerta al abrirla.

—¡Josh, voy a entrar a buscar tu ropa! —le aviso, arrastrando las palabras.

—¡De acuerdo! —Es el ebrio más feliz que haya conocido. El baño huele como mi jabón corporal, y supongo que él también lo nota, porque se ríe y dice—: ¡Saldré oliendo a pastel!

Con la mayor sutileza posible, me abro la cremallera de los pantalones, los bajo junto con mi ropa interior y me siento en el retrete, pero el alivio es tan grande que también suelto un gemido. Me tapo la boca de inmediato y, horrorizada, levanto la vista cuando la cortina vuelve a chirriar y Josh me mira boquiabierto.

—¡Estoy en el baño! —grito, aunque es obvio.

—¿Qué haces aquí? —Ríe, y sus ojos oscuros brillan por el alcohol y por el placer de una ducha caliente después de haber corrido bajo la lluvia fría.

—¡Estoy haciendo pis! —Le hago señas frenéticas para que vuelva a cerrar la cortina—. ¡Vete!

Antes de hacerlo, me mira de pies a cabeza y vuelve a bajar. Y su risa hace eco por los cerámicos.

—¡No puedo creer que me hayas visto haciendo pis! —Quiero que el retrete me lleve por las tuberías.

—Te vi el *culo*. —Es evidente que quiere torturarme.

—¡No!

—Y los muslos. —Habla entre gárgaras, como si le hubiera entrado agua a la boca—. Tienes lindos muslos, Hazie.

Resoplo al ponerme de pie, jalo la cadena con ánimos vengativos, me lavo las manos y me quito los pantalones de una patada, así que por poco me tropiezo en el proceso. Luego me inclino para recoger la ropa y salgo del baño para meter todo en la secadora.

El grifo emite un chirrido cuando Josh cierra la ducha y, justo cuando salgo de la habitación con mi pijama de dálmata, de pantalón y camiseta cortos, él sale del baño con una toalla alrededor de la cintura.

—Dijiste que me traerías una manta.

Me detengo frente a él con la mente hecha papilla; sus palabras se pierden en la mezcla. El torso de Josh es una obra de arte de líneas y sombras.

—¿Qué dije? —Yo misma percibo la profundidad de mi mirada lasciva al descender por la línea de vello en su abdomen.

—Una manta —repite.

El pasillo está bastante oscuro, lo que podría ser de ayuda, pero, de algún modo, hace que sea mejor. O peor. Ya ni siquiera lo sé.

—Sí —baluceo—. Tengo mantas.

Nos quedamos un momento en silencio.

—Me estás clavando la mirada, Hazel.

Levanto la vista a su rostro y debo decir que con su mentón, sus ojos oscuros seductores, su nariz suave y recta, es tan cautivador como su torso desnudo. Todo en él es perfecto.

—¿Puedes tener algún defecto?

—¿Qué?

—Me parece injusto que yo vea al animal salvaje en su hábitat natural —digo señalándole la cara—, y que tú me hayas visto en el retrete. —Creo que está sonriendo, pero no puedo dejar de mirarle el pecho—. Es que tú... —Le señalo el torso y esos pezones que tanto me atraen—. Y tú... —Indico las proximidades de su abdomen y la línea descendente de vello oscuro—. Es lindo. —Una vez más, me mortifica imaginarme sentada en el retrete tratando de ser disimulada y gimiendo de alivio—. *El retrete*. Es muy injusto.

Josh levanta una mano y se la lleva hacia la cintura, donde tiene la toalla anudada. No me doy cuenta de lo que va a hacer hasta que jala de ella y la tela azul cae al suelo sin emitir sonido. El corazón se me sube a la garganta.

Josh

está

desnudo.

Parece tener kilómetros de piel dorada. Ni siquiera recuerdo cómo parpadear. Tiene esos músculos que me enseñó cuando era mi tutor, de los que ahora no recuerdo cómo se llaman. Los reconozco como «La curva firme de sus bíceps»; «La encantadora protuberancia en su pecho»; «Los apetecibles cuadros de su abdomen»; «La sombra saboreable sobre su cadera».

Noto que no tiene intenciones de cubrirse. Por el contrario, me mira con una sonrisa engreída de lado, como si supiera que ha estado escondiendo una pieza de arte debajo de la ropa durante todo este tiempo y justo yo soy la afortunada que la puede ver. El Josh ebrio entretenido es mi preferido, pero su versión confiada es mi nueva religión.

Bajo la vista un poco más, esperando que se incline para levantar la toalla y me pida la manta otra vez, pero desde que admiré su torso sin disimulo, Josh se ha puesto más... duro. Y, con mi mirada fija en *esa* parte de él, la rigidez es completa.

Tuvo una erección con solo verme mirándolo, y no sé qué hacer con esa información. Tengo miedo de parpadear y que todo desaparezca en esa fracción de segundo. Vuelvo a su rostro; tiene la boca entreabierta y una pregunta en los ojos, que también me miran, imagino que de la misma forma que yo lo miro a él.

No puedo apartar la vista.

¿Cómo se respira? ¿Tengo que hacerlo?

De repente, es como si todos los fluidos de mi cuerpo se acumularan entre mis piernas. Como no controlo mis impulsos estando sobria y mucho menos ebria, avanzo hacia él y deslizo las manos por la piel cálida de su pecho. Suelta un gemido casi imperceptible, un sonido que nunca lo había escuchado emitir antes pero que encaja con él; es controlado y leve, como una expresión de alivio sutil.

A diferencia de él, yo pronuncio una serie de exclamaciones al hundir los dedos en la firmeza de sus hombros. Es muy suave, apetecible y me dan ganas de espolvorearle azúcar y limpiársela con la lengua.

Parece que dije eso en voz alta, porque susurra:

—Puedes hacerlo, si quieres.

¿Qué? ¿Josh Im me dio vía libre? Estoy tocando lo inalcanzable.

Ay, mierda. ¿Qué estamos haciendo?

—Es una mala idea —sentencio.

Aunque asiente con la cabeza, me toma de las caderas, desliza los pulgares debajo del elástico de mis pantalones y los baja con cuidado, hasta que quedan en el suelo como si fueran un tapete

de piel de dalmata.

Dejo que mis dedos hagan su voluntad, que al parecer es descender por los músculos de su abdomen y rodear esa parte caliente, dura y perfecta. Él emite un solo gemido y cierra los ojos.

–Lo haremos una sola vez –prometo.

–Una vez. –Sueno tenso. Tengo que soltarlo para que me saque la camiseta por encima de la cabeza y la arroje al suelo tras él.

–Necesitamos liberar la tensión.

–Exacto. –Sus manos bajan hasta mis senos, sus pulgares hacen un vaivén sobre las puntas sensibles y, luego, las presionan, con fuerza.

–Porque tú no quieres salir conmigo –le recuerdo con voz temblorosa.

–Y tú tampoco conmigo –coincide, pero lo remata tomando mi rostro con las dos manos y dándome un beso intenso, como siempre imaginé que sería besar a alguien a quien quiero con todo el corazón y que me conoce como soy. Sus labios todavía saben a *whisky* y son suaves y firmes; el beso es perfecto, como si fuera todo lo que necesitaba esta noche.

Después, inclina la cabeza para besarme de nuevo, esta vez más profundo, saboreando cada sonido que sale de mi boca. Nada es suficiente, soy como una devota abrazada a su dios adorado.

Sus manos me han desvestido con impaciencia y pericia en una combinación fantástica; su lengua acaricia la mía, al tiempo que sus sonidos de placer y deseo resuenan en mi boca y en mi mente. Luego nos desplomamos en el suelo sin reparos, lo que me recuerda lo lejos que estoy de la sobriedad; y es evidente que lo haremos aquí y ahora, no nos molestaremos en salir del pasillo. Mi última prenda desaparece, Josh se posiciona entre mis piernas, con los ojos cerrados y la respiración contenida, baja una mano para sentir nuestros cuerpos y deslizarse dentro de mí.

Yo no puedo cerrar los ojos, no puedo dejar de mirarlo aunque esté pegado a mí. Aunque esté oscuro y yo esté ebria, mi visión es buena: veo su combinación de músculos y huesos sólidos, los ángulos perfectos de sus hombros y de su mentón y cómo abre la boca con suavidad para soltar gemidos profundos con cada movimiento.

Se inclina, succiona un pezón y luego lo jala con los dientes. La combinación de placer y de dolor hace que inhale entre dientes y, en ese momento, siento su sonrisa contra mi piel.

Estoy segura de que por la mañana intentaré recordar cada detalle; se siente frenético y salvaje hacerlo aquí en el suelo, con las manos en su trasero perfecto, las piernas a su alrededor para impulsarlo hacia mí, en un pedido silencioso de que llegue más profundo. Querré confirmar que, de hecho, tuve sexo ebria con mi mejor amigo. Por la mañana, me diré que está bien que haya gritado en su oído cuando el orgasmo me impactó con la fuerza de un terremoto. También me diré que estuvo bien morderle el hombro cuando nos sorprendí a ambos deshaciéndome debajo de él otra vez.

Pero ahora en lo único en lo que quiero pensar es en su calor y en lo bien que se siente dentro de mí. Quiero concentrarme en su cabello entre mis dedos, en cómo balbucea las palabras «suave», «piel», en cómo «mojada» y «mierda» suenan sucias y reverentes. Quiero sentir cómo me besa el cuello y todo su cuerpo se pone rígido cuando dice que está a punto de correrse.

–Voy a acabar, Haze. Ay, mierda, acabaré muy fuerte.

Sé que estoy ebria y que él es Josh Im, la imagen de la perfección, el que nunca debería desear a Hazel Bradford, pero cuando se desploma sobre mí y respira agitado contra mi cuello, decido dejarme llevar por el momento sublime de placer. Así es como solía pensar que se sentiría vivir en una nube.

Capítulo doce

HAZEL

Debí haberme quedado dormida debajo de Josh en el suelo del pasillo, porque no recuerdo haber ido a la cama. El único recuerdo de lo que pasó anoche es que estoy desnuda, adolorida y pegajosa. Pero Josh no está.

Sin embargo, fiel a su estilo, dejó una nota adhesiva en mi almohada: «Te llamo más tarde... – Josh».

Se me revuelve el estómago de la ansiedad. Por un lado, pienso que lo que pasó estuvo muy bien, así que no creo que esté molesto. Por el otro, el sexo siempre cambia las cosas, y es lo último que quiero. Quizá lo haya disfrutado más de lo que le voy a admitir, pero soy Hazel la excéntrica y él es Josh el genial (la resaca no me deja pensar en epítetos más creativos) y no hay nada, nada, que me aterre más que salir con él y que decida que soy demasiado salvaje, rara y caótica. Demasiado de todo.

Giro en la cama con intenciones de evadir todos mis pensamientos y de volverme a dormir, pero tengo la boca seca, señal de que tendré que tomar un analgésico lo antes posible. Al levantarme, me impacta el mareo producto de mis malas decisiones respecto al alcohol. Y me suena el teléfono.

Son las siete y diecisiete minutos y Josh está llamándome. Vuelvo a desplomarme en la cama para responder:

–Antro del pecado de Hazel –carraspeo.

–Hola, Haze.

La vibración de su voz me cierra la garganta y me recuerda sus palabras de anoche:

Eres tan suave como pareces.

Ay, cielos. Estás mojada. Se siente muy bien.

Ay, mierda. Acabaré muy fuerte.

–Hola, Josh.

Se aclara la garganta y caigo en la cuenta de que nos hemos visto desnudos. Imagino que estará pensando lo mismo, porque lo único que puede decir es:

–Así que...

–Así que... –repito sus palabras.

–Espero que estés bien.

–Sí. –Me miro las piernas desnudas: tengo un magullón en la rodilla y me duele un poco el coxis, prueba irrefutable de que tuve sexo en el suelo de madera, pero más allá de eso, estoy

perfecta—. Estoy bien.

—¿Y *nosotros*?

—Soy Hazel, tu mejor amiga —reafirmo enseguida—. Acordamos que sería una sola vez. Claro que estamos bien.

—De acuerdo. —Comprendo el alivio en su exhalación—. Bien. —Lo escucho tomar aire como si fuera a hablar, pero pasan cinco, diez, hasta quince segundos de silencio tenso. Me gusta pensar que soy más segura que la mayoría, pero su silencio me despierta pequeños rastros de inseguridad. Sé que no fue una idea brillante, pero tampoco quisiera que se *arrepintiera* de haberlo hecho.

Que se arrepienta de que lo hizo *conmigo*.

—Bueno, el caso es que... —le pone más suspenso a la cosa— no usamos condón.

Ajá, eso explica por qué estoy pegajosa. Siento que se me revuelve el estómago.

—Ah, está bien. Me cuido.

—¿Tomas píldoras?

Es muy extraño; no imaginaba así esta conversación. Aunque, en realidad, nunca imaginé que tendría una conversación así con Josh.

—Sí.

—Entonces, creo que también debo preguntar si te has hecho estudios recientemente...

Ah.

—No me malinterpretes... —se apresura a agregar, y puedo sentir cómo se estremece.

—No, está bien, tiene sentido. Hace más de un año que no salgo con nadie y me he hecho pruebas recientemente. —De repente, el ánimo defensivo asciende caliente por mi cuello—. ¿Y qué hay de ti? Después de todo el asunto de Tabby y Darby...

—Lo siento —se disculpa de inmediato—. Debí mencionar eso primero. Sí, estoy limpio.

Se hace un silencio entre los dos y me provoca una melancolía extraña a la que no le encuentro una buena explicación, pero estaremos bien, somos a prueba de balas. Lo de anoche fue divertido y me llamó a las siete de la mañana, no me evitó durante días después de nuestro revolcón alcoholizado. Todo está bien.

—Haze, perdón por haberme ido —dice por lo bajo.

—Está bien, te entiendo. Estoy segura de que fue extraño despertar desnudo sobre mí en el pasillo.

—En realidad, no me quedé dormido. Te llevé a la cama.

Y, con eso, me visualizo a mí misma como un costal de huesos, ebria y roncando después de haber tenido sexo, siendo cargada desnuda, sudada y *pegajosa* a la cama. Fantástico.

—Genial, estoy segura de que fue un buen recordatorio de lo pésima candidata que soy.

No responde a eso.

Y el silencio se siente brutal.

Por una vez, no digo lo que quiero decir, esas palabras que me dan vueltas en la cabeza como en letrero electrónico: *¿Estoy loca o casi se sintió como hacer el amor?* Sé que eso nos pondría en la situación más incómoda posible. Y ¿quién soy yo para saber lo que es hacer el amor? Mi relación más larga duró seis míseros meses.

—Me duele un poco el trasero —comenta por fin y suelto una carcajada inesperada.

—Creo que te lo apreté bastante y es probable que tengas algunas uñas marcadas. Tienes un trasero muy lindo.

—Tus pechos no están nada mal.

—Emily te lo dijo hace siglos. Deberías escuchar más a tu hermana.

Se queda callado y sospecho que los dos estamos pensando en qué diría ella. Podría reaccionar de cualquier forma, y pensarlo aumenta las turbulencias de mi estómago.

—Creo que debe ser bueno no recordar todos los detalles —comenta en voz baja.

Sin duda, debe ser la opinión más acertada, pero en realidad espero que los recuerdos vuelvan en algún momento. Es probable que lo de anoche no se repita, y quiero poder recordarlo para siempre.

—Sí, eso creo —coincido.

Capítulo trece

JOSH

Mi cabeza es un caos.

Dejo el teléfono celular sobre la mesita de noche y me desplomo de vuelta en la cama. Hazel parecía estar bien. Eso es bueno. Debería alegrarme que sea la misma Hazel que era cuando se despertó ayer.

Pero yo no soy el mismo Josh.

Capítulo catorce

HAZEL

Hace tres días que no veo a Josh, pero nos hemos estado mandando mensajes sobre nada en particular, como antes. Hoy le conté que Winnie ladró y sonó como si dijera «¡Dame!». Él respondió diciendo que su ensalada de pollo tenía demasiada mayonesa. Después le dije que había encontrado el traje de baño perfecto para nuestro Crucero Diarrea la próxima primavera, a lo que respondió que no hablara de diarrea después de que hubiera comido tanta mayonesa.

En síntesis, creo que las cosas son lo más normales posible.

Ahora, el asunto es si seguiremos con las citas dobles después de haber tenido sexo estando ebrios. Por obvias razones, ahora es diferente, pero me digo a mí misma que no tiene por qué serlo. Ninguno de los dos espera una relación amorosa, pero jugar a las citas fue divertido y sirvió de distracción del trabajo, las cuentas y de la obligación de ser una persona adulta todo el tiempo. No siempre confío en mi juicio en cuestión de hombres, pero sé que Josh nunca me haría salir con un idiota a propósito (las citas seis y siete no cuentan). Además, me gusta estar con él y, cuando las citas son aburridas, nos tenemos uno al otro.

Al parecer, no soy la única que necesita evaluar la situación. Cuando llegamos a la casa de Emily y Dave para cenar, lo primero que nos preguntan es cómo van las citas. Josh me mira a mí de inmediato. ¡Ja, ja! ¡Es una excelente pregunta!

—Bueno... —Tomo aire porque no tengo palabras. Gano tiempo quitándome los zapatos y dejándolos junto a los de Josh en la entrada, pero la imagen de él moviéndose con pericia sobre mí parece bloquear cualquier pensamiento coherente. Quería decirles que la mayoría de las citas fueron un fiasco y esperar sus sugerencias, pero, fiel a mi estilo, mi boca decide hacer su voluntad—: Josh y yo terminamos teniendo sexo después de huir de la séptima cita.

Como una densa neblina, el silencio invade la entrada diminuta. Me giro hacia Josh para que me salve, pero sus ojos están desorbitados, como si estuviera viendo un avión cayendo en picada y estuviera rezando en silencio para que remonte vuelo a último minuto. Ambos sabemos que no lo hará.

—Así que... eso fue lo que pasó. —Doy brincos como una tonta—. Fue *muy* divertido. —Cierro los ojos con fuerza, porque *qué demonios, ¿por qué dije eso?* Josh se aclara la garganta—. Acordamos que sería algo de una sola vez. *Una vez* —repito con una mano en alto, en un gesto que debería invocar comprensión o algo así. Como Josh no viene al rescate, soy libre de volver este momento aún más incómodo, y eso hago—: Pero, bueno, para ser dos personas que han estado una dentro de la otra, estamos bien, ¿no? Estamos bien. Creo que estamos listos para

hacer planes para la próxima cita.

Al final, asiento con la cabeza y miro alrededor esperando consenso. Emily nos mira con los ojos bien abiertos:

–¿Ustedes...? ¿Qué?

En algún momento de mi incesante parloteo, Dave se dobló en dos, incapaz de contener la risa.

Emily mira a su hermano en alguna clase de comunicación fraternal. Como siempre, Josh está más bien inexpresivo. Después de tragar saliva despacio, parece enfocarse y asiente hacia mí, al tiempo que una sonrisa aparece lentamente en sus labios.

–Estamos bien. No ha cambiado nada, gracias a Dios.

Emily le dice algo en coreano, a lo que él responde en voz baja. No es buen momento para estar pensando en lo ardiente que suena. Miro a Dave, porque no tenemos ni idea de lo que dijeron, pero no podemos fingir que no se trata de que su cuñado y la mejor amiga de su esposa tuvieron sexo.

¡Qué incómodo!

Luego, Dave aplaude para liberar la tensión. Josh lleva una mano a mi espalda baja para indicarme que avance hacia la sala, en donde el anfitrión sirvió su última obra de arte culinaria. Josh se sienta a mi izquierda, y Emily y Dave frente a nosotros. Desde allí, veo cómo él llena la copa de su esposa hasta arriba, y Josh y yo contemplamos cómo ella bebe la mitad del vino antes de detenerse a respirar. Entonces, miro a Josh como diciendo «¡Esto sí que va bien!», él me mira al mismo tiempo, y su mirada responde «Bueno, ¿qué esperabas?». No puedo contradecirlo.

Dave me pasa el pan. Josh se sirve un poco de pollo.

El silencio es matador.

Emily termina el vino y Dave le sirve más. Para ser tan pequeña, lo tolera muy bien.

–Winnie tiene parásitos –comento al tiempo que unto mantequilla en mi pan–. La llevé al veterinario más temprano. Tenía miedo de tener que ponerle algún ungüento en el trasero, pero no, solo necesita una píldora. –Termino con un trago de vino y una sonrisa para todos.

Josh deja su tenedor para llevarse una mano a la frente, pero en un instante, todos se echan a reír, y Emily me mira con mi expresión de cariño preferida.

–No tiene parásitos. Solo bromeaba.

Nadie puede negar que soy excelente para romper el hielo. Y a partir de ahí, la charla fluye: Dave se queja de que tuvo que destapar las alcantarillas otra vez, Emily nos cuenta que un niño de su clase no llegó al baño y se hizo en los pantalones, por lo que será conocido como Peter Popó hasta que tenga ochenta años; yo les cuento del proyecto en el que estamos trabajando, en el que los estudiantes deben elegir carreras y escribir reportes, y que uno de los niños nos reveló que su padre (cirujano plástico) trabajaba tocando pechos; y Josh nos habla de su nueva paciente, una mujer de setenta años que está preparándose para un reemplazo de cadera que se le ha insinuado al menos diez veces en la última semana.

A pesar del inicio de la velada, la cena estuvo bien, más que nada. En cuanto lo reflexiono, en el automóvil mientras Josh me lleva a casa, giro hacia él para informárselo:

–La cena estuvo bastante bien. *Más que nada.*

Si captó el chiste de *Aliens*, no lo demuestra. Se limita a seguir mirando al frente y a ofrecerme una leve sonrisa de lado que apunta al parabrisas.

–¿Tenemos que hablar de eso? –Suspiro y le toco el hoyuelo en la mejilla derecha.

–¿De qué? –Traga saliva y se aferra al volante con más fuerza.

–De acuerdo –asiento en voz baja hacia la ventana y dejo caer la mano. Yo también puedo

jugar este juego. ¿Sexo? ¿Qué sexo?

—¿Te refieres a que tuvimos sexo? ¿O al hecho de que se lo contaste a mi hermana y a mi cuñado, es decir a tu mejor amiga y a tu jefe?

—Se me escapó, lo siento. —Uff. Se me revuelve el estómago y siento angustia. Lo miro otra vez y él niega con la cabeza.

—No me importa que lo sepan.

—Solo lo dije. No tengo arreglo.

—De todas maneras, se darían cuenta por nuestras expresiones —asegura. Aunque lo hablamos por teléfono, es bueno hablarlo en persona también, cara a cara, sin nada entre nosotros. Solo Josh y Hazel—. A veces, que te olvides de tener filtros me aniquila —agrega—. Ni siquiera es que lo olvides, no tienes, directamente.

—Bueno, hablando en serio. —Giro hacia él con una pierna flexionada debajo de la otra—. Entiendo lo que pasó y no tiene por qué cambiar nada. Hasta tiene un poco de sentido que pasara. Eres mi mejor amigo y eres atractivo. Era obvio que iba a acosarte estando ebria.

—¿Así es como lo recuerdas? —pregunta. Su sonrisa mermó un poco.

—Tú participaste, claro, pero prácticamente te supliqué que me mostraras tus atributos. —Con eso lo hago reír y percibo que se ha estado conteniendo.

—Porque te vi orinando. Eres de no creer.

—Nunca lo superaré —lamento hundida en mi asiento.

—Vomitaste salchichas en televisión —recuerda y me mira un segundo mientras esperamos a que el semáforo se ponga verde—. ¿Y sin embargo lo que te va a mortificar por el resto de tu vida es que te haya visto orinando?

—El asunto de los perros calientes también me mortifica. —Me estremezco ante el recuerdo vívido de ese evento—. No puedo creer que lo recuerdes.

—Estamos bien, Haze, en serio —asegura y se extiende para tomarme la mano. Después de un apretón breve, me suelta, y mi mano se siente extrañamente fría.

Mi madre se inclina y sin disimulo extrae una galleta de su delantal para dársela a Winnie. Cielos, ni siquiera tiene perro, pero aun así esconde galletas caninas en su delantal de jardinería.

—Muy bien, niña —anuncia con las manos en las caderas—. Suéltalo.

—¿Qué cosa? —Me pongo de pie, me sacudo la tierra del trasero y me acomodo los guantes.

Entrecierra los ojos y me sujeta el mentón con una mano sucia e inclina mi rostro hacia el sol.

—Hoy no eres tú misma —asegura. Contengo la respiración mientras mi rostro se acalora debajo de su mano. Luego, su expresión se suaviza y su mirada se relaja—. Ya suéltalo, cariño.

—La otra noche, Josh y yo... —Me quedo callada y me encojo de hombros.

—¡Lo sabía! —afirma, después de morderse los labios.

—Ay, vamos. No lo sabías. Ni siquiera yo lo sabía.

—Intuición maternal.

—Eso es un mito —replico, y ella se ríe como si yo fuera una idiota.

—¿Al menos fue divertido?

—Eso creo. Estaba bastante ebria. Pero lo que recuerdo sí, estuvo muy bien. —Ella tararea y se inclina para arrancar la hierba que detecta junto a su zapato. Y yo resoplo, porque pensé que contárselo me haría sentir mejor, pero mi estómago sigue revuelto—. Y las cosas cambiaron. Acordamos que no lo harían, pero...

—¿Lo acordaron? Ay, niños —se ríe al tiempo que toma la pala pequeña, un puñado de brotes

de repollo y me indica que la siga al siguiente cantero con la cabeza—. Cariño, no pueden decidir algo así. El sexo cambia las cosas.

Al concluir, se inclina sobre la tierra removida, así que les quito el envoltorio a las raíces y le entrego el brote una vez que ha cavado un pozo pequeño.

—Pero no quiero que cambien —me lamento.

—¿De verdad? —Se apoya una mano lodosa en la rodilla y se gira hacia mí—. ¿Quieres que tu relación con Josh sea así para siempre? ¿Quieres que sigan organizándose citas malas y después volver a casa a estar sola con Winnie?

—Y con Vodka, Janis y Daniel Craig. —Ella ignora mi mecanismo de defensa, cava otro hoyo y extiende la mano para que le entregue otro puñado de raíces frescas—. No sé cómo explicarlo —agrego por lo bajo.

—Inténtalo.

—Siempre lo he admirado. Es atractivo, cosa que sabemos todos, pero también tiene una inteligencia increíble, es equilibrado y controla sus emociones. Nunca he sido capaz de tener esa clase de tranquilidad, pero para él es natural. —Apuñalo la tierra con la punta de una pala—. Y como amigo es... encantador. Leal, atento, amable y considerado. Creo que lo admiro. —Mi madre se ríe y yo le entrego otro brote—. Sé que soy como Pig-Pen en Charlie Brown, que soy un agente del caos, pero a él no le importa, y me agrada. No quiere que cambie ni finja ser alguien más. Es mi persona, mi mejor amigo.

—¿Qué puedo decirte, hija? —Se levanta para admirar su trabajo—. Para mí, suena maravilloso.

—Lo es. —Una espiral oscura de ansiedad me recorre—. Lo era. Hasta que tuvimos sexo. Y en cierto nivel instintivo, sé que no soy la adecuada para él. Soy desorganizada, tonta y un poco inconsciente. Olvido pagar las cuentas, le invento canciones a mi perra en público antes de ser consciente de que lo estoy haciendo. Me pasé todo un verano discutiendo con el concejo municipal porque no me permitían tener gallinas en mi apartamento. ¿Y recuerdas cuando compré todos esos globos porque costaban un centavo cada uno, pero después ni siquiera me entraban en el auto? Sé con certeza que esa no es la clase de mujer que él necesita.

—¿Y tú puedes decidir eso? —Una llama atraviesa sus ojos.

—Lo conozco. Me quiere como amiga, quizá como hermana.

—Tuvo sexo contigo —me recuerda, y es como una pulsación en mi pecho—. Los hermanos no hacen eso en casi ningún lugar del mundo. Cariño, ¿estás enamorada de él?

La pregunta me sacude y no sé por qué. Toda la conversación iba en esta dirección. Me llevo las manos al estómago para evaluar las sensaciones allí e intentar expresarlas en palabras.

—No, porque creo que tengo un dispositivo de seguridad dentro de mí. Creo que nunca podría superarlo si llegara a salir mal.

Ella asiente y su mirada se suaviza.

—¿Es extraño que yo nunca haya tenido uno de esos? Nunca tuve un amor que pudiera consumirme. Quisiera sentir esa clase de fuego.

—Ni siquiera estoy segura de quererlo. Si le entrego mi corazón a alguien y esa persona se marcha, creo que me destruiría.

—Te entiendo, cariño. —Extiende una mano para acariciarme el mentón—. Quiero que tengas el mundo entero. Y si tu mundo es Josh, entonces quiero que seas valiente y luches por él.

—Porque eres mi mamá.

—Algún día lo entenderás.

Capítulo quince

JOSH

Como de costumbre, Emily analiza el menú durante diez minutos antes de decidir lo que quiere. Hace años que comemos en este restaurante y yo siempre ordeno lo mismo, así que dedico esos minutos a acomodar los sobres de azúcar, a enderezar la sal y la pimienta y a mirar por la ventana e intentar no pensar en Hazel.

No quiero pensar en ella debajo de mí, en el calor de sus manos por mi espalda, en la presión de sus uñas, en sus dientes en mi hombro ni en el grito agudo que soltó en el segundo orgasmo.

La *segunda* vez, antes de correrse sin parar.

Y, sin duda, no pensaré en cómo susurró que me amaba cuando dejé su cuerpo semiconsciente en la cama.

Emily desliza el menú por la mesa, lo que hace que desvíe mi atención de la ventana hacia el camarero que se aproxima. Me sonríe, ordena antes que yo y devuelve los menús. Todavía no nos hemos dicho ni una palabra, y la tensión es como la previa a una partida de ajedrez o la ansiedad antes del primer saque en Wimbledon.

Los dos extendemos las servilletas al mismo tiempo para apoyarlas sobre nuestras piernas, luego inhalamos y nos miramos a los ojos. No es necesario que me diga lo que está pensando, pero es Emily, claro que lo hará.

—Oye —es todo lo que dice.

—Lo sé.

—Josh. —Apoya los codos sobre la mesa y se inclina hacia mí—. ¿De verdad?

—Lo sé, Em. —Niego con la cabeza y le agradezco al camarero que deja el café frente a mí.

—¿Qué es esto? —pregunta con las manos extendidas, como si Hazel y yo estuviéramos desnudos frente a ella, y yo levanto un hombro.

La verdad es que no tengo idea. Sucedió. Aunque, en retrospectiva, creo que estaba destinado a ocurrir desde que nos vimos en la barbacoa. Incluso en las citas, ella siempre fue el centro de mi atención, la persona con la que *estaba* en realidad.

—¿Significa algo?

—¿Para quién? —replico y uso mi pie para calmar el temblor del suyo—. ¿Para ella o para mí?

—¡Para cualquiera! O para ambos, más bien.

—No lo sé, ¿de acuerdo? —Le pongo una cucharada de crema a mi café—. Mi cabeza es un caos.

—Te conozco, Josh —dice casi bufando—. Eres el hombre más estrictamente monógamo que conozco. No tienes *sexo casual* con alguien, sin importar lo ebrio que estés.

¿Qué puedo decirle? Lo mismo mascullo en su casa antes de la cena, y no se equivoca. Nunca he tenido sexo casual y la verdad es que nunca he entendido ese impulso: el sexo es algo demasiado íntimo; siento que entrego una parte de mí que no podré recuperar.

Como no respondo, repiquetea el dedo índice sobre la mesa como para enfatizar su punto.

—No eres esa clase de hombre y jamás intentaste serlo.

—Emily. —Dejo la crema despacio y siento la tensión desde la punta de los dedos hasta el hombro—. Sé eso de mí mismo. Mírame, no me es indiferente. Estoy confundido.

—*Oppa* —dice en coreano—. ¿La amas?

No respondo, porque no puedo. Siento que la sola idea de decirlo quebraría algo dentro de mí y dejaría expuesto mi órgano vital. He evitado esas palabras desde que salí de su cama, saqué mi ropa de la secadora y me fui de su apartamento. Le entregué mi amor a Tabby con demasiada facilidad, pero comparado con lo que siento por Hazel, lo que tuve con mi ex parece insignificante y, de todas formas, salí herido. La palabra «amor» se siente como una bola de demolición. Me imagino abriendo una nuez y contemplando los trozos de semilla en mi mano, consciente de que nunca podrán volver a unirse.

—¿Josh?

Es difícil inhalar suficiente aire para formar palabras. Todo me da vueltas por la cabeza: la boca de Hazel, sus hombros, los pezones rosados, su risa estruendosa, la voz suave con la que me pidió que siguiera dentro de ella antes de dormirse en el suelo.

—No lo sé.

—*No lo sé* significa 'sí'. —Retrocede en la silla como si la hubieran empujado.

—Creo que es posible —afirmo mirándola—. Puede que esté enamorado de ella.

El camarero entrega nuestra comida y le agradecemos en murmullos. Luego veo cómo Emily pincha su ensalada, pero, de repente, se me quita el hambre.

¿Y si no es solo una confusión momentánea después de haber tenido sexo? ¿Y si eso es lo que mi mente y mi corazón quieren hacerme creer, pero en realidad amo a Hazel? ¿Y si ella es la indicada para mí, pero yo no para ella?

Alejo mi plato unos cuantos centímetros.

—Josh, son *muy* diferentes.

—Lo sé. —La verdad es que eso es lo último que necesitaba escuchar en este momento.

—Nunca se tranquilizará. No sabe quedarse quieta.

A pesar de mi humor, me hace reír.

—Cualquiera que haya pasado más de cinco minutos con ella lo sabe —digo. Se me viene a la mente la imagen de su palma púrpura mientras preparaba el desayuno. Me pregunto si alguna vez sabré cómo se la ensució así.

—Pero es la mejor —susurra Emily como si hubiera dicho algo grosero—. Tiene un corazón enorme.

La bestia dentro de mí toma mi propio corazón en un puño al escuchar eso. Sin ninguna duda, Hazel es la mejor persona que conozco.

—Em, antes de la barbacoa pensé que tú querías que saliéramos.

—Sí, pero ahora son demasiado cercanos y me preocupa.

—A mí también.

—No puedes lastimarla.

Noto el fuego en sus ojos y me toma un momento poder hablar con tantas emociones cerrándome la garganta.

—No lo haría... No lo haré.

–Hablo en serio. –Me apunta con el tenedor–. Tienes que estar seguro. Hazel es como una estrella intergaláctica que flota por la galaxia. Tiene muchos amigos, ¿cómo podrías no amarla? Pero pocos son cercanos. Eres *muy* importante para ella. Si te perdiera, se rompería por completo.

–Ya, Em. –La miro escéptico, porque Hazel está hecha de concreto, fuego y hierro.

–¿Crees que no hablo en serio?

–Hazel no es frágil. Es una fortaleza.

–En lo que a ti te concierne, sí lo es. Te idolatra. Y solo Dios sabe por qué –concluye con una sonrisa sarcástica.

Con un suspiro, bajo la vista al remolino blanco dentro de mi taza de café.

–Pero que cambiaras de opinión con algo así es lo único que podría apagar su luz. Sabemos que es como una mariposa, y creo que solo tú tienes el poder de borrar el polvo de sus alas.

Capítulo dieciséis

HAZEL

Al parecer, lo que Josh y yo necesitamos es un mes de normalidad para dejar de bromear todo el tiempo con nuestro encuentro sexual alcoholizado y demostrar lo bien que estamos. Durante los cuatro fines de semana siguientes, hacemos cosas aptas para amigos, como ver algunos partidos, visitar galerías de arte locales, cenar con Emily y Dave (y asegurarles que no volvimos a dormir juntos) y evitar bares y bebidas alcohólicas (y desnudez) siempre que sea posible. Josh incluso comenzó a llevarme el almuerzo a la escuela todos los miércoles solo para «pasar el rato».

Al final, puede que sea algo bueno que le haya conocido el pene, ¿así se lo puedo recomendar a mis amigas?

Definitivamente (y como dijimos con entusiasmo), estamos más que listos para volver a las citas dobles, así que paso a buscar a su cita, Sasha, por el estudio de yoga en el que trabaja, porque dijo que sería más fácil ducharse y alistarse ahí que volver a su casa en autobús. Desde que la invité a esta cita a ciegas doble, he aprendido algunas cosas sobre ella: 1) nunca tuvo un automóvil ni planea tenerlo; 2) toda su ropa está hecha de cáñamo, cuero vegano o botellas de soda recicladas, y 3) no se corta el cabello hace cuatro años porque no cree tener el permiso para hacerlo.

Aunque es una persona concienzuda y encantadora, ya no me parece que sea una buena opción para Josh. Para ser honesta, creo que quizá sea hora de que admita que no soy buena para formar parejas; tuvimos suficientes fiascos.

Cenaremos en uno de los restaurantes de John Gorham, Tasty n Sons. Toro Bravo debe ser mi restaurante preferido en todo Portland, pero como nunca fui a ese, decidí no comer nada más desde el desayuno para poder embucharme y después pedirle a Josh que me arrastre a casa, con o sin cita.

Sasha luce muy bien cuando la recojo. Viste vaqueros negros y una camiseta roja adorable que deja su escote a la vista. ¡Buen trabajo, cáñamo! Se recogió el cabello en una trenza al estilo Rapunzel, que parece pesar al menos dos kilos. Las cabezas giran cuando entramos al restaurante atestado, y estoy bastante segura de que si Josh y su amigo (alguien llamado Jones) no aparecieran, podríamos tener una noche de chicas salvaje.

Pero una mano nos hace señas desde el fondo; por supuesto que Josh ya llegó.

–¡Ay, cielos! ¿Es él? –Sasha se inclina para mirar hacia donde Josh se puso de pie. Estaba por decirle que sí y que soy su alumna de yoga más generosa y debería hacerme un descuento, pero

entonces la persona junto a Josh también se pone de pie.

Y mi mente queda en blanco durante

uno

dos

tres

cuatro.

Ya *conozco* a «Jones».

No es Jones Algo. Es Tyler Jones.

Rara vez un momento me paraliza, pero este no tiene sentido. Tyler fue mi noviazgo de seis meses. Seguidos por años en lo que me manipuló meticulosamente y me hacía pensar que podríamos volver a estar juntos algún día, cuando en verdad solo quería acostarse conmigo.

Josh sabe de Tyler, pero no lo mucho que jugó con mi cabeza y, por supuesto, no sabe que mi ex Tyler es su amigo del gimnasio al que llama Jones.

Y, diablos, Tyler se ve bien. Todavía tiene ese corte de *skater* en el cabello rubio y suave que cae sobre su ojo izquierdo. El tiempo tampoco le cambió la sonrisa, esa que afloja las piernas; la cicatriz en su barbilla aún es la mejor forma de mejorar un rostro fantástico y sigue siendo ridículamente alto sin una buena razón. Esta noche viste un abrigo de franela bastante usado y unos vaqueros desgastados a la perfección, con botones sobre lo que sé que es una varita mágica. Apuesto a que debajo de la mesa veré sus tenis Chuck Taylor negros y que en su bolsillo trasero guarda el gorro de los Yankees. Es como retroceder a mi vida de hace seis años.

Su sonrisa expectante desaparece al verme y dar vuelta a la mesa. Luego se abre paso entre la multitud en dirección a mí como un depredador, y yo soy la presa sin habilidades de supervivencia, quieta en mi lugar. Sasha se acercó a Josh por su cuenta, y supongo que se estarán presentando sin nosotros, porque lo único que veo es a Tyler acercándose. Y las cabezas que voltean hacia él porque, no puedo negarlo, es un hombre ardiente con un propósito. Antes de que pueda decidir si quedarme o salir corriendo, sus brazos me rodean la cintura y me despegan del suelo, hunde el rostro en mi cuello y repite mi nombre sin parar.

Hazel, Hazel, Hazel.

Ay, Dios.

Cielos, ¿qué haces aquí?

¿Cómo estás?

¡No tenía idea de que eras tú!

Mierda. Mierda. Mierda.

Josh encuentra mi mirada por arriba del hombro de Tyler, y sé que intenta entender lo que está pasando. Fuera de contexto, debe parecer un saludo fantástico para una cita a ciegas. Frunce el ceño confundido, y balbuceo un simple «Tyler».

Distingo la maldición que suelta desde aquí. «¿Tyler Jones?», pregunta, y asiento con la cabeza.

Sasha le toca el brazo para recuperar su atención, pero sé que el noventa por ciento sigue conmigo. Me mira cada pocos segundos, y yo lo observo como si pudiera aconsejarme telepáticamente qué hacer en este momento.

—No puedo creer que seas tú —comenta Tyler al poner mis pies en el suelo otra vez. Luego me toma de la barbilla y se inclina para quedar frente a frente. Yo me alejo un poco, porque tengo la sensación latente de que está a punto de besarme.

—Para mí... también es una sorpresa.

—¿De verdad? —Ladea los labios con escepticismo petulante—. Creí que Josh te había dicho con

quién te encontrarías.

–Sí, pero... nunca te conocí como «Jones».

Entonces, parece considerar que no intentaba sorprenderlo con esta cita a «ciegas» y que de verdad no tenía idea de que él estaría aquí. Dios, es tan típico de él pensar que todo fue planeado en su honor.

–Espero que sea una sorpresa positiva. –Se inclina otra vez para mirarme a los ojos.

Que se muestre dudoso me descoloca un poco.

–Todavía no lo decido. La última vez que te vi te estabas escapando de mi habitación sin decir adiós. Al día siguiente te fuiste a Europa con quien luego supe que era tu novia.

–Fui un cretino. –No deja de mirarme a los ojos ni de asentir como si cada una de mis palabras fuera un regalo de un dios benevolente–. Me comporté como un completo idiota contigo. Y eso me atormenta todos los días. –Exhala tembloroso; parece abatido de verdad–. Mierda, no puedo creer que estés aquí.

Me atrae de nuevo hacia su pecho y mi expresión de sorpresa queda aplastada contra su esternón. Luego, me tiembla la mano cuando la toma con su palma gigante y me jala de vuelta hasta la mesa donde Josh y Sasha están ordenando bebidas.

–Y la mujer que acaba de llegar beberá un *whisky* doble con jengibre –termina de decir Josh cuando llegamos. Sabe que necesito uno ahora mismo; debe estar escrito en todo mi rostro.

–¡Josh, amigo! –Tyler le da un manotón a la mesa, con lo que hace que el salero y el pimentero se sacudan y choquen–. ¡No me dijiste que Hazel era Hazel *Bradford*! ¿Sabes que es el amor de mi *vida*?

Josh se queda boquiabierto, y yo siento deseos de echarme a reír ante tamaña declaración. ¿A cuántas Hazel habrá conocido en su vida? También quiero gritar tan fuerte como para romper todas las ventanas del restaurante.

–Estuvimos juntos por dos años y medio –afirma, pero cuando intento contradecirlo, ve a Sasha y se disculpa por haber sido grosero. (Tyler, ¿disculpándose?) Le extiende la mano que no sigue abrazándome–. Lo siento, soy Tyler.

–Sasha –responde deslumbrada, como si fuéramos un fascinante *reality show*.

–Es una completa locura. –Tyler me mira otra vez y se pasa la mano libre por la frente como si estuviera sudando por la conmoción–. Josh y yo entrenamos juntos algunas veces. No tenía idea de que me arreglaría una cita con mi ex. Me he pasado los últimos cuatro años pensando en ella.

No sé cómo procesar toda esa información, así que le ofrezco una sonrisa tensa y me siento frente a Josh, que me mira con tanta intensidad que temo tener un punto rojo en la frente.

El momento en el que llegan nuestras bebidas y Tyler ordena la suya me da unos segundos para respirar y aclarar las ideas: 1) Tyler luce increíble; 2) parece arrepentido de verdad, aunque tal vez un poco exagerado y 3) mi cerebro está hecho papilla. Es el Efecto Tyler Jones: es encantador, atractivo y siempre ha sido mi kriptonita.

Hasta aquí llegó la madurez.

Recuerdo la primera vez que rompió conmigo y lo que sentí al escucharlo decir que era divertida pero no tenía lo necesario para una relación a largo plazo.

Recuerdo la primera vez que dejó mi cama después de tener sexo y me dijo que era bueno que las cosas funcionaran así entre nosotros y me agradeció la noche de diversión.

Debemos haber tenido sexo unas veinte veces más, y después de cada oportunidad siempre me sentí decepcionada. Llegó un momento en el que ya no se trataba tanto de desear a Tyler Jones como de querer dejar de tener ese punto débil en el corazón. Todas las veces me decía a mí

misma «¡Esta vez le voy a decir que no! ¡Esta vez le voy a decir que se largue después de que yo acabe, pero antes de que él lo haga!». *Esta vez, esta vez, esta vez.*

Cuando vuelvo a enfocarme en la conversación, Tyler está contando la historia de cuando fuimos a esquiar y yo logré bajar de la montaña con vida después de haber perdido mis bastones, caerme y enterrar el rostro sobre la nieve. No me encanta que relate esa historia en particular, pero al menos en ella mi ropa interior está en su lugar y no tengo la falda por la cabeza.

Todavía.

—Sí, Hazel tiene un cráneo muy duro —bromea Josh por lo bajo, y soy la única que se ríe demasiado fuerte por los nervios. Él me mira con una sonrisa ante mi ataque de histeria inminente y se extiende para acariciarme el dorso de la mano con el pulgar. Puede que quiera decir «Estoy aquí, estarás bien» o «Tranquilízate».

Tyler tiene miles de historias del estilo «Hazel Bradford: ¡la chica más salvaje!» que les relata a Josh y a Sasha, su audiencia cautivada. Incluye el día que investigué cómo adoptar a un tigre; cuando en el último año tuve una buena racha con los de primero; y, la más mortificante, cuando decidimos tener sexo en los baños de todos los museos de Portland.

Josh me mira con el rostro fruncido, porque estuvimos en el Museo de Arte hace dos días. Balbucea «Asqueroso» al tiempo que se limpia las manos en los vaqueros.

Tengo que admitir que Tyler es bueno para contar historias y me hace ver como una experta en diversión en la mayoría de ellas. Es evidente que Josh y Sasha están entretenidos, pero cuantas más historias comparte, más me agobia darme cuenta de que le entregué demasiado de mi corazón y de mi tiempo a cambio de muy poco de su parte. Es impactante que después de todo el tiempo que estuvimos juntos y de los años que estuvimos separados, *esto* sea lo que recuerda. Si yo tuviera que compartir historias sobre él, tendría algunas buenas, como la primera vez que blandió su varita mágica y cuando me enseñó por qué las mujeres aman el sexo oral. Pero, más allá de eso, serían de la vez que dijo que me amaba para entrar en mis pantalones o la otra vez que me dijo que me amaba para entrar en mis pantalones.

Con solo echarle un vistazo a Josh mientras su compañero del gimnasio parlotea sobre nuestras aventuras sexuales y no sexuales, sé que la situación está perdiendo el encanto. Y entiendo algo de inmediato: si me preguntaran cuál es la relación más significativa de mi vida, diría que Josh, sin dudarlo. Pero estoy segura de que ve tan bien como yo la marca que Tyler me dejó. Yo también tendría una expresión agria si Tabby estuviera aquí hablando de sus aventuras con Josh.

Él espera con los dientes apretados a que Tyler se detenga para *respirar* por una vez y, cuando lo hace, interviene para preguntarle a Sasha por sus intereses, su trabajo y su vida en general.

Tyler aprovecha la oportunidad para girar hacia mí, tomarme la mano otra vez y llevársela a los labios.

—¿Hazel?

—¿Sí?

—Lo siento.

—¿Por qué? —Algo me comprime los pulmones hasta dejarme sin aire.

Él asiente con la cabeza, sus labios me rozan los nudillos. Mi mirada se encuentra con la de Josh por encima de la cabeza inclinada de Tyler, y ambos apartamos la vista de inmediato.

—Perdón por haber terminado todo, por haberte hecho sentir que no merecías mi tiempo a largo plazo. —Entonces *sí* lo recuerda—. Perdón por no dejarte seguir adelante. Perdón por haberte usado como distracción cuando otras áreas de mi vida se ponían difíciles. Y perdón por haber desaparecido sin decir nada.

Le ofrezco una leve sonrisa cuando me mira; es agradable escuchar eso, no lo puedo negar. Pero es claro que sigo en *shock*, porque no encuentro palabras para responderle, ni siquiera las equivocadas.

Entonces, el camarero deja una Coca Cola sin azúcar frente a él y todo encaja.

–Estás en recuperación –suelto.

–Sí, lo estoy. Y soy mucho más feliz –afirma. Luego me suelta la mano y bebe un sorbo de su vaso–. Desearía poder volver al pasado y hacer muchas cosas de otro modo.

Me alegro por él, porque es una excelente decisión, sin duda, pero estoy tan abatida por su presencia que ni siquiera puedo disfrutar de la comida. Apenas bebí un trago y sabe a podrido; la comida está demasiado condimentada y se siente como una lámpara incandescente dentro de mi boca.

Tyler y Sasha, y Josh en menor medida, parecen arreglárselas con mis aportes mínimos a la conversación. De todas formas, no puedo fingir que no me alivia cuando nos entregan la cuenta y los dos hombres desenvainan sus carteras. Ni siquiera finjo querer pagar mi parte.

–Haze, ¿quieres que te envuelvan eso para llevar? –ofrece Josh por lo bajo.

–Sí, está bien –respondo mirando mi plato, del que debo haber comido dos bocados.

Después, él se encarga de la bolsa con mi comida y me rodea con un brazo protector antes de que Tyler pueda llevarme a un lado.

–Ha sido una noche divertida –comenta mirándome desde arriba.

–Sí –respondo y hasta yo percibo la duda en mis palabras. *Aunque en realidad no lo sé, ¿lo fue? Estuve al borde del colapso nervioso todo el tiempo y no lo noté.*

–Te dejo mi número. –Tyler toma mi teléfono celular, que sostengo sin fuerza, y se envía un mensaje a sí mismo que dice «Este es el número de Hazel», seguido por un pequeño rostro sonriente.

Quisiera tomar su teléfono para ver cuántos de esos mensajes con diferentes nombres tiene. Pero después me siento como una imbécil por pensar en eso, porque se inclina para darme un beso inocente en la mejilla.

–Eres mejor persona de lo que yo podría llegar a ser –dice–. Me alegró mucho verte. –Es un poco incómodo, porque el brazo de Josh sigue alrededor de mis hombros, por lo que Tyler por poco le besa la mano, pero ya no parece importarle desnudar el alma en público.

Una vez fuera, Josh dice que llevará a Sasha a casa; y algo dentro de mi pecho cierra el puño y les dedica un golpe a los dos. Tyler sube a su Jeep Cherokee y saluda al alejarse. Y yo me subo a mi automóvil, que arranca al segundo intento, y conduzco a casa aturdida, sin prestar mucha atención al exterior hasta detenerme en la puerta de mi edificio.

Pero Josh está con Sasha.

La idea oscila en mi mente como un péndulo: *Presta atención. Josh está en casa de Sasha. Puedes obsesionarte con eso después, solo que... todavía no.*

Me quito la ropa y la dejo caer junto al cesto de ropa sucia, un acto de rebeldía que, probablemente, Josh nunca verá. Después me quito el maquillaje y arrojo el algodón al cesto de basura con una violencia que Tyler no podrá apreciar. Acto seguido, me acuesto con mi camiseta que dice CHICA MALA e interiores que dicen REINA DE LOS DRAGONES, y enciendo el televisor decidida a ver *Magnolias de acero*.

Cinco minutos después, rompo en llanto.

–Oye, oye –escucho.

Jadeo, con una mano en un pecho como si fuera mi corazón, y miro hacia la puerta.

Josh está aquí.

¿Josh está aquí? Ni siquiera lo escuché entrar, pero se acerca a sentarse en mi cama. Estoy deshecha mirando a Sally Field corriendo por la casa en ruleros.

–Usé la llave que me diste, espero que no te moleste –dice, y solo pudo asentir–. Oye, ¿qué pasa? ¿Qué ocurrió después de que me fui?

–Nada –afirmo y me seco la evidencia de mis mejillas–. Solo estaba sensible. –Me extendo hacia la gaveta de mi mesita de noche, que además de contener varios vibradores, contiene chocolate. Josh observa cómo hago a un lado una pila de juguetes sexuales sin decir nada; tampoco emite palabra cuando me meto un Twix entero en la boca y empiezo a hablar con la boca llena–: Ver a Tyler fue demasiado. Y pensé que te quedarías en la casa de Sasha y quería hablar contigo.

Hundo el rostro en su camiseta y tomo aire como si quisiera inhalarlo a él. Huele a suavizante, con un rastro a vinagre de casa de sus padres, y hace que me imagine abriendo la boca para devorar su camiseta junto con la barra de chocolate.

Hasta que me percaté de que las sábanas se deslizaron y puede ver la parte trasera de mis interiores de dragón. Entonces vuelve la atención a mi rostro, aunque sus ojos están desenfocados.

–La noche podría haber sido mejor –murmuro mientras extendo la camiseta sobre mi trasero.

–No sabía que Jones y Tyler eran la misma persona. –Acaricia mi pelo caótico con actitud arrepentida–. Nunca les hubiera organizado una cita. –Hace una pausa–. Obviamente.

–Lo sé. –Veó cómo lee mi camiseta unas cuantas veces antes de echarse a reír.

–Aunque suene extraño, me encanta esta versión de ti –comenta en voz baja, y yo ignoro el monstruo ansioso que se agita dentro de mí al escucharlo.

–Me descolocó porque fue demasiado lindo y juro que, durante dos años, lo único que quise fue escucharlo decir las palabras que dijo hoy –le explico y me echo a llorar otra vez. Cielos, soy un desastre–. Tyler fue el que me rompió el corazón y me hizo temer involucrarme emocionalmente otra vez. Y ahí estaba. Se veía igual que antes, pero recordaba todas las cosas horribles que me hizo y se disculpó por ellas. –Suelto un sollozo y uso la camiseta de Josh como pañuelo–. Y después te fuiste con Sasha y yo quería hablar contigo.

–Ya dijiste eso, Haze.

–Bueno, es que de verdad quería hablar contigo.

Josh me abraza unos minutos o, quién sabe, quizá por una hora. He perdido la noción del tiempo y del espacio; si alguien inventara una máquina de consuelo, es probable que tenga la forma de Josh Im. Mientras que con su mano derecha me dibuja círculos en la espalda, la izquierda está fija sobre el cabello en mi nuca. Al mismo tiempo, susurra cosas por lo bajo, como:

Lo siento.

Vi lo impactada que estabas.

Sh, sh, lo sé. Ven aquí, Haze. Está bien.

Finalmente, me aparto para disculparme entre sollozos por haber cubierto su camiseta con mis lágrimas melodramáticas y mocos.

–Deberías ir a casa a ver televisión y olvidarte de que esto pasó. No sé por qué estoy así.

–No lo sé... Creo que debería quedarme. –Me acuna el rostro igual que Tyler lo hizo antes, pero, en lugar de sentirse intimidante, se siente estupendo a pesar de que está tan cerca que puede ver a través de mis poros, y sé que no soy hermosa cuando lloro–. No me gusta dejarte sola cuando estás triste –dice, con el ceño fruncido–. De hecho, nunca te había visto triste.

–Estoy bien.

–Puedo quedarme.

Intento responder al pasar, en broma, pero, por desgracia, mis palabras caen como piedras:

–Puedes quedarte, pero no tendré sexo contigo otra vez.

–Sip. –Josh pone los ojos en blanco y suelta mi rostro–. De acuerdo, me voy a casa.

–Espera. –Contengo el tono suplicante antes de seguir–. Estaba bromeando. Por supuesto que tendría sexo contigo otra vez –agrego para intentar salvar el chiste.

–Ya, Haze. –Su expresión se vuelve sombría y deja caer los hombros de forma exasperada–. Solo quiero asegurarme de que estés bien.

–Lo sé. Lo siento, soy un desastre. –Me seco la cara e intento verme lo más recompuesta posible–. Me gustaría estar acompañada hoy.

Ya se había sacado los zapatos en la puerta, así que solo le resta quitarse los pantalones y quedarse en camiseta e interiores, que tienen pequeños jalapeños por todas partes. Desvía mi atención de la forma de su miembro (¡Miembro amigo! ¡No se toca!) al apartar las sábanas para recostarse a mi lado.

–Ven aquí –me llama. Mientras toma el mando de la televisión, yo apoyo la cabeza en su hombro fornido y, al percibir su aroma cálido y especiado, soy consciente de que me quedaré dormida en menos de diez minutos–. Pero quita esta basura de *Magnolias de acero* –susurra–. Veamos la primera de *Aliens*.

Capítulo diecisiete

JOSH

Me desperté al borde del orgasmo. Sigo vestido, pero tengo el pecho sudado, la sangre bombea caliente y descontrolada y, en cuanto recupero la consciencia, siento la electricidad que se enciende en la base de mi columna.

Lo que me excitó fue el grito de Hazel en mi oído. Una parte primitiva dentro de mí debió haber entendido el origen de sus sonidos y acatado la orden antes de que me despierte por completo, porque sigo meciéndome contra su pierna cuando registro que, primero, estoy despierto, y segundo, ella se quedó tesa a mi lado.

Todo se congela cuando nos separamos sin aliento. La pierna de Hazel rodea mi cintura, sus manos se aferran a mi cabello y su boca está a pocos centímetros de la mía.

—Vaya —suelto y levanto la cabeza para mirar alrededor a la habitación oscura. La única luz proviene del televisor; el logo de Apple TV gira sobre el fondo de pantalla, con imágenes de flores y vida salvaje. El reloj en la mesa de noche indica que son las 3:21 de la madrugada; la película debió haber terminado hace horas. Aún un poco desorientado, bajo la vista hacia Hazel; sus labios suaves están separados y sus ojos ahora están abiertos e iluminados en la oscuridad.

Así que eso fue lo que pasó: de alguna manera, comenzamos a movernos al compás mientras dormíamos, y creo que Hazel acaba de...

—Ay, por Dios —jadea—. Creí que estaba soñando.

—Yo también.

—Me desperté corriéndome.

Así que sí se corrió. Mierda. La necesidad me tensa el estómago.

—También me desperté en ese momento.

—Lo siento, Josh. No quise...

—No, no te disculpes. Fuimos los dos.

—¿Estás bien? —susurra; debió sentir mi erección contra su centro de calor.

Cada músculo de mi cuerpo está tenso. Las manos de Hazel siguen en mi cabello, presionando las uñas contra mi cabeza, y luego mueve la cadera apenas un ápice hacia arriba y se mece como para despejar las dudas.

Estoy rígido; siento el dolor pulsante en el ombligo que se convertirá pronto en una incomodidad plomiza. Mañana me preocuparé por las consecuencias.

—Necesito... terminar —admito.

—¿Sí? —susurra y levanta la cabeza apenas lo suficiente para llevar su boca a la mía. Sus labios

se sienten suaves y cálidos, urgentes sobre los míos.

–No me molestaría hacerlo yo mismo –baluceo entre besos–. Si te parece mejor...

–Es una imagen agradable, pero... –Enlaza el elástico de mis interiores con los dedos y los desliza por mi trasero hasta mis muslos.

Antes de montarme sobre ella, me detengo un segundo a pensar *¿Qué estamos haciendo y qué significa esto?*, pero la idea se desvanece como vapor. Nos desenredamos un momento para hacer desaparecer su ropa interior, y quiero sentir su piel contra la mía, así que le quito la camiseta y después me deshago de la mía.

El alivio de su piel desnuda, de sus piernas alrededor de mi cintura, es casi embriagador. Percibo la cercanía del orgasmo.

Hazel baja las manos, me toma el miembro y se frota contra él. Tengo que pensar en otra cosa (me imagino en el gimnasio, restregando el baño, cortando zanahorias) para no correrme solo por la fricción y el calor que siento.

–Sé que no debería hablar porque podría arruinar el momento, pero, cielos, Josh. Se siente muy bien.

Con los dientes apretados, tenso el abdomen y fijo las caderas en el lugar, lo suficientemente lejos para que ella tenga el control, pero cerca para que pueda hacer lo que le plazca.

–Creo que acabaré otra vez. Así.

Mierda.

–¿Cómo...? –La voz se convierte en un suspiro suave antes de que arquee el cuello y siga hablando con dificultad–. ¿Cómo es que algo tan simple...? –Me mueve sobre su centro húmedo, de un lado al otro, de arriba abajo, en medio. No sé cómo es que todavía puedo respirar–. ¿Cómo es que –jadea– se siente tan bien?

Niego con la cabeza porque no tengo idea. O quizá es mi mente que intenta convencer al resto de mi cuerpo de que se tranquilice. Pero me distrae sentir sus rodillas deslizándose contra mis costillas.

–¿Te gusta cómo se siente? –Me besa en la boca y me muerde el labio inferior.

–Creo que sentirte es lo mejor del mundo. –Inhalo mareado.

–¿Sabías que la cabeza del pene tiene como siete mil nervios? –susurra entre jadeos–. Más que cualquier otra parte del cuerpo...

–Tiene mucho sentido. –Me tiemblan los brazos por el esfuerzo de contenerme.

Hazel se ríe, pero el sonido se desvanece al tiempo que se mueve debajo de mí, con la cadera en posición para ubicarme justo donde quiere. Entonces, todo se detiene y nos miramos a los ojos bajo el brillo extraño que emana del televisor.

–¿Está bien?

–¿Estás bromeando? –Suelto el aire en una risa breve ante lo absurdo de la pregunta y le beso el mentón.

–Sería la *segunda* vez que lo hacemos.

En otras circunstancias, sonreiría ante el comentario, pero ahora mi mente no puede procesar nada más que el calor increíble de Hazel y la certeza de que estoy por llegar justo adonde quiero estar. Descanso los labios abiertos sobre los suyos al penetrarla, y así puedo sentir cómo le tiembla la respiración.

–Josh.

–Lo sé. –Tiene razón, se siente demasiado bien.

–¿Esta es la peor idea del mundo?

–No lo sé. Ahora mismo parece la mejor. –Me aferro a su espalda para levantar sus caderas

hacia mí y entrar y salir, cada vez más profundo.

Siento una punzada de culpa, como si debiéramos estar teniendo sexo solo para encargarnos de un problema, un accidente que ocurrió mientras dormíamos, y no debería disfrutarlo tanto. Pero ¿cómo es posible que no lo disfrute? Hazel es deslumbrante debajo de mí: su cabello es un tumulto de rizos sobre la almohada, sus labios están hinchados y húmedos y sus pechos se agitan cada vez que la penetro.

Y tengo la sensación de que ella también lo está disfrutando. Me toca como si quisiera memorizar mi cuerpo, recorriéndolo con los dedos y las palmas de las manos, me toca la columna con los pulgares. Desliza las manos a mi trasero, vuelven a subir a mis hombros y a mi cabello. Cuando me levanto para admirar lo que estoy sintiendo, sus manos recorren mi torso, desde los hombros, las clavículas, el pecho, el estómago y bajan hasta donde me muevo dentro y fuera de ella.

Le quedan los dedos mojados y, antes de pensar en lo que estoy haciendo, me los llevo a la boca y después me inclino para besarla. Es un pensamiento sucio e infrecuente para mí, pero quiero que experimente lo que hacemos con cada uno de sus sentidos. Si ella quiere memorizarlo, yo quiero tatuarlo en su mente.

Mira. Estamos haciendo algo increíble, pienso.

Cielos, estar más consciente me hace sentir más relajado y más inhibido a la vez. Por un lado, ya lo hicimos, así que tener su cuerpo debajo del mío me es familiar y sé, al menos un poco, lo que le gusta. Pero estoy sobrio, así que cada movimiento es intencional y cada contacto es consciente. Cuando escucho sus gemidos y siento sus manos explorándome, también soy consciente de que, al menos para mí, no es un simple enamoramiento pasajero ni un impulso de deseo, es algo más profundo. Creo que es amor, que ella es la indicada para mí. Aunque no alcanzo a definir mis emociones con sus jadeos en mi oído; sé que los repetiré en mi mente por días.

—Josh.

—¿Sí? —pregunto, pero se queda en silencio como si, de pronto, se sintiera cohibida. Con los labios contra su barbilla, bajo una mano a su pecho y ralentizo los movimientos a lo más mínimo—. Dime.

En lugar de responder, me toma del rostro, me acerca hacia su boca y sella nuestros labios en un beso desesperado, exploratorio, que me hace pensar si querrá preguntarme algo.

¿Esto es real?

—Sí, yo me siento igual —le aseguro, sea lo que sea—. Me pasa lo mismo.

Entonces, acaricia mi lengua con la suya y abre las piernas para recibirme más profundo, hasta que estalla en gritos contra mi boca.

—Sí... Voy a acabar.

Cada molécula de oxígeno abandona mi cuerpo cuando la sigo en esa espiral de placer, y un remolino de alivio arrasa conmigo. La sensación es irreal, como a metal, a líquido y a luz, que hacen que se me escape un gemido ahogado y extenso.

Hazel se aferra a mi espalda y me mantiene dentro de ella mientras mi cuerpo se sacude. Todo está en silencio, excepto por nuestros jadeos.

—¿Acabaste otra vez? —susurro. Necesito que lo confirme, de lo contrario, esto no está terminado. Ella asiente con la frente sudorosa contra mi rostro.

—¿Y tú?

Suelto una risa incrédula, y ella se ríe por lo bajo. Pero cuando comienzo a alejarme, con los brazos se aferra a mi cuello y con las piernas me rodea la cintura para que no lo haga.

—Quédate. —Presiona los labios contra mi cuello—. No estoy lista para que esto termine.
Sé muy bien a qué se refiere.

Cuando despierto, ella ya no está en la cama, pero escucho ruido de utensilios en la cocina y me alivia que no haya salido corriendo para procesar esto lejos de mí.

Con una mano en la frente, intento definir qué hacer. Con la claridad del sol que se cuele por la ventana, sé con certeza que amo a Hazel. Pero ¿soy lo que ella necesita? No quiero obligarla a tener una relación si no está lista, y si quiere a alguien escandaloso y sociable como Tyler, ¿quién soy yo para decir que no debería tenerlo? También me pregunto qué estará pensando después de lo que pasó anoche. Ella ha tenido sexo casual antes, pero recuerdo que anoche, en ciertos momentos, el encuentro se sintió casi desesperado, como si no quisiera dejarme ir. Aunque también soy consciente de que pudo ser por el peso de nuestra amistad y su temor a perderla. O pudo haber sido para aliviar el deseo y nada más.

No sé qué pensar.

De forma deliberada, me pongo la ropa interior y los pantalones, pero no la camiseta; creo que si comenta algo de mi cuerpo o se acerca a tocarme, significa que estamos bien. Si quiere descubrir qué está pasando entre nosotros, estoy dispuesto a hacerlo.

Cuando llego a la cocina, levanta la vista hacia mí mientras extrae un par de cucharas de una gaveta; se puso su pijama de dálmata favorito, con un pantalón minúsculo y una camiseta todavía más pequeña, lo que hace que también sea mi favorito. Aunque se sonroja al verme, sus ojos permanecen fijos en mi rostro.

—Hola.

—Hola —respondo frotándome el abdomen, finjo estar distraído. Se voltea enseguida hacia la gaveta y la cierra con la cadera—. ¿Qué estás preparando?

—Cereal. —Señala la caja sobre la encimera—. Y supuse que querrías una taza —agrega, y me indica que mire hacia la cafetera con el mentón.

—¿No habrá *crêpes* azules? ¿O *waffles* de plátano?

—De seguro los quemaría —dice con una risa cohibida.

—¿Y eso cuándo te detuvo? —pregunto de camino a buscar una taza.

Entonces, me ofrece una sonrisa real antes de ocultarla y voltear para buscar la leche en el refrigerador. ¿Qué demonios está pasando? ¿Dónde está mi Hazel alocada? Un mal presagio me invade desde el estómago hasta el pecho. ¿Lo de anoche quebró algo entre nosotros?

—Haze.

—¿Sí? —Me mira con los cereales en la mano.

—¿Estás bien?

—Sí, ¿por qué? —Creo que nunca la había visto sonrojarse.

—Te comportas... normal —explico, pero no parece entenderlo, así que dejo la taza y la llamo con la mano—. Ven aquí.

Atraviesa la cocina para acercarse, con el cabello hecho un caos sobre la espalda. Tengo las palabras en la punta de la lengua. «Sé que es confuso, pero ¿podemos intentar descifrarlo juntos?». Pero no me mira, y no sé si la tensión es por temor o porque necesita distancia. ¿Me perdí de algo?

Por desgracia, tendrá que explicarlo con palabras, no con expresiones ni con balbuceos. Llevo las manos a sus caderas como invitación a que me toque, pero, en cambio, cierra los puños y los sostiene contra su pecho.

—¿Se trata de Tyler? —pregunto, a lo que parpadea confundida antes de negar con la cabeza—. ¿Lo de anoche te asustó?

Duda un instante, pero niega con la cabeza otra vez. Sin embargo, lo que pasó anoche tiene una gran carga emocional, y no sé cómo interpretarlo. Si mi parte insegura está en lo cierto y ella quiere volver a intentarlo con Tyler, tengo que dejarla, ¿no?

—Bueno, entonces, ¿qué pasa? ¿Por qué no estás disfrazada de pollo, friendo donas en el fregadero?

—Creo que sí se trata un poco de anoche. —Antes de seguir, se muerde el labio inferior—. Me preocupa lo que pasaría... —Tuerce los labios como para medir las palabras, pero suelta la frase siguiente a ritmo acelerado—: Si fingiéramos que somos compatibles.

Ajá. Hasta ahora, se *sintió* muy compatible.

—No creo que estemos *fingiendo* nada. Nos acostamos dos veces y estamos bien, ¿o no? Eso no tiene que significar nada que no queramos. ¿Estás bien?

—Sí, ¿y tú?

—Claro que sí —aseguro con una risita—. Eres mi mejor amiga, Haze. —Me mira con los ojos bien abiertos por la sorpresa—. ¿Qué?

—Nunca lo habías dicho.

—Sí.

—No.

—Bueno, es la verdad. —Intento hacer memoria, pero en realidad no tengo idea—. Yo estoy bien. Tú estás bien. Y, lo más importante, ¿nosotros estamos bien? —Ella asiente con la cabeza y por fin me mira a los ojos—. Genial. Entonces, continúa, quéname el desayuno.

—Si insistes... —Se desploma con una sonrisa inocente antes de arrastrar los pies de vuelta a la estufa.

De repente, algo se relaja dentro de mí, al mismo tiempo que algo más se tensa. Por un lado, Hazel ha vuelto a ser ella misma; por el otro, creo que acabamos de acordar que las cosas sigan como hasta ahora, cuando yo siento que quiero que evolucionen.

Anoche hicimos el amor, y ella debe saberlo.

—¿Te divertiste anoche? —pregunta con un cuenco en la mano.

—Creí que ya habíamos establecido que sí, me divertí.

—Me refería a antes de venir aquí —explaya entre risas.

—Ah, supongo que sí; Sasha es agradable. Tyler estuvo bien. Aunque en mayor parte, estuve preocupado por ti. —Ella frunce la nariz como si contuviera un estornudo—. ¿Te sientes mejor al respecto?

—Sí. No sé por qué me afectó tanto. —Acaba de tomar la harina y, de alguna manera, ya tiene una mancha en la mejilla—. Fue bueno verlo. Parece estar bien. —Asiente para sí misma, como si intentara convencerse.

—Creí que habías dicho que estuvieron juntos seis meses, pero él dijo dos años y medio.

—Me tuvo cerca durante esos dos años. No estábamos juntos en realidad, solo reaparecía para darme esperanzas. —Me mira con una mueca ridícula y los ojos desorbitados—. Sí, lo sé, soy una idiota.

—Los *hombres* son unos idiotas a esa edad. De seguro siempre dijo las palabras indicadas para que creyeras que volvería contigo. Ahora tiene varios años más y parecía arrepentido de verdad.

Hazel hace una mueca extraña y desvía la mirada, y me pregunto si estará pensando lo mismo que yo: *¿Por qué demonios lo estoy defendiendo?* Cuando gira para tomar los huevos del refrigerador, su teléfono vibra sobre la encimera.

–¿Quién es? –pregunta sobre su hombro. Se me revuelve el estómago al mirar la pantalla, pero no respondo, así que ella voltea para mirarme a los ojos–. Josh, ¿qué pasa?

–No, nada. Tyler te escribió. –Le muestro la pantalla.

–¿De verdad? ¿Tan rápido? –Cierra el refrigerador–. ¿Y qué dice? –¿Suenas emocionada?

No quiero leer el mensaje, la verdad es que es lo último que quiero leer en el mundo. Pero estaría mintiéndome, porque también muero de ganas de saber qué dice.

–¿En serio quieres que lo lea?

–Sí, no tenemos secretos.

Después de suspirar, desbloqueo su teléfono con mi huella digital (que hizo que registrara hace meses) y leo el mensaje.

–«Hola, Hazel. Tuve tiempo de procesar lo que pasó anoche». –Hago una pausa para mirarla–. ¿Sigo? –Ella asiente mientras rompe un huevo en el cuenco–. «Estabas hermosa; nunca usé la palabra “radiante”, pero no dejaba de aparecerse en mi mente cada vez que me sonreías». – Me froto el labio inferior con el pulgar mientras pienso en que él tiene razón, ella le sonreía. Ahora luce mucho más radiante, y me gusta pensar que es gracias a *mí*–. «Estás distinta, pero sigues siendo la misma criatura indomable que adoraba. Verte fue algo casi doloroso, porque sé que la cagué».

Mierda.

–Creo que deberías leerlo tú –sugiero, pero ella me mira suplicante, así que bebo un trago de café para aplacar el fuego que asciende desde mi estómago y continúo–: «Lo dije anoche y lo repetiré: abandoné algo bueno y haría lo que sea para volver atrás. ¿Me darías otra oportunidad?». –Dejo su teléfono y me froto el rostro–. Eso es todo.

Pasan varios segundos hasta que dice algo y, en ese tiempo, batió los huevos hasta formar burbujas en la mezcla.

–No estuvo tan mal, ¿no?

–¿Qué piensas hacer? –Yo quiero golpear la pared.

Hazel deja el batidor para frotarse la frente con el dorso de la mano, y dejar otra mancha de harina.

–Josh. Es mi ex, *El ex*, y ahora reapareció e intenta arreglar las cosas. Nosotros estamos aquí; tú estás sin camiseta y anoche tuvimos sexo otra vez. ¿Fue bueno? Mierda que sí. ¿Soy la indicada para ti? ¿Tenemos algo? ¿O somos solo amigos que tienen relaciones sexuales? Si estuvieras en mi lugar, ¿qué harías? Dime qué *hacer*.

Suelto una exhalación larga y controlada.

Si sintió lo mismo que yo, no se lo estaría preguntando. Si está tan en duda entre Tyler y yo, es evidente que tiene que resolverlo antes de que nosotros podamos dar un paso más, si es que ella quiere. El reloj de la cocina marca los segundos mientras nos miramos a los ojos y yo evalúo las probabilidades de que esto se vaya al demonio por completo.

Es mi mejor amiga. Yo el suyo.

Tuvimos sexo dos veces.

Fue increíble.

Es posible que esté enamorado de ella.

–Josh.

Ella podría o no estar enamorada de mí.

De cualquier manera, todavía no está segura.

–Josh. –Su voz suena delgada como un cristal.

Golpeteo su encimera con los nudillos.

–Si lo estás considerando, creo que merece la pena que le des otra oportunidad.

Capítulo dieciocho

HAZEL

Sé que es melodramático, pero después de que Josh se fue por la mañana, me quedo mirando la puerta cerrada durante alrededor de quince minutos.

Solía preguntarme cómo se sentía estar en medio de un ciclón o de un tornado o en el centro de un terremoto. Cuando Tyler aplastó mis sentimientos sin siquiera saberlo, una o dos veces pensé: *Estas emociones son minúsculas. Imagínate estar de pie y que toda la tierra tiemble bajo tus pies*. Ahora, me pregunto si lo que está pasando en mi interior será una versión en miniatura de una tormenta tropical: todo está volando de cabeza.

Estar con Josh se siente como aterrizar después de un vuelo de un año, con los brazos en el aire y sin energías; mis sentimientos por él crecieron tanto que son casi debilitantes. Me aterran y dejan en evidencia que lo que haya sentido por Tyler hace seis años era como una gota en una cubeta, mientras que lo de anoche con Josh fue un maremoto.

Pero, para ser honesta, no sé si quiero un maremoto. Mi madre dice que hubiera deseado tener uno; yo no estoy segura de que seamos esa clase de mujeres.

Tyler quiere otra oportunidad, Josh piensa que debería dársela; al parecer, es lo que todos los demás harían, lo que las personas *normales* harían. Mi estómago no parece estar de acuerdo; sin embargo, al no tener experiencia en esta clase de explosión emocional, creo que mi barómetro interno está desbalanceado. No sé cuál es la respuesta correcta.

Entonces, enderezo los hombros, le doy un beso a Winnie para la buena suerte, le rezo a Daniel Craig para que me dé sabiduría y le respondo a Tyler:

Creo que podemos hablar sobre eso.

Ven a cenar el viernes.

Tyler se presenta en mi puerta con un papel y dos botellas de vino. Lo más fácil sería que saliéramos a cenar, pero si de verdad quiere redimirse, puede probar mi cena y soportar la catástrofe que sucede mientras la cocino. Si eso no prueba el carácter de una persona, nada lo hará.

En cuanto pone un pie dentro de mi apartamento, analiza todo con la mirada y asiente como si fuera lo que esperaba. Al final, se detiene en mí con una sonrisa y me ofrece los regalos.

—¿Es todo para mí? —pregunto confundida con las dos botellas de vino en las manos.

—Podemos compartir.

Me detengo un momento, porque no estoy segura de que lo que quiero decir no sea una de las cosas horribles que puedan escapar de mi boca, pero me arriesgo de todas formas:

—Entonces, ¿no estás en recuperación?

—Ya no bebo en bares —afirma con una risa fácil—. Solo en casa. Está bien.

—Ah...

—*Guau*. Lindo lugar —comenta impresionado, y yo sigo su mirada alrededor para entender qué es lo que ve. Aunque he limpiado, no hay mucho que ver en mi apartamento, la verdad. Pero al menos puedo reconocer que está siendo amable.

Al mismo tiempo, una voz en mi mente me recuerda que Josh no se molestó con adulaciones diciendo lo agradable que era mi casa. Él nunca miente ni finge entusiasmo. Solo me acepta como soy.

¿Y por qué los estoy comparando? Quizá por la misma razón por la que estuve pensando en Josh durante las últimas semanas.

Winnie se acerca para olisquear a Tyler con curiosidad, me mira como si fuera una zorra traidora y, desinteresada, vuelve a donde estaba acurrucada junto a la ventana. Vodka chilla una vez antes de esconder la cabeza debajo de un ala. El pez ni siquiera le dedica una mirada. Así que, lo único que recibo de mi familia animal es un resoplido colectivo y, aunque Tyler se vea increíble con sus vaqueros negros, tenis Chuck Taylor y camiseta negra, no puedo evitar pensar que mis mascotas también lo están comparando con Josh Im.

Inhalo y exhalo profundamente e ignoro todos esos pensamientos. He decidido darle otra oportunidad, y compararlo con la huella que Josh el Señor Perfecto ha dejado en mí no es la mejor forma de comenzar.

Así que, aquí vamos.

Me arriesgué a preparar una lasaña, pero mientras Tyler me sigue para abrir el vino, veo la cocina a través de sus ojos: luce como la escena de una masacre.

—Vaya, ¿qué comeremos?

—¿Un animal atropellado? —bromeo. Él se ríe y me sorprende con un beso en la frente.

—¿Te sirvo vino?

Se me retuerce el estómago con incomodidad; creo que no debería beber con él. No quisiera ponerme cómoda y volver a caer en sus redes, pero tampoco quiero ser descortés.

—Claro.

El ruido sordo del corcho resuena cuando abre la botella.

—Durante todo el camino, estuve recordando cuando fuimos a ver *El juego de las lágrimas* en el viejo cine por un dólar, y tú te involucraste en una guerra con el tipo de atrás porque usó la palabra «marica».

Me toma un momento recordar ese episodio, pero regresa con una claridad impactante. Recuerdo al idiota que nos arruinó el final de la película a los que no la habíamos visto antes.

—Ah, sí. Fue terrible.

—Cielos, qué buenos tiempos esos —comenta. Yo asiento con la cabeza mientras lo ignoro por dentro y lo observo servir dos copas rebosantes de vino syrah. Luego me entrega la dosis generosa y eleva su copa para brindar—. Por los viejos amores y los nuevos comienzos.

Respondo «salud» sin energías y dejo que el líquido toque mis labios. El brindis me pareció

tan cursi y premeditado que casi desearía que Josh estuviera aquí para poner los ojos en blanco con complicidad por detrás de su copa. Es una maravilla cuando les entrega con las dos manos las bebidas a sus padres y me encanta la reverencia que hace cuando le sirven a él.

El vino no sabe muy bien, así que lo dejo con el pretexto de ir a ver la lasaña y preparar la ensalada.

La cena salió bastante bien: el queso está burbujeante y con un dorado agradable, la ensalada vino en bolsa, así que era imposible que la arruinara, y el pan de ajo no requirió más que descongelarlo y hornearlo veinte minutos. No seré una chef profesional, pero no quemé nada y me felicito mucho por eso.

Mientras Tyler habla de su trabajo, de su apartamento y de los amigos de la universidad con los que sigue en contacto, mi mente no deja de divagar. ¿Esto es real? ¿De verdad tengo una cita con Tyler el Idiota Jones en mi apartamento? ¿A ese punto he llegado?

La verdad es que nunca había pensado tanto en mi vida amorosa como en los últimos días. No soy tonta, sé que mis sentimientos por Josh van más allá de una amistad (hola, tuvimos sexo desorbitante hace apenas una semana), pero cada vez que pienso en *salir* con él el pánico me cierra el pecho y tengo que asomar la cabeza por la ventana o desabotonarme la camisa. Pensar en salir con él y que llegue a decir que soy rara o que lo avergüenzo hace que todo mi interior busque refugio. Puedo manejar el sexo, pero ¿exponer mis sentimientos y ver que frunza los labios con disgusto? *No, gracias.*

Pienso en mi madre y en cómo reaccionó cuando mi padre le dijo esas cuatro palabras, «me das mucha vergüenza», y en que no pareció afectarle en absoluto. Solía pensar que eso se debía a que era muy fuerte y podía ocultar el dolor, pero ahora sé que fue porque la opinión de él no tenía importancia. Mi madre no lo amaba.

Y así quiera a Josh como amigo o como algo más, la realidad es que lo quiero. *Mucho.*

—... así que lo llevé a otro lado —dice Tyler en voz alta, como si hubiera notado que estaba divagando y quisiera recuperar mi atención—. Y el tipo coincidió conmigo. Maldita correa de distribución. ¿Quién confunde una *correa de distribución*?

—Increíble —comento, con esperanzas de que sea la cuota correcta de incredulidad, enfatizada con una mirada de desaprobación hacia mi plato, en el que paseo la lasaña de un lado al otro. Se veía muy bien al salir del horno, pero ahora creo que nunca nada me ha parecido menos apetitoso. Me pregunto si a Tyler no le importaría que la cambiara por unos cereales crujientes.

—Como sea, por eso no traje flores —concluye.

—¿Eh? —pregunto y levanto la vista.

—Para ti —clarifica con una mano en mi antebrazo—. Te di una flor dibujada en la puerta, ¿recuerdas?

—Ah, sí. —¿Lo hizo?—. Fue muy lindo, gracias.

—Bueno, quería traerte flores de verdad y vino —se lamenta con una sonrisa humilde—. El combo romántico completo.

El combo romántico. Para él, solía ser un *pack* de seis cervezas y la promesa de tener sexo increíble después. Me pregunto si seguirá siendo así y solo mejoró un poco sus técnicas de seducción. Me alejo de la mesa, fuera de su alcance.

—Eres muy considerado, pero sabes que nunca necesité flores.

—Nadie *necesita* flores. —Él toma su plato y me sigue a la cocina, donde se arremanga como si planeara lavar los platos—. Pero a todos les gustan.

Al parecer, sí los lavará, porque abre el grifo y llena el fregadero de agua. Noto que no dejó que el agua se calentara demasiado y, en mi mente, cubro los ojos de Josh para que no tenga que

presenciar el completo desprecio a las técnicas de lavado apropiadas.

–Bueno, cuéntame algo de ti –me pide al tomar mi plato, que mira con el ceño fruncido antes de arrojar toda mi porción de lasaña a la basura–. Algo que hayas hecho en los últimos años. –Es lo primero que me pregunta en una hora.

Me apoyo contra la encimera frente a él y observo su espalda. Puede que no tenga idea de nada, pero sin duda es atractivo desde atrás. También de adelante. Y se está esforzando; lava los platos, saca temas de conversación.

Siento que mi estómago es como una casa flotante en un río agitado. Y si pudiera tranquilizarme un poco, quizá disfrutaría de su compañía.

–Bueno, sabes que soy maestra.

–Sí, ¿de cuarto año?

–De tercero. –Tomo el vino, lo huelo y otra vez decido que no me agrada–. Es mi primer año en Riverview. ¿Qué más? Mi madre también se mudó a Portland.

–Desde Eugene, ¿no?

Bueno, quizá no tenga tan poca idea después de todo.

–Sí. –Se enciende una chispa diminuta en mi pecho; recuerda cosas sobre mí. Cosas que no tienen nada que ver con el tamaño de mi sostén ni con mis zonas erógenas–. Mi mejor amiga se llama Emily...

–¿La hermana de Josh? Creo que la mencionó durante la cena.

Me permito una risotada estruendosa en mi mente. Es probable que Josh haya mencionado muchas cosas que pasé por alto durante mi desborde emocional.

–Sí, qué buena memoria. Y está casada con nuestro director, un hombre llamado Dave, alto como un secoya, te juro que cocina la mejor barbacoa de este lado del Misisipi.

–Suenan increíbles.

–De hecho, tengo que admitir que nunca he estado al este del Misisipi ni he probado barbacoas en muchos lugares, pero la de Dave es increíble.

–Quizá podamos cenar con ellos algún día –sugiere con una risita.

Y así de repente, cuando empezaba a relajarme, algo en mi interior se tensa otra vez. La idea de sentarme en la mesa de Emily y Dave con Tyler a mi lado se siente sucia. Me imagino a Josh del otro lado, sentado junto a Sasha y después me imagino arrojándole una costilla bañada en salsa. En mi mente, aterriza y salpica el líquido oscuro en su camisa, y él me fulmina con la mirada.

–Claro –balbuceo después de un momento, antes de buscar el cereal en la alacena. Y, con una mano dentro de la caja, agrego–: También tengo familia animal aquí. Conociste a Winnie, la Poodle, también están Vodka, Janis Brincos y Daniel Craig. –Cuando me mira por encima de su hombro, respondo a la pregunta escrita en sus ojos–. Mi pez, Daniel Craig. –Y tiene otra pregunta en la mirada, así que también la respondo–. Es un homenaje. Mi pez tiene una muy linda retaguardia.

Percibo su mueca entretenida antes de que vuelva a girar hacia el fregadero.

Quizá sí sea diferente esta vez. Quizá sí ha madurado y, quizá, eso haga que esté bien que yo no lo haya hecho.

Tyler va por la mitad de la segunda botella de vino cuando suena el timbre de la puerta. La primera copa que me sirvió sigue casi intacta sobre la encimera.

–¿Me despachas en un taxi? –pregunta mirando en dirección al sonido–. Creí que me quedaría

aquí esta noche –bromea en voz baja.

Se me escapa una risa estrangulada, como si fuera un robot descompuesto. Me levanto para responder. Hasta ahora, la he pasado bien, no es que haya tenido la noche de mi vida, pero fue agradable. Sí, Tyler se la pasó rememorando los días de gloria, pero me sorprende que recuerde las cosas con bastante precisión, sin exceso de detalles endulzantes imaginarios.

También me sorprende encontrar a Josh y a Sasha de pie en la puerta. Ella tiene el cabello recogido en un moño gigante que parece suficiente como para alojar a una familia de águilas, y sostiene otra botella de vino. La mano de Josh sostiene un pequeño ramo de girasoles.

–¡Hola! –Sasha me da un beso en la mejilla antes de esquivarme para entrar–. ¡Qué coincidencia! –exclama al ver a Tyler–. Cita doble, episodio dos.

Yo levanto la vista hacia Josh, que está contemplando la figura de Tyler desparramada con familiaridad en una punta de mi sofá. Aunque intercambiamos mensajes todo el tiempo, no lo he visto en toda la semana, desde que se fue de mi apartamento después de...

Es como si mi pecho se llenara de helio.

–Hola –saludo. Josh parpadea para volver a enfocarse en mí–. ¿Cómo estás, rompe citas?

–Supongo que me olvidé de que él vendría hoy –explica encogiéndose de hombros.

Al escucharlo, Winnie corre descontrolada hasta la puerta.

–¿Y creíste que yo podría ser una excelente tercera en discordia en su cita caliente?

–Pensé que podrías querer compañía –me responde y se inclina para rascarle las orejas a Winnie.

Aunque estar con él me entusiasma mucho, me pregunto qué pasaría si le digo que es una pésima excusa. ¿Seguiría inventando otras hasta que lo deje pasar?

–Intenta de nuevo –me arriesgo.

–Teníamos vino extra y queríamos compartirlo.

–No.

–No cené y olí una lasaña deliciosa.

–Esa es la peor de todas, Jimin. –Soy pésima cocinera y él lo sabe.

–Te gustan los girasoles. –Me extiende las flores. Con el corazón extasiado, me hago a un lado para dejarlo entrar. Él se detiene para quitarse los zapatos y susurra–: A menos que quieras tener... *privacidad*.

Cuando lo dice, los engranajes de mi mente se detienen con un chirrido; sonó muy serio, casi inquisitivo. ¿De verdad cree que tendría sexo con Tyler una semana después de haber dormido con él? Ni siquiera cambié las sábanas.

Creo que no debería mencionarle eso, estaría horrorizado.

–La pasamos bien, pero me alegra verte. –Siento que es la mejor manera de borrar la preocupación sobreprotectora de su rostro. También es una forma de que sepa que es genial que esté aquí, porque no hay forma de que Tyler *entre* a algo más que a mi casa esta noche.

–Bueno... –Una sombra atraviesa su rostro antes de que sonría de lado–. Está bien.

Escucho cómo se descorcha una botella, seguido por el gorgoteo del vino dentro de una copa.

–¡Haze! –exclama Sasha, y Josh y yo cruzamos miradas por el uso desautorizado de mi apodo–. ¿Quieres vino?

–Tengo una copa, gracias.

–Estuvo removiendo la misma copa durante tres horas –protesta Tyler–. Podrías servirle otra.

–¿Un viernes? No suena propio de Hazel. –Josh me esquivo para quitarse el abrigo y colgarlo, seguido de cerca por una labradoodle enamorada. Incluso Vodka se enderezó en su percha–. Por lo general, a estas alturas de la noche ya vació dos botellas y diseña una montura para Winnie

con cajas de cereal.

–Me gustaría verlo –festeja Tyler desde el sofá con complicidad.

Pellizco el bíceps de Josh como represalia de niña caprichosa, pero después lo presiono para apreciarlo, porque parece más inflado de lo normal.

–Vaya. Estás duro y fortachón esta noche.

–Pervertida –murmura con una palmada en mi mano.

–¿Hiciste lagartijas antes de tu cita?

–No.

–¿Así que el tono muscular es solo por jalártela? Guau.

Él me jala fuerte de la oreja, y nos sostenemos la mirada por un segundo.

Necesito acabar.

Dos segundos.

Necesito acabar.

Tres segundos.

–He ido al gimnasio muy seguido esta semana –dice con una sonrisa medio perversa.

Mierda. Escuchar eso, en su tono bajo y ronco, hace que todo nuestro encuentro sexual se reproduzca frente a mis ojos.

El viernes estábamos sobrios.

Tuvimos sexo intencional.

Dios. *Conozco los gemidos sexuales de Josh.*

Su mirada recorre mi cuello y mis mejillas y cuando veo sus ojos bien abiertos, sé que el calor que siento bajo la piel es notorio.

–Haze...

–¿De qué hablan ustedes dos? –Nos sorprendemos cuando Sasha se pavonea hacia la sala sosteniendo el equivalente a una pecera llena de vino, que bebe hasta la mitad de un solo trago. Josh y Tyler la observan con interés.

–De nada –balbuceamos Josh y yo al unísono.

Sasha se seca la boca sin delicadeza con el dorso de la mano, con lo que debe ganar unos setenta puntos de diversión, luego suelta un «Aaaaaaaaah», con lo que gana otros veinte.

–¿Sedienta? –le pregunta Tyler, y su tono me sorprende, porque por primera vez en la noche suena casi como un idiota engreído. Aunque no lo culparía por estar un poco molesto con los arruina citas si pensaba que tenía oportunidad de acostarse conmigo.

Pero Sasha ni siquiera pareció escucharlo.

–Josh me llevó a ver una obra encantadora.

–¿Sí? –Algo dentro de mí pellizca mi pulmón izquierdo, así que me froto las costillas para acallarlo-. ¿Cuál?

–Una producción puramente femenina de *El rey Lear*.

Tyler finge roncar, pero yo miro a Josh, molesta, e intento superar el dolor genuino que siento.

–¿La viste sin mí?

–No estaba seguro de que tú... –se calla con pánico en la mirada-. Zach tenía dos entradas extra, y Sasha estaba libre...

–Está bien. –Me apresuro a ocultar la leve mueca de dolor, porque percibo en su expresión que se siente culpable de verdad.

Él se ubica en una silla frente a Tyler, balbucea que lo siente otra vez y mira a Sasha con disimulo cuando ella rodea el sofá, como diciéndome: «¡No sabía qué más podía hacer con

ella!».

Al menos eso es lo que elijo interpretar.

—¿Ustedes qué hicieron? —Sasha se desploma junto a Tyler, que está casi en posición horizontal, con la copa de vino haciendo equilibrio en su pecho. Él se levanta para evitar salpicarse y aprovecha la oportunidad para beber un trago largo. Yo me siento en el brazo del sofá.

—Hazie Hazie hizo la cena —responde Tyler, seguido por un eructo en su mano. Josh y yo nos miramos confundidos por el apodo, y los ojos de él se entornan una fracción de segundo antes de que Tyler lleve la mano en la que eructó a mi nuca y la masajee—. Preparó lasaña. Y estábamos relajándonos en casa, poniéndonos al día.

Entonces, Josh alza una ceja, así que intervengo enseguida para dejar atrás la forma incómoda en la que Tyler dijo «casa».

—¡También hice pan de ajo y ensalada!

Josh, consciente de lo que intento hacer, me mira con total atención. Veo las preguntas en su rostro: «¿Así que están juntos? ¿Tyler y tú, relajándose en casa? ¿Abriste una bolsa de ensalada para tu hombre?».

Le devuelvo la mirada intentando transmitirle mis pensamientos: «¿Te entendí mal el otro día? ¿No querías que viera qué había con Tyler? ¿O fue una forma de evitar que siguiera invitándote a entrar en mi vagina? Como sea, ¡es solo una cena!».

«¿También lo llevarás a sus reuniones de AA?».

«Tal vez».

Sigue mirándome, pero la seriedad paralizante mutó a entretenimiento, como si disfrutara mi debate mental. Cuando le frunzo el ceño, se ríe.

—Oigan —anuncia Sasha al terminar su copa y levantarse, de seguro para llenarla otra vez—. Tengo cuatro boletos para el festival Harvest Fest.

—¿De verdad? —Tyler se endereza de golpe con los ojos desorbitados e irritados—. Claro que iremos.

—¿Qué es? —Josh se detiene con la copa contra los labios.

—Un concierto que dura todo el día en el parque Tom McCall —explica Sasha—. Un festival de *música* —agrega más lento, como si no hubiera sido suficiente para Josh.

—Hombre. —Tyler nos mira a los dos, sorprendido de que no hayamos aceptado de inmediato—. Tocaré *Metallica*.

—Sí. —Sasha asiente de forma presumida—. Podríamos ir todos juntos.

En mi mente, me apuñalo un ojo con un tenedor.

Tyler se frota la boca con incredulidad.

—Limp Bizkit —dice con tono reverente.

Desde el otro lado de la habitación, Josh hace un pequeño quejido de dolor. Yo me rasco una ceja.

—¿Seremos las personas más jóvenes del lugar?

Josh suelta una risotada, pero yo pongo los ojos en blanco con escepticismo. Él no puede dárseles de joven buena onda; la radio de su automóvil parece estancada en la estación KQAC de clásicos de Portland.

—¡Hay mucho más que eso! —grita Sasha desde la cocina para superar el *glu, glu, glu* de la botella de vino. Después de sus palabras y del gorgoteo, se oye el impacto cacofónico de la botella vacía dentro del cesto de reciclables. Dos copas. Vació toda una botella de vino en dos copas. No decido si es impresionante o preocupante.

–Three Days Grace, Simple Plan...

Josh y yo cruzamos miradas adoloridas.

–My Chemical Romance –lee Tyler en su teléfono–. Three Days Grace...

–Ya lo dije. –Sasha sacude una mano mientras traga el vino.

–Estoy leyendo la lista –explica Tyler mostrándole el móvil–. ¡Ah! Julian Casablancas también tocará. Y Jack White. –Me mira, y tengo que admitir que los últimos dos despertaron un poco mi interés–. Al aire libre. Lleno de gente feliz. –Hace una pausa para sonreírme con suficiencia–. Hippies por doquier, bailando con los ojos cerrados.

Con eso se ganó mi interés por completo. Al otro lado, veo cómo Josh deja caer los hombros con resignación.

–Iremos –afirmo.

Capítulo diecinueve

JOSH

Dave tiene la reacción que esperaba cuando menciono que iremos al Harvest Fest el domingo.

—¿Qué es eso?

—¿Lo ves? —Doy una palmada en la mesa y miro a Hazel, que parece muy interesada en acomodar los granos de arroz largo en filas perfectas—. Ni siquiera Dave sabe lo que es y él conoce de música. —Luego miro a mi cuñado para explicárselo—. Es un concierto que dura todo el día con algunas bandas de los noventa y principios de los dos mil.

—Ah, bien. —Dave se lleva un bocado de su cena a la boca, mastica y traga—. De hecho, ahora que lo pienso, sí sabía lo que era, es solo que... no me importaba.

Le sonrío a Hazel, cuya respuesta es enfrentarme e intentar un duelo de miradas, así que le tapo los ojos con las manos y giro hacia el otro lado.

—¿Quién irá? —pregunta Dave.

—Hazel, yo, Sasha y Tyler.

—¿Así que Tyler otra vez? —comenta Emily, y su tono hace que se me baje la presión. Aparto las manos del rostro de Hazel, y ella mira a mi hermana.

—Sí. Creo que es el más emocionado de todos.

Se le atoró un cabello en el labio, así que extendiendo la mano para liberarlo, pero ella se anticipa, por lo que retraigo la mano de forma abrupta, con incomodidad. Emily me mira, y me encojo de hombros con disimulo diciendo «como sea» antes de apartar la vista para tomar la enorme fuente de carne que Dave grilló.

Mi pulso corre como una balacera. La verdad es que no creo que a Hazel le interese tanto Tyler, pero el hecho de que siga dándole una oportunidad me hace pensar que tampoco está muy interesada en mí. Espero que le hayamos puesto fin a tiempo a la etapa de amigos que se acuestan, para no ser el hombre que esté detrás de ella el resto de nuestras vidas.

—Tyler y Sasha, episodio tres. —Dave me mira a los ojos—. Entonces, parece que dejarán eso de las citas por un tiempo.

—Ah, sin duda —digo, esforzándome por no mirar a Hazel.

De reojo, veo cómo ella revuelve la comida en su plato. No comió mucho ni tocó la margarita frente a ella. Además de cualquier cosa que cocine mi madre, la carne asada de Dave es su comida preferida en el mundo. En general, come como si estuviera conteniéndose de meterse toda una costilla en la boca.

—¿Te sientes bien?

–Sí. –Levanta la vista un tanto sorprendida–. Estoy bien. Estaba pensando en lo que dijo Dave. Me entristece un poco pensar que no tendremos más citas a ciegas dobles.

–¿De verdad? –replico fingiendo sorpresa–. ¿Disfrutaste de esa seguidilla de catástrofes?

–Me gusta pasar el tiempo contigo. –Hazel se encoge de hombros y me mira con sus enormes ojos color café.

Emily me pateo con fuerza por debajo de la mesa, y Dave extiende la pierna en diagonal para darme un pisotón. Yo los pateo a ambos, y Emily suelta un gritito.

–Podemos seguir haciéndolo, tontita.

–Lo sé. –Ella lame un poco de sal del borde de su margarita y vuelve a dejar la copa–. Pero era como si tuviéramos *aventuras*.

–Aventuras *horribles* –le recuerda Emily.

–Aventuras horribles que *nunca* terminaban en sexo –agrega Dave con énfasis triunfal, y un silencio de dimensiones nucleares invade la mesa–. Bueno, excepto por esa vez –agrega.

Hazel me mira de reojo, y tengo que beber un trago de agua para evitar toser.

–¿Hubo *otra* vez? –Emily apoya los codos en la mesa y se inclina hacia delante. Mi sonrisa se queda congelada ante su tono juicioso.

–¿Tengo que recordarte que mi vida sexual no es asunto tuyo?

–Si mal no recuerdo, no fui yo la que lo mencionó *en la entrada* hace unas semanas.

–Esa fui yo –señala Hazel–. Y solo porque soy congénitamente incapaz de mantener la boca cerrada.

Dave parece morir de ganas de usar eso en su contra, pero tiene la astucia de limitarse a mirarme con un brillo pícaro en los ojos.

–¿De verdad se acostaron otra vez? –pregunta Emily.

Entonces, la miro y le respondo en coreano y en voz baja.

–Diez minutos después, sigue sin ser asunto tuyo, Yujin.

Ella frunce los labios, pero no insiste.

Cuando bajamos del Jeep de Tyler el domingo en el estacionamiento, parece que todos a nuestro alrededor se están recuperando del desenfreno en el que hayan participado la noche anterior. Se ven muchos hombres de pelo largo recogido, faldas a cuadros con moños en la cintura, barbas y vaqueros con intervenciones artísticas.

Además, apenas son las diez de la mañana y todas las personas que veo tendidas en el césped tienen una cerveza en la mano. En el escenario distante, un par de asistentes de sonido tocan algunas cuerdas antes de encender las guitarras para probarlas; la multitud circundante comienza a avanzar. Sasha trajo comida para un pícnic, que supongo que consiste en bulgur y tofu envuelto en hojas de parra o en tortillas de cáñamo rellenas con *tempeh*, pero se la ve muy feliz cargando la cesta en el brazo, así que comeré lo que sea que haya traído para ser un buen samaritano y después iré con Hazel por un perro caliente gigante de alguno de los puestos. Además, Sasha se dejó el cabello suelto... nunca lo había visto y me saca de onda por completo. Es muy largo (varios centímetros más abajo que su trasero), y, con la ventanilla baja, estuvo volando sobre mí todo el viaje. Cuando cerré los ojos para intentar que no me aterre, no mejoró para nada; era como si me llevaran en silla de ruedas por una habitación llena de telas de araña. Ahora, sin duda puedo marcar el casillero «no» en el fetiche de cabello.

Y está bien de todas formas, porque ella tampoco parece tener química conmigo. No nos hemos besado, ni siquiera hemos coqueteado. La verdad es que no estoy muy seguro de por qué

salimos el viernes; fue casi como si... Bueno, Hazel había invitado a Tyler a cenar, yo bien podía invitar a Sasha a salir. El hecho de que la haya llevado a ver *El rey Lear* sabiendo que Hazel quería verla no fue intencional, solo se me olvidó, pero en retrospectiva, me pregunto si mi subconsciente quería hacer algo para molestarla.

Junto a mí, Hazel lleva una pequeña pila de mantas; su cabello del largo perfecto sigue húmedo, recogido en dos moños sobre su cabeza. Y huele como alguna flor que de seguro crece en el jardín de su madre, y el aroma me hace sentir nostálgico y embriagado de amor al mismo tiempo.

Cuando llegamos a la extensión de césped despejada, compruebo que se veía mejor de lejos; de cerca, tiene agujeros y algo de lodo. Sasha se aleja rumbo a los baños, y Hazel extiende las mantas valerosamente sobre la tierra arrasada, las señala para que me siente y luego se quita los zapatos para dar unas vueltas por el lugar.

—¡Olvidé lo mucho que me gustaban estas cosas!

—¿Eventos al aire libre con muchos miembros de la generación X ebrios en pleno día?

Ella me da un golpe en el hombro y se voltea dando brincos y extendiendo los brazos en un estiramiento, bastante llamativo. Observo cómo Tyler la ve mecerse únicamente con el ritmo de las voces y de la multitud que nos rodea. Desvía la atención hacia los grupos más próximos, entre los que algunas personas la miran con curiosidad, luego vuelve a mirarla a ella con los ojos entornados.

—Ven, siéntate conmigo, Hazie Hazie.

—No creo que sea un buen apodo, *Ty* —le advierto movido por la irritación. Lo conocí en el gimnasio hace algunos años y siempre me pareció un bueno tipo: casi siempre sonriente y que ayuda con las pesas a todo el que lo necesite. Pero en este momento, está mirándome como si leyera todos los pensamientos indecentes que tengo sobre la mujer que baila delante de nosotros y estuviera pensando en cómo extirparme el cerebro por la nariz.

—Es mi apodo para ella, *Josh*.

—¿De siempre?

—Desde ahora. —Se encoge de hombros.

—¿Cómo la llamabas en la universidad? —insisto sin poder evitarlo.

—Bebé —responde con una sonrisa de suficiencia. Bien, creo que entiendo por qué querría pensar en algo más original esta vez—. Porque eso *era* —agrega y ahora me mira de arriba abajo como si evaluara la posible competencia. ¿Cómo no lo vio antes? Hazel y yo estamos juntos todo el tiempo—. Era mi bebé.

Hazel se voltea y se desploma con las piernas cruzadas frente a nosotros en el momento perfecto.

—¿Quién era tu bebé?

—Tú. —Tyler se frota el mentón algo inquieto y Hazel frunce el ceño de inmediato.

—¿Yo era tu *bebé*?

Me inclino apoyado sobre las manos para contemplarlos.

—Estaba diciéndole a Josh que así te llamaba en la universidad —explica él.

—Ah, ¿sí? —Cielos, la incomodidad es encantadora.

—Sí. ¿Recuerdas? —Tyler me mira y se agita en el lugar.

Hazel frunce la nariz y me mira en busca de mi reacción. Saber que siempre me mira para tener mi reacción, opinión o reafirmación enciende un detonador dentro de mí, y tengo que esforzarme al máximo para no inclinarme y besarla delante de él.

Los técnicos despejan el escenario más cercano, lo que hace que una oleada de aplausos

atraviase el parque. Mi teléfono vibra con un mensaje de Sasha.

–Sasha dice que encontró a unos amigos cerca del escenario y estará allí un rato por si alguien quiere acompañarla.

–¿Quién abrirá? –le pregunta Hazel a Tyler.

Él la mira inexpresivo un momento antes de sonreírle con paciencia.

–Metallica.

–¿En serio? Pensé que serían los artistas principales.

–No. –La expresión de Tyler me da ganas de reír–. Ellos abren.

–No creo poder lidiar con tantos empujones a las diez de la mañana –responde ella con una sonrisa sincera.

Entonces, Tyler me mira a mí, luego a ella, y se levanta para alejarse en busca de Sasha.

En cuanto Tyler se aleja, los dos nos desplomamos en el césped a contemplar las nubes en el cielo.

–Parece que podría llover –comento.

–Esa nube parece una tortuga.

–A mí me parece un tazón de palomitas –sugiero al seguir su mirada.

–Creo que Tyler y tú ya no se agradan –dice en respuesta.

–¿Por qué piensas eso? –pregunto girando la cabeza hacia ella.

–Percibí mucha testosterona en el aire recién.

–¿Cuando te llamó «bebé»? –Vuelvo la vista al cielo–. No lo sé, creo que es el apodo más tonto del mundo.

Quizá sea una exageración, la verdad es que hoy no me agrada Tyler.

–¿Tú nunca has llamado a nadie así? ¿Ni siquiera a Tabby?

–Ni siquiera a Tabby –niego. Ella tararea pensativa a mi lado y se queda callada–. ¿Te divertiste en tu cita el viernes?

–¿Antes de que llegaras? –Percibo la sonrisa en su voz.

–Sí.

–No estuvo mal. Yo no me sentía muy bien y a él le encanta recordar los viejos tiempos, pero parece que se está esforzando mucho y no quiero desanimarlo –explica. Como no digo nada, agrega–: Creo que tenías razón, merecía la pena darle otra oportunidad.

–¿Cuándo te dije que le dieras otra oportunidad? –El aire se congela a mi alrededor. Noto cómo se le enrojece el cuello antes de que gire hacia mí con el ceño fruncido.

–La mañana después de... la última vez que... Dijiste que le diera otra oportunidad.

–Lo que dije fue que si lo estabas considerando, merecía la pena. –La miro desde arriba, apoyado sobre los codos–. Se trata de *ti* y de lo que necesitas explorar, no de él ni de lo que merece ni de lo que *yo* crea que debes hacer.

Lo procesa un rato en silencio antes de apartar la vista.

–Lo más loco de nuestro juego de citas es que me hizo sentir que tengo que comenzar una relación con alguien.

Contemplo su rostro, los mechones de cabello que escaparon de sus moños y la forma en que sé que no se molestó en maquillarse esta mañana, pero se ve increíble de todas formas.

–Creo que los dos sabemos que eso es una tontería.

–Lo sé. Pero es lo que siento.

–Y aunque fuera verdad, no tiene por qué ser con Tyler.

–No. –Gira hacia mí otra vez y recorre mi boca con la mirada–. No tiene que ser con Tyler.

Capítulo veinte

HAZEL

Nos quedamos en silencio durante las primeras canciones de Metallica. De hecho, estamos tan callados que me pregunto si Josh se habrá quedado dormido. Estuve observando a la gente, pero ninguno de los dos le prestó atención al espectáculo real. Cuando le echo un vistazo a Josh, veo que está despierto, pensativo y mirando al cielo.

–No me preguntes en qué estoy pensando –dice con una sonrisa cuando me atrapa mirándolo.

–¡No iba a hacerlo!

–Estoy seguro de que sí.

Tiene razón. Me recuesto de lado, con la cabeza sobre una mano para analizarlo. La luz es perfecta para fotografías: débil pero brillante, con un verde intenso a nuestro alrededor. Me tienta buscar mi teléfono celular para tomarle una de perfil. Adoro la línea recta y suave de su nariz, la curva imponente de sus pómulos, la geometría de su mandíbula.

–Estás mirándome.

Amo tu rostro, pienso.

–Es solo que me gusta saber qué hay en esa cabecita –aclaro con un dedo en su sien. Él se encoge de hombros y acomoda las manos entrelazadas sobre su abdomen.

–Me preguntaba qué habrá traído Sasha en esa cesta.

–¿Tienes hambre?

–La tendré eventualmente y pensé en averiguar dónde están los puestos de perros calientes.

Me río y me extiendo sobre él para espiar.

–Trajo manzanas, apio con mantequilla de maní y algo que parece ensalada de brotes de trigo. No hay sándwiches ni nada que parezca... comida.

Él no dice nada y, dado que tiene antojo de un perro caliente, estoy segura de que nada de lo que hay lo complacerá. Desde mi posición en cuatro patas sobre él, bajo la vista y noto que tiene la vista fija en mi camiseta.

–¿Estás mirándome los pechos?

Sus ojos suben a mi rostro y en lugar de decir algo ocurrente o bromear con que olvidó traer cinta adhesiva para mantener mi camiseta en su lugar cuando comience a beber cerveza, se limita a cerrar los ojos y suspirar.

Su gesto se parece a la derrota, frustración o algo similar a un anhelo incómodo que presiona mi pecho; siento como si tuviera una pila de ladrillos sobre las costillas. Quiero inclinarme y comerle la boca.

Suelto un quejido suave al imaginar el alivio que me provocaría besarlo aquí afuera, que suba las manos a mi rostro para sujetarlo y mantenerme allí sobre él. Por alguna razón, creo que no se alejaría. Veo sus ojos cerrados y me imagino montándome sobre él, sintiendo cómo se tensa debajo de mí y provocándolo sin que pueda hacer nada al respecto.

Son cosas que haces con tu novio y sentimientos que tienes como novia.

Soy la novia de Josh, me quiera o no.

—Josh —lo llamo, acurrucada a su lado.

—¿Sí? —Abre los ojos muy muy despacio y gira la cabeza hacia mí.

Escuchamos voces elevadas y, cuando levanto la vista, veo a Sasha y a Tyler caminando hacia nuestras mantas, sonrientes, sudorosos y sin aliento. Se desploman junto a nosotros, respirando agitados.

La intimidad entre Josh y yo se esfuma como niebla.

—Mierda —suelta Tyler—. Eso fue épico.

Siento una punzada de culpa que me atraviesa porque no le presté atención a la banda que tanto lo emocionaba. Siento que estoy haciendo todo apenas un poco mal hoy.

—Me alegra que la hayas pasado bien. —Me incorporo y, de forma impulsiva, presiono su mano.

—Voy por una cerveza. —Josh se levanta—. ¿Alguien quiere algo? Tyler, ¿una cerveza?

—No bebo —le recuerda.

—De acuerdo —replica Josh con una risa ahogada antes de alejarse.

Sasha lo sigue, y él ni siquiera me mira antes de bajar la pequeña colina en dirección a los puestos de comida.

—¿Puedo preguntarte algo? —pregunta Tyler mientras se sienta.

—Claro. —Se me revuelve el estómago con incomodidad.

—¿Josh y tú alguna vez...?

—¿Qué?

—¿Salieron?

—¿Uno con el otro? —pregunto. Él asiente con la cabeza y yo deduzco que, en realidad, no estaría mintiendo al negarlo—. No, nunca hemos salido.

—A veces parece que hay algo más entre ustedes.

La verdad, la única forma de evitar esta conversación es levantarme cuando empieza a tocar System of a Down y fingir que me emociona muchísimo escuchar sus canciones, que ni siquiera estoy muy segura de conocer. Entonces, cierro los ojos y por quince minutos intento hacer a un lado todas estas emociones.

Bailo para olvidar la sensación de que estoy enamorada de Josh y de que estoy postergando el momento de su rechazo porque sé que me destruiría.

Bailo para olvidar la sensación de que estoy poniendo demasiada energía en esto, cuando debería estar disfrutando del día, del aire y de la música.

Doy vueltas y vueltas y es demasiado divertido; hacía siglos que no me divertía tanto bailando como una maníaca. El aire se siente frío en los brazos cuando me quito el abrigo; sé que la mayoría de las personas están sentadas, pero si supieran lo bien que se siente soltarse y bailar así, con los brazos arriba, la cintura de un lado al otro y el césped húmedo bajo los pies, estarían haciendo lo mismo...

—Hazel.

—¡Ven a bailar! —Giro a verlo en el césped y le extiendo la mano, pero él se ríe incómodo y mira a la familia que nos contempla sonriente desde una manta cerca de nosotros.

–Ven a sentarte –dice con una palmada a la manta.
 –¡Estoy bailando!
 –Es un poco... –se acerca–, vergonzoso.
 La palabra cae con fuerza, impacta como una moneda en una cubeta vacía.
 Entonces así es como se siente.
 Sin perder la sonrisa, me río, incrédula.
 –¿Qué?
 –Eres la única persona bailando aquí. –Se levanta para acercarse–. Ven a sentarte y hablar conmigo.
 –Por favor, dime que no sigues siendo ese tipo.
 –¿Qué tipo?
 –El que fuiste siempre, al que le gusta que sea excéntrica pero no rara, que quiere que baile solo cuando otros estén bailando, al que le gusta contar anécdotas sobre mí pero no recuerda cuánto se quejó cuando sucedieron.
 –No es eso. –Su expresión decae–. Es que estás...
 –¿Divirtiéndome? –Siento fuego en el pecho.
 –¿Tienes que estar tan animada todo el tiempo? –Se encoge de hombros con una mueca–. ¿No podemos pasar el rato y ya?
 –¡Estamos pasando el rato!
 –Es solo que algunas personas estaban mirándote, y no quería que te sintieras avergonzada.
 –Yo no tengo vergüenza.
 –Hazel no se avergüenza –comenta Josh detrás de mí entre risas, pero pierde la sonrisa cuando voltea y ve mi expresión–. Bueno, ¿de qué me perdí?
 –Hazel estaba *bailando* –responde Tyler con énfasis en la última palabra, como si Josh fuera a *captarlo*.
 –¿Y? –Josh no lo capta.
 –Y..., vamos. –Ahora mira a Sasha, pero tampoco tiene idea, solo recoge sus cuarenta metros de cabello en un moño alto y se lo sostiene con las manos.
 –Tú estabas bailando en la pista hace quince minutos –replica.
 –Pero era la pista –explica Tyler, ya sin paciencia.
 –Vete a la mierda, Tyler –exploto, y entonces noto la gorra de béisbol que tiene puesta Josh. Verlo borra mi irritación por un momento; es de un tono amarillo anaranjado (un color casi ennegecedor), con letras negras gigantes al frente que dicen: CURSI. No sé por qué, pero hace que estalle de risa.
 –¿De dónde sacaste eso?
 Josh desvía la atención de Tyler para quitarse la gorra y ponérmela a mí.
 –La vi y pensé que te haría reír. –La mirada de Josh se suaviza, y me mira con tal sonrisa de adoración que es casi dolorosa–. Te ves ridícula. Ojalá la uses todo el día.

–Espera, espera. Entonces, Josh te dio una gorra, ¿y ahí fuiste consciente de que estabas enamorada de él?

Dejo caer un aguacate en mi canasta de compras y le gruño a Emily. Estamos en un receso escolar y yo tengo un poco de malestar estomacal, así que la convencí de que me acompañara a hacer las compras en la mañana. Quizá sea *demasiado* temprano, a juzgar por su expresión.

–¿Estás escuchándome?

—Eso creo. Pero mi mente sigue procesando las primeras palabras que dijiste hace como una hora.

Tiene sentido, porque lo primero que salió de mi boca cuando se subió a Giuseppe, mi Saturno, fue: «Estoy enamorada de tu hermano y necesito que me digas si tengo oportunidad con él». Ella se quedó diez segundos boquiabierta antes de exigirme que empezara por el principio.

Pero ¿cuál es el principio?

¿Será cuando vi a Josh por primera vez en esa fiesta hace diez años y algo en él... me llamó? ¿O cuando fue a mi casa, hicimos figuras de arcilla y descubrimos que Tabby lo estaba engañando?

¿Será la noche ebrios en el suelo de mi casa o la noche de sobriedad, ternura y sueño en mi cama?

Apenas han pasado seis meses desde que empezamos a vernos, pero ya siento que es el árbol más fuerte en el bosque de mi vida y «empezar por el principio» es abrumador.

Empecé por la noche en la que Josh llevó a Tyler a Tasty n Sons. Emily ya sabía gran parte de la historia, lo que me había movilizado y confundido; ahora sé que se debió a que *estoy enamorada de Josh Im*, claro, pero en ese momento pareció algo mucho más complejo. Después le di todos los detalles, desde mi ataque de llanto, la aparición repentina de Josh, el sexo en medio de la noche, hasta la mañana siguiente, cuando sentí que tenía la cabeza llena de algodón, y Josh me dijo que le diera otra oportunidad a Tyler.

Resoplo otra vez.

—Tyler acababa de decirme que lo avergonzaba, y después Josh apareció con esta gorra absurda. —La señalo, porque la sigo teniendo puesta—. Y me dijo que me veía ridícula y que no me lo quitara. ¿No lo entiendes?

—Sí, lo entiendo. —Emily se detiene frente a una cesta de plátanos.

—¿Y? ¿Josh me aplastará el corazón como a una uva?

—¿Quieres saber si también está enamorado de ti? —pregunta con cuidado. Asiento con la cabeza, porque tengo el corazón en la garganta y no creo poder decir otra palabra con la pregunta expuesta de ese modo entre nosotras—. Sé que siente algo y que intentaba definir qué y qué te pasaba a ti. —Cambia su canasta de brazo y se estremece—. No quiero darte falsas esperanzas diciendo que creo que siente lo mismo, porque tuvo mucho cuidado de no... ser muy detallista con sus sentimientos frente a mí.

Yo resoplo.

—¿Por qué no se lo preguntas? —sugiere ella.

—¿Porque soy una cobarde? —respondo, aunque creo que eso ya había quedado en claro. Como no se lo traga, intento otra vez—. Porque preguntárselo podría arruinar lo que tenemos.

—Hazie, sabes que odio pincharte el globo, pero no creo que nada vuelva a ser como antes: ya tuvieron sexo. *Dos veces*. La mayoría de los amigos no tienen sexo. Punto. —Voltea con el ceño fruncido y comienza a alejarse—. Eso me recuerda que necesito tampones.

El color de la mercadería en las estanterías se vuelve difuso y no registro el caos a mis pies hasta que veo a Emily de rodillas, extendida para volver a guardar las cosas en mi canasta.

—Hazel.

—Mierda. —Tengo el corazón cerrado como un puño y me golpea con fuerza, mientras que una sensación vertiginosa me sacude el estómago.

Emily se levanta con mi canasta, pero no puedo hacer foco en ella porque siento el corazón palpitándome en los ojos.

—¿Estás bien?

—No. —Cierro los párpados e intento deshacerme del pánico que los nubla. Al abrirlos, miro a Emily—. Hace dos meses que no... menstrúo.

Capítulo veintiuno

JOSH

Emily y Dave no están en su casa cuando llego con el contenedor gigante de *kimchi* y la bolsa de diez kilos de arroz que les envió *Umma*. Si Hazel piensa que yo soy un obsesivo del orden, no sé qué dirá de mi hermana. La casa inmaculada parece salida de una revista: la decoración sencilla consta de muebles de mitad de siglo, que sé que Emily ha reunido con cuidado durante los últimos diez años, flores frescas en jarrones, pinturas originales y apliques de luz a la moda en las paredes.

Y el brillo prístino de las encimeras facilita que vea la nota que me dejó: «J: Salí. Dave debería volver enseguida. Si *Umma* envió arroz, llévatelo. No necesito. E».

Sonrío con malicia al guardar el arroz en la despensa de todas formas, junto a cuatro bolsas más del mismo tamaño. La situación en mi casa es similar, no me llevaré la bolsa bajo ningún concepto. Para guardar el *kimchi* en el refrigerador tengo que cambiar de lugar el contenedor de carne asada que sobró del viernes por la noche. Después de un plato de sobras y una cerveza, todavía no volvieron.

Emily suele fastidiarme con que no tengo suficientes amigos hombres... ¿se referirá a esto? ¿A que estoy sentado en su casa, comiendo sobras de su refrigerador y mirando el reloj con el ceño fruncido porque están fuera a las seis de la tarde de un día de semana?

Llamo a Hazel, pero va directo al buzón de voz.

Con Emily, lo mismo. ¿*Todos* tienen una vida excepto yo?

Sé que el hecho de estar rodeado de señales del matrimonio feliz de mi hermana potencia mi inquietud. Hay fotografías de su viaje a Maui en una mesa auxiliar; una pintura que Dave le hizo cuando se conocieron cuelga de la pared del corredor; los zapatos de ambos están alineados a la perfección en una repisa junto a la puerta del garaje.

Mi casa está limpia, mis muebles son agradables, pero el lugar parece una cámara de aislamiento últimamente. Hay demasiado silencio y nunca creí pensar esto, pero extraño tener a Winnie en casa. Echo de menos esos ataques de energía que le daban todas las tardes alrededor de las cinco, en los que corría como loca por toda la casa antes de desplomarse a mis pies.

Extraño tropezar con zapatos al cruzar la puerta.

Echo de menos a Hazel. Compraría extintores de incendios para toda una vida y comería *crêpes* quemadas a diario con tal de tenerla de vuelta.

Podría ser diferente. *Somos* diferentes ahora. No es solo una nueva amiga, es mi mejor amiga. La mujer que amo. Podríamos tener charlas infinitas frente a una taza de café o sobre una

almohada compartida hasta entrada la madrugada. Ella podría llevar a toda su granja de animales, y creo que estaría bien. Construiríamos un hogar.

La idea me provoca tal dolor en el pecho que me pongo de pie para lavar mi plato y luego comienzo a andar en círculos por la casa. De forma impulsiva, tomo mi teléfono para enviarle un mensaje a Dave.

¿Quieres ir por una cerveza?

¿En Bailey's a las 8?

Respondo con un pulgar arriba y voy al baño antes de salir. Emily colgó una pintura de la ciudad natal de *Umma* y *Appa* en la pared; tiene un bosque frondoso y un arroyo junto a una casa. Me pregunto qué sentirá *Umma* al verla colgada en el baño.

Pero después, cuando bajo la vista para jalar la cadena, el cesto de basura a la izquierda llama mi atención: dentro hay una pila de tiras de plástico blanco.

Creo que sé lo que son.

Y creo saber qué significa el signo más de color azul en cada una de ellas.

No te corresponde decir nada.

No te corresponde decir nada.

Me repito el mismo mantra de camino a Bailey's.

Dave podría no saber que su esposa está embarazada. Y si lo sabe, pero no lo menciona, sin duda no me corresponde a mí decir nada.

Santo Dios, mi hermana está embarazada. Va ser madre; y yo, tío. La felicidad casi me deja sin aliento. Pero tengo otra sensación, un peso en mis entrañas que, aunque odie admitirlo, es de celos.

Emily fue la primera en casarse. Como hermano mayor, me lo tomé con calma y me recordé que la tradición no nos afectaba de la misma forma. Toda la familia le dio la bienvenida a Dave y la boda fue increíble.

Pero ahora está embarazada, y yo... ¿qué? ¿Enamorado de una mujer que no sabe lo que quiere? ¿Que cree que no es adecuada para mí? No estoy asentado, mucho menos cerca de formar una familia. Y mis padres no se hacen más jóvenes. Aunque soy flexible con muchas tradiciones, no quiero dejar de lado la responsabilidad del hijo mayor de recibir a los padres en casa cuando sean ancianos. *Umma* no diría nada, pero sé que no le gustaría que yo siguiera soltero cuando eso pase.

Estaciono fuera del bar y apoyo la cabeza sobre el volante. Quería encontrarme con Dave para compartir una cerveza y pasar el rato, pero ahora tengo *esta* carga y ni siquiera podemos hablar de eso.

Él ya está en la barra con una cerveza, mirando el televisor que cuelga de una pared. SportsCenter está retransmitiendo el clásico del sábado (los Patos de la Universidad de Oregón contra los Castores de Utah), y sé sin mirar que los Patos ganaron sin dificultad.

—Hola. —Dave deja la cerveza para darme una palmada en el hombro.

—Llegaste rápido.

—Los dioses del tráfico estuvieron de mi lado, y no te das una idea de lo mucho que me motivó pensar en una cerveza.

—¿Fue un mal día?

—Los maestros no trabajaban hoy, así que tuve que reunirme con un padre. —Bebe un trago—. Es parte del trabajo, y de verdad me encanta estar con los niños todo el día, pero estaría mejor sin todo lo demás. Creo que tu hermana salió de compras.

Asiento con la cabeza e intento no sonreír como Em me acusa de hacer cuando oculto algo. Sentirme tan nervioso no ayuda en nada; no solo estoy alterado por el asunto de estar enamorado de Hazel, sino que sigo impactado por haber visto todas esas pruebas de embarazo. ¿Una no era suficiente? Debía de haber al menos cinco.

Todavía no lo puedo creer. Dedico un segundo a imaginármelo: Emily embarazada, el bebé, a quién se parecerá, a *Umma* y *Appa* locos de felicidad.

—Pareces pensativo —comenta Dave.

—Sigo digiriendo lo que comí en tu casa —me excuso y tomo algunos maníes japoneses del tazón que hay entre los dos.

—¿El trabajo marcha bien? —se ríe.

Le agradezco a la camarera que sirve mi cerveza y respondo:

—De hecho, sí. El trabajo va muy bien. —Y es la verdad. Estamos pensando en contratar a un nuevo fisioterapeuta porque hay mucha demanda. Eso aumentaría las ganancias y también me permitiría tomarme más tiempo libre de la práctica. Amo mi trabajo, pero suelo trabajar entre diez y once horas al día para asegurarme de ver a todos los pacientes, y si Hazel y yo...

Pongo un freno a ese pensamiento antes de terminar de formularlo.

—De hecho, estaba pensando que quizá tenga que conseguir una casa más grande pronto. Hace un rato visité a mis padres... y *Umma* luce tan pequeña.

—Sí, parece estar encogiéndose —admite Dave con una sonrisa—. Pero... —agrega con el ceño un poco fruncido—, sé que esto va en contra de la tradición, así que puedes ignorarme si te parece insultante, pero sabes que a Em y a mí nos encantaría recibirlos en casa.

—Ah, no es necesario. —La idea hace que se me desplome el corazón.

—Es decir, es probable que nunca tengamos hijos. Y tenemos mucho espacio. Sería un desperdicio.

Levanto mi cerveza y bebo la mitad en dos o tres tragos largos.

Así que Dave no sabe que Em está embarazada. Y él no espera tener hijos ahora, quizá nunca. Una llama protectora se enciende en mi pecho. ¿Em está pasando por esto? Mientras él piensa que está de compras, ¿ella está enloqueciendo en algún lugar?

De repente, me percató de que mi silencio se volvió grosero.

—Sé a lo que te refieres y valoro la oferta, de verdad. Pero ansío cumplir con esa tradición. —Intento explicárselo sin sonar desagradecido ni lanzarle la bomba del bebé—. Para mí es un honor recibirlos. —Él asiente y abre la boca para decir algo, pero necesito cambiar de tema rápido—. Creo que tengo que hacer algo respecto a Hazel.

—¿Algo como qué? —Dave se queda rígido a mi lado.

—Estoy enamorado de ella. —Respiro hondo—. No creo que vuelva a ver a Tyler, así que me pregunto si debería decírselo.

—Bueno. —Él levanta la cerveza despacio, bebe y traga—. Sí, quizá deberías decírselo.

La respuesta no es muy alentadora de por sí; ¿cuánto sabe Dave de todo esto? ¿Por qué no está más sorprendido? ¿Conoce mejor que yo los sentimientos de Hazel? ¿Hazel habrá hablado con Emily, y Emily luego habló con Dave?

—A menos que creas que está indecisa —sugiero en busca de una reacción que después analizaré hasta la locura—. Es decir, tuvimos la oportunidad de estar juntos y la última vez que intenté tocar ese asunto todavía parecía afectada por la presencia de Tyler.

—No... —comienza, pero niega con la cabeza.

—¿Qué? —Me acerco una milésima de centímetro.

Él parece estar eligiendo las palabras con mucho cuidado, y no sé si es que no sabe nada o si no deja de desviar la vista al techo porque le gusta mucho la arquitectura.

—No creo que haya estado confundida por Tyler en sí.

—Bueno... —Busco el sentido implícito en esas palabras—. No sé qué significa eso.

—Hazel es salvaje —dice mirándome de frente.

—Sí. ¿Y? —replico confundido, eso lo hace reír.

—Y es quien es. Es... Hazel. —Se encoge de hombros con una sonrisa de adoración genuina—. No hay nadie como ella.

¿A dónde quiere llegar?

—Coincido contigo...

—Pero a veces... tengo la sensación de que... es demasiado consciente de que es diferente a otras mujeres. Nunca cambiará, pero sabe que es poco convencional y que es mucho para procesar.

—Sí, estoy de acuerdo. —Sigo mirándolo confundido. Pensamos lo mismo—. Pero ¿qué tiene que ver eso conmigo o con Tyler?

—Hasta donde sé, Hazel te venera, de una forma bastante excepcional, desde la universidad —explica tras otro trago de cerveza.

La confusión se despeja y entiendo lo que intenta decir.

—Así que no está segura de ser adecuada para mí. —La escuché decir eso.

—Sí, algo así —aclara, moviendo la cabeza de lado a lado—. También quiero decir que tu opinión le importa más que la de cualquiera. Si las cosas no funcionan con Tyler, era de esperarse. Pero si no funcionan contigo, es obvio que es por cómo es ella.

—Pero *adoro* como es.

Estoy en un callejón sin salida. La amo y no hay marcha atrás.

Dave termina su cerveza y contempla la barra un momento. Cuando levanta la vista, tiene los ojos irritados.

—Entonces deberías decírselo, amigo.

Capítulo veintidós

HAZEL

Hace veinticuatro horas que tengo en la mano el papel más importante de mi vida. En el bolsillo de mis vaqueros se doblaría en miles de lugares; mi bolso es como el de Mary Poppins, así que de seguro lo perdería para siempre ahí dentro. Siento cómo la hoja se debilita en mi mano sudorosa de tanto tocarla, pero no puedo soltarla.

Estoy obsesionada con la fotografía del ultrasonido. En cuanto la dejo sobre la mesa, la encimera o la mesa de noche, quiero volver a tomarla para leer las letras blancas sobre el fondo negro otra vez.

BRADFORD, HAZEL

12 DE NOVIEMBRE

9 SEMANAS 3 DÍAS

Después, mi mirada baja a la mejor parte: un adorable bulto diminuto, una figura blanca nebulosa en un mar negro. Nueve semanas y tres días y ya es el amor de mi vida.

Cuando me llevo la mano al estómago, mi pulso se dispara como una estampida. El embrión en la imagen luce como una pequeña golosina, acurrucado en forma de C. *Mi monstruito*, pienso. Mi dulce monstruo, con sus latidos agitados, sus brotes como extremidades, que es mitad yo, mitad Josh Im.

No es mi reacción preferida, pero las náuseas me revuelven el estómago y apenas hago a tiempo para dejar el papel preciado sobre la encimera antes de correr al baño, donde pierdo la galleta y los tres sorbos de agua que tragué hoy. Parece que no era malestar estomacal después de todo.

Cuando me termino de cepillar los dientes (y estar a punto de vomitar otra vez), vuelvo a la cocina. Tengo un mensaje de Josh.

¿Estarás en casa esta noche?

Si no hubiera vomitado la galleta, probablemente lo haría ahora. Escribo la respuesta con una mano temblorosa.

Miro la imagen otra vez y siento el corazón colmado.

Después de haber conseguido una cita de urgencia con mi médica, de hacerme un examen de sangre y una ecografía en el consultorio (en la que Emily me sostuvo la mano húmeda y ambas lloramos desconsoladamente cuando el monstruito apareció a la vista), me concedí veinticuatro horas para procesar la noticia e hice que Emily jurara mantener el secreto.

A lo que respondió: «Ya le escribí a Dave y lo siento. Pero si crees que le contaré a mi hermano que embarazó a nuestra mejor amiga, estás loca».

Hoy me pedí el día libre en el trabajo y me lo pasé caminando por el vecindario, mirando la fotografía de tanto en tanto. Estoy enamorada de él.

Estoy enamorada de Josh.

Y estoy embarazada.

Ayer, cuando llegué, estaba sudorosa, en pánico y vomité. Ahora, cuando miro la imagen, me siento extasiada.

Bueno, extasiada debajo de todas las cosas extrañas y agotadoras que le están pasando a mi cuerpo. La doctora Sanders me dijo que no buscara en internet los síntomas del embarazo (que era un campo minado de pánico) y, en su lugar, me dio algunos folletos y me recomendó libros. Pero estoy segura de que todas las personas a las que les dio ese consejo también lo ignoraron. Dicho eso, internet explica que es normal estar cansada el primer trimestre.

Por eso, cuando Josh llama a mi puerta, estoy tendida en el sofá con una pierna sobre el respaldo y lo único que puedo hacer es responder como un zombi: «Está abierto».

Josh entra, se quita los zapatos y saluda a Winnie cuando corre hacia él. Tan solo verlo en mi apartamento me alivia al punto de tener que contener un sollozo. Llegó con flores en la mano y con mi camisa púrpura preferida. Cuando me siento, me percaté de que no esperaba al Josh elegante; yo estoy hinchada, con una camiseta vieja de Lewis & Clark, pantalones recortados y manchados de pintura y el cabello recogido debajo de la gorra naranja.

Por algún motivo (es decir, embarazo, ja, ja), siento que se me cierra la garganta otra vez.

—Te ves bien.

—¿Te sientes bien? —Josh rodea el sofá, se sienta a mi lado y me lleva la mano libre a la frente por debajo de la gorra.

Esa es la pregunta del millón.

—Sí.

—Te ves...

¿Embarazada?

—¿Hinchada?

—Iba a decir sonrojada —responde con una sonrisa.

Si le voy a decir que estoy embarazada de él, debería ser fácil empezar por admitir algo más simple. Pero mis palabras suenan roncas:

—Quizá sea porque estoy demasiado feliz de verte.

Su mirada baja a mis labios, por lo que la mía le recorre el rostro, la nariz, la mandíbula, los pómulos y vuelve a sus ojos.

—Yo también estoy feliz de verte. —Se inclina hacia mí, un poco falto de aliento, y me da un beso en la mejilla. Me cepillé los dientes, pero espero ya no tener aliento a vómito—. Estuve pensando en ti todo el día.

¿Lo hizo? Un rayo me atraviesa el pecho.

–Ah, yo también.

Se ríe como si creyera que ha sido un chiste y se levanta para buscar un jarrón para las flores.

–Está en el horno –le digo... y podría significar *tantas* cosas en este momento.

Nos quedamos en silencio, sin duda Josh se quedó congelado para procesarlo, pero después el crujido de la puerta del horno lo interrumpe.

–Ajá –lo escucho decir por lo bajo.

–Si los dejo sobre el refrigerador, Vodka se para en el borde y los tira –le explico.

–Tiene sentido. –Abre el grifo y escucho cómo llena el jarrón.

¿Tiene sentido? ¿Es lógico que guarde los jarrones en el horno cuando no los uso para que mi loro no los tire? Es de la clase de cosas que otras personas cuestionarían, pero no Josh.

Él nunca, ni una sola vez, me pidió que fuera alguien que no soy.

Vuelve con las manos vacías a su lugar a mi lado en el sofá y levanta mis piernas para colocarlas sobre las suyas. Es la primera vez desde que somos amigos que me toca y soy superconsciente de lo poco sensual que me veo.

–No me rasuré –suelto.

–No importa –afirma y acaricia mi pierna de todas formas.

–Me duché, pero después... –señalo la gorra en mi cabeza–, no tuve ganas de nada.

–No me importa cómo luzcas. –Sigue bajando las manos hasta hundir los pulgares fuertes en el arco de mi pie. Mis ojos se desorbitan por el placer.

Este intercambio es nuevo. Esta clase de contacto y las sonrisas incómodas. Sé que yo me estoy comportando como una completa idiota porque estoy embarazada y enamorada, pero ¿él por qué?

–¿Qué pasa contigo? –le pregunto en voz baja–. ¿Por qué me masajeas, me traes flores y te ves tan adorable?

–Ajá, sí, sobre eso. –Se aclara la garganta y baja la vista a las manos sobre mi pie. Después vuelve a mi rostro–. ¿Volverás a salir con Tyler?

–Nop –digo con una risotada.

Él asiente con la cabeza sin parar, al tiempo que pasea la mirada por mis piernas, caderas, torso, pecho y rostro.

–Entonces, ¿saldrías conmigo alguna vez?

Toda la vida pensé que tenía un corazón dentro de mi pecho, pero la fuerza de los latidos en mi interior no puede ser un solo órgano. Sabía que le atraía lo suficiente para tener sexo (dos veces), pero no como para salir conmigo.

–¿En una cita?

–En una cita. –Sube la mano por mi pierna y mi rodilla hasta el interior del muslo, donde dibuja círculos enloquecedores con el pulgar–. Pero solo tú y yo esta vez.

Así de repente, me convertí en un charco de agua caliente. El corazón se me subió a la garganta.

–¿Quieres quedarte esta noche?

–Sí –responde sin dudarlo.

–En una pijamada sin pijama.

Él se acerca hasta que nuestras respiraciones se fusionan y me quita la gorra con cuidado y la arroja al suelo.

–Sabía a lo que te referías. –Me peina el pelo con los dedos y me mira a los ojos por una fracción de segundo antes de terminar de acercarse para borrar mi desconcierto con un beso.

Aunque no es nuestro primer beso, en cierto modo se siente como si lo fuera. Sí, conozco su

boca, pero nunca experimenté esta emoción, la presión controlada, la forma en la que me acuna el rostro para poder moverlo a su antojo, para poder inclinarse hacia el frente mientras yo me reclino, hasta quedar sobre mí, con sus pantalones de vestir contra el interior de mis muslos.

–Tengo algunas cosas que decirte –confieso contra su boca.

–Yo también.

–Cosas *importantes* –énfatizo.

–Digámoslas después, ¿sí? No tenemos prisa.

Siento una pulsada de ansiedad, porque necesito decírselo, pero «Estoy embarazada» es digno de una conversación muy intensa. Y ahora, su cuerpo parece coincidir con la mitad inferior del mío en que el sexo puede ir primero, ningún problema. Además, no es que pueda embarazarme más.

Mi ropa parece desintegrarse en cuanto la toca. No recuerdo haberme quitado la camiseta ni a mis pantalones saliendo por mis pies. Nuestras miradas se encuentran, y estoy segura de que él ve la obsesión en la mía, porque sonrío y después se echa a reír cuando observo boquiabierto cómo se desabotona la camisa *muy* despacio. Lo ayudo desde la parte inferior, nuestras manos se encuentran en el centro y la bajamos juntos por sus brazos. Sus hombros se sienten cálidos y duros cuando intento acercarlo a mí otra vez, pero él se resiste y se baja los pantalones hasta dejarlos como un charco en el suelo.

–¿Josh?

–¿Hazel? –tararea mientras me besa el cuello.

–¿Esto será del estilo «Ja, ja, lo haremos por tercera vez»?

–Para mí, no –responde y me recorre la clavícula con los dientes–. Para mí es del estilo «Lo haremos una y otra y otra vez». –Me da un beso suave en los labios–. Quiero que estemos juntos. No solo como amigos. ¿Está bien?

–Sí. –Se me estruja el corazón.

–Pero no quiero hacerlo en el sofá.

–¿Jamás?

Sigue besándome el mentón, el cuello, la oreja.

–Claro, con el tiempo bautizaremos cada uno de los muebles, pero ahora... –Se levanta para señalar la habitación con la cabeza.

Imagino una nube de humo de caricaturas detrás de mí cuando salgo corriendo a toda velocidad. Por supuesto que él lo hace con más tranquilidad y llega unos segundos después de que me haya lanzado hacia el centro del colchón. Recuperé la energía como por arte de magia.

–No quisiera sentir que te *arrastré* aquí –bromea.

Pero mi sonrisa dura un suspiro, porque la situación se vuelve intensa en cuanto apoya una rodilla sobre la cama, entre mis piernas.

Josh Im.

Josh Im está en mi cama, a punto de desnudarse y, según parece, a punto de hacérmelo muy pero muy meticulosamente.

–Me preocupa hacer demasiado ruido –baluceo sin aliento.

–Ese no sería un problema. –Sus manos captan toda mi atención y me concentro en la sensación de sus dedos deslizándose mi ropa interior por mis piernas; en la forma en que me mira; en el calor de sus palmas en mis rodillas, que separa para ubicarse en medio.

El nudo en mi interior comienza a estirarse, a soltarse, al tiempo que empiezo a pensar que este embarazo podría no ser para nada malo. Quizá sea lo mejor. Me imagino que mañana por la mañana se levantará de mi cama, desnudo, con el cabello parado como una selva sedosa. Me

imagino besándolo y olvidando lo que se supone que debería estar haciendo antes de recordarlo otra vez.

Josh silencia el resto de la idea acariciándome las piernas de arriba abajo, torturándome, llevando la tensión que siento hacia mi bajo vientre, haciendo que desee tanto que me toque que es doloroso. Me levanto sobre un codo con intención de devolverle la provocación, y él se ríe con incredulidad cuando lo toco sobre la ropa interior. Se siente caliente bajo mi mano, firme como el acero.

—Estás tan duro. —Soy experta en señalar lo obvio.

Él observa mis manos cuando bajo el elástico, pero después de liberarse de su ropa interior, no hace lo que yo esperaba. No se monta sobre mí, entre mis piernas; en cambio, desciende, me besa el interior de cada rodilla, me besa el interior de un muslo y después, el otro. Su aliento se siente cálido cuando vuelve a subir, ahora a centímetros del centro donde se concentraron mis palpitaciones. Y, desde ese lugar entre mis piernas, me mira.

—¿Está bien?

—¿Qué? Sí. Claro que sí. —A decir verdad, es una tortura contener el impulso de aferrarlo del cabello para llevarlo hacia mí.

Él me mira con una sonrisa que no había visto antes. Es una sonrisa peligrosa, como la de un villano de película, el seductor, el que te robará, pero primero te dará un sexo increíble.

Y luego desciende sobre mí, me besa entre las piernas, y mi cuerpo se convierte en una bomba de tiempo.

Comienza por besos suaves, desde la parte más baja, donde estoy mojada y ansiosa hasta el detonador que enciende con la presión dulce de su boca. Siento cómo me abre, el calor de su exhalación en el punto más sensible cuando gime. Me deja sin cordura con la lengua, pero, intencionalmente, evita el lugar donde la necesito, lo rodea, se desliza dentro de mí, curva la lengua hacia arriba provocadoramente, cerca del objetivo, con círculos lentos y seductores.

La tensión de mi cuerpo es tan fuerte y la necesidad tan profunda que me provocan dolor. Necesito su lengua *ahí*, lo quiero a él dentro de mí y siento que podría salirme de mi piel por la desesperación de sentirlo.

—Por favor.

—¿Eh? —Se aleja un centímetro y hace que me lamente por el tormento cuando vuelve a besarme los muslos.

—Josh. —Llevo la mano a su cabello para enviarle señales al cerebro debajo de él: *Chúpame. Chúpame.*

—Podría perder la cabeza aquí.

—Eso no estaría nada mal —respondo con la voz tensa. Llevo la otra mano a mi propio cabello y lo jalo para contener un grito.

Presiona los labios cálidos en la cima de mi muslo y siento cómo me tiemblan las piernas contra sus manos mientras susurra.

—¿No te gusta que me tome mi tiempo?

—Ahhh. Ay, Dios. Sí, me gusta —sueno como si hubiera corrido un maratón.

—Eres como seda en mis labios. —Sus palabras y el calor contra mi piel me derriten el cerebro. Y después Josh, bestial, succiona una porción diminuta de mi muslo interno. Podría jurar que sonrío al decir—: Estás temblando.

—Lo sé... porque quiero... —La fuerza de este deseo parece llevar un sollozo a mi garganta, y siento mis latidos por todas partes, golpeando contra mi piel.

—¿Quieres...? —Entonces, desciende sobre mí con la boca abierta, y los ojos cerrados, y la

succión borra toda la coherencia que quedaba en mí.

Me han hecho sexo oral antes, pero nunca así, con tanta concentración y precisión. Su boca se fija en mí, succionando con cuidado mientras él tararea. No juega, muerde ni lame alrededor, tampoco presiona los dedos con brusquedad dentro de mí. Permanece en ese punto, pero creo que apenas pasaron segundos cuando siento un cambio dentro de mí, un movimiento de la marea y el ascenso de una ola. Cuando gime (un sonido espontáneo y alentador), la ola rompe y caigo con ella, con la cabeza contra la almohada y el cuerpo curvado de placer.

Paso al menos treinta segundos incapaz de formar palabras, tendida en la cama en una posición que espero que se parezca más a la de una diosa acostada que a la de un vagabundo desmayado, aunque no me perturba.

—Esa fue la experiencia sexual más enloquecedora de mi vida.

—Bien. —Se ríe mientras me besa el muslo.

—No quiero saber dónde aprendiste esa técnica en particular.

Él no se molesta en discutirlo, solo dibuja un camino de besos desde mi ombligo hasta mis pechos, donde se detiene a jugar un momento, mientras mi mente vuelve a ponerse en órbita. Mis pechos están suaves y sensibles en extremo, pero la invasión cuidadosa de su lengua y sus manos hace que mi cuerpo se olvide de que acaba de correrse hace menos de dos minutos. Impaciente, lo jalo por los hombros.

—Ven aquí.

—Me gusta estar *aquí* —dice entre mis pechos, pero sube de todas formas, de rodillas entre mis piernas. Después de dudar un segundo, agrega—: Podemos usar condón si quieres. No quiero que sientas que la responsabilidad es solo tuya.

Es un gran esfuerzo no soltar una risita histérica, seguida por «Bueno, ahora que lo mencionas...».

—No te preocupes. —Decido ir por esa opción.

—¿Segura?

—Sí. —Respiro hondo. *Mañana*.

Él permanece allí, recorriendo mi cuerpo con la mirada, acariciando mis muslos.

—Hace tiempo que quería esto. —Tras una pausa, explica—: Es decir, tener sexo así.

—Yo también. —El puño presiona más mi corazón.

—¿Por qué no me lo dijiste? —Su voz suena cargada de frustración, quizá por todo el tiempo perdido.

—¿Por qué no lo dijiste *tú*?

—Pensé que querías estar con Tyler.

—Yo pensé que estarías mejor con... otra persona.

—¿Con quién? —pregunta con el ceño fruncido.

—Alguien menos Hazel.

—¿Podemos hablar de eso?

—¿Puede ser después del sexo? —Sus manos no dejan de subir y bajar lento, arriba y abajo por mis muslos y por mis caderas, y estoy derritiéndome sobre las sábanas.

—No. ¿Me escuchas?

—Apenas.

—Eres perfecta para mí.

—¿Lo soy? —Nace una estrella debajo de mis costillas.

—Lo eres —afirma con la mirada firme en mí. Sigue observando mi rostro unos segundos antes de continuar con la exploración de mi cuerpo desnudo. Es una estatua posada sobre mí, de

hombros anchos, pecho suave y prominente, vello negro debajo del ombligo y en el miembro perfecto y erecto. Me hace pensar en varas de acero, en perfiles de construcción, en ingeniería de precisión y...

–Te quedaste mirando –me avisa en voz baja.

–Porque eres perfecto ahí.

–¿Ahí? –Me encanta cómo su voz delata la sonrisa.

–En todos lados, pero ahí en particular. –Lo señalo, y él atrapa mi mano, la levanta sobre mi cabeza y la presiona contra la almohada para inclinarse sobre mí, entonces su miembro roza el interior de mi muslo—. Estaba pensando que se ve como mi dildo preferido.

–Nunca me habían hecho ese cumplido –responde. Abro la boca para seguir, pero se acerca para besarme una vez—. Haze, te amo, pero perderé la cabeza si no me acercas a ti pronto.

Ambos nos quedamos quietos, al tiempo que sus palabras hacen eco entre nosotros.

¿Me ama?

Lo miro, y la emoción sube desde mi estómago, me atraviesa el pecho y llega a mi garganta. Me muerdo el labio, pero ni siquiera mis dientes pueden contener la sonrisa. Se escapa, él la ve y responde con otra sonrisa, que es de alivio al principio, pero luego se vuelve seria.

–En serio –reafirma.

Su expresión está cargada de emociones crudas. La verdad es que nunca nadie me ha mirado de este modo... Es más que deseo, es *necesidad*.

Llevo la mano a su nuca para atraerlo, al mismo tiempo que se deja caer sobre mí para cubrir mi boca con un gemido suave de la suya. Con un movimiento de cadera, se posiciona y ambos suspiramos cuando me penetra profundo.

No es suave, ni siquiera para empezar. Mece sus caderas contra las mías y, en poco tiempo, comienzan a impactar mientras gime con cada embestida. Luego se levanta con un gruñido, enlaza mis piernas con los brazos y me abre a su antojo. Los sonidos que emite son rítmicos, hoscos y algo en ellos, en la vibración de su placer, hace que mi cuerpo se abra todavía más. Empuja dentro de mí, haciéndomelo con fuerza...

–Jimin.

Pierde un poco el ritmo y suelta una risotada contra mi cuello.

–Es la primera vez que lo pronuncias bien –jadea.

Celebraría, pero mi orgasmo está a la vuelta de la esquina.

Ya.

Mi espalda se arquea sobre el colchón cuando acabo. Josh gime palabras suaves de aliento mientras el placer estalla dentro de mí, me atraviesa y me recorre hasta que, finalmente, siento cómo todo su cuerpo se tensa; dentro de mí, debajo de mis manos, contra mis muslos. Escucho cómo se le cierra la garganta, cómo exhala un «Sí» de alivio y luego emite un gemido extenso y tembloroso, presionado dentro de mí.

Después, libera mis piernas con cuidado, desciende para que nuestros pechos sudorosos se unan y me besa entre jadeos.

–Planeaba que fuera más hacer el amor que... sexo desesperado.

–No me escucharás quejarme. –Una pequeña oleada de excitación me recorre al escucharlo hablar sucio.

Sale de mí con cuidado, observando su cuerpo mientras yo observo su rostro. Adoro la pequeña arruga en su ceño y el gemido suave que emite al despegarse de mí.

Pero la arruga se profundiza, y baja la mano para tocarme.

–¿Te lastimé?

—No.

—¿Segura? —Levanta la vista y me muestra sus dedos—. Estás sangrando.

No entres en pánico.

No entres en pánico.

De camino al baño, tomé mi teléfono, y ahora estoy sentada en el retrete, desesperada, buscando en internet «sangrado en el embarazo».

Los resultados son alentadores; al parecer, es normal y sucede en alrededor de un tercio de los embarazos. En especial durante las primeras semanas.

Pero también puede ser señal de que algo anda mal.

Y no fue poca sangre. Manché todas las sábanas.

Y ahora no puedo respirar.

Llamo al número de emergencias de la clínica y le hablo lo más bajo que puedo.

Sí, de nueve semanas.

Sí, vi al médico ayer.

No, no tengo cólicos.

Después de algunas palabras tranquilizadoras, me dicen que intente no preocuparme, que descanse y que vaya mañana por la mañana.

—¿Haze? —Justo cuando termino la llamada, Josh me llama al otro lado de la puerta.

—Sí. —Intento sonar lo más tranquila posible—. Estoy bien.

Santo Dios, ¿qué hago? Él me ama. No creo que se enfade porque estoy embarazada. El instinto y lo mucho que conozco la mente de Josh me dicen que, en realidad, estará muy feliz. Quiere formar una familia. Pero ¿si pierdo el embarazo? Sé que sucede todo el tiempo, entonces, ¿merece la pena que se lo diga y que se haga ilusiones de que todo estará bien cuando podría perder a mi monstruito? Mierda, de solo pensarlo quiero arañar las paredes. ¿Y si lo pierdo? ¿Y si lo pierdo?

Cierro los ojos con fuerza y respiro profundo.

—Hazel. —Escucho cómo deja caer la cabeza contra la puerta—. Lo siento mucho.

—No fuiste tú —chillo. Tomo aire y me levanto para mojarme un poco el rostro.

Se queda en silencio.

—Estoy seguro de que *fui* yo y el sexo fuerte —dice después—. ¿Puedo pasar y, bueno...?

Ah, mierda, es verdad, él está manchado de sangre. Abro la puerta, él entra y me da un beso.

—¿Estás lastimada?

—No. ¡Estoy perfecta!

—Bien. —Después de otro beso, se extiende detrás de mí para abrir la ducha.

—Lo siento —murmuro con el rostro apoyado entre sus omoplatos.

—¿Por qué? —Él voltea y levanta mi rostro para que lo mire.

—Por ensuciarte y por salir corriendo de la cama.

—Eso no importa. Quería asegurarme de que estuvieras bien.

Díselo.

Díselo.

Habla con la doctora Sanders primero.

—Estoy bien.

Él se inclina para darme un beso suave, luego se mete en la ducha y me lleva con él.

La habitación se llena de vapor mientras hace espuma con el jabón entre sus manos, lo frota

por mis hombros, pechos, entre las piernas y muslos y luego lava su propio cuerpo.

Al observar cómo se lava el abdomen, el miembro y el pecho, noto la forma en que las gotas de agua se acumulan en sus pestañas y luego caen como lluvia.

–Dijiste que me amabas.

Él levanta la vista y parpadea para despejar el agua. Sus pestañas son largas y tupidas; es hermoso.

–Lo hice –afirma y me da un beso en la nariz.

Me extiende hacia su boca, que se siente resbaladiza contra la mía, y su lengua sabe a agua. Lleva la mano a mi espalda, desciende por el centro, acaricia, siente y vuelve a subir para pasar entre mis pechos, como si quisiera conocer cada mínima curva de mi cuerpo.

Josh Im me *ama*.

–Yo también te amo.

–¿Sí? –Su beso se convierte en sonrisa.

–Probablemente desde hace más tiempo.

–Probablemente –repite con picardía, por lo que pellizco su increíble trasero, y él gruñe presionado contra mí–. No es necesario que lo hagamos otra vez –habla contra mi cuello–. Pero te sientes muy bien, mojada y suave.

Después de haberlo deseado por tanto tiempo, todavía no puedo hacerme a la idea de que esté aquí pronunciando palabras de amor. No solo lo tendré desnudo contra mí por esta noche. Este podría ser un problema muy muy adictivo, porque mi deseo es una energía impaciente, frenética, con garras: lo deseo una y otra y otra vez.

Encierro el pánico en una habitación diminuta en mi mente, que luego reduzco a una caja de zapatos dentro de un armario con un pequeño haz de luz parpadeante de fondo. No hay nada que pueda hacer esta noche, solo necesito respirar.

Las manos de Josh se pasean despacio sobre mis pechos y bajan hacia mi ombligo con pequeños remolinos y círculos con el jabón. Estoy tan cargada de emociones que no me sorprende cuando una lágrima corre por mi mejilla, perdida entre las gotas de la ducha. Tomo el jabón y hago lo mismo por él; saboreo cada segundo hasta que los dos estamos limpios y el agua empieza a enfriarse.

–Muy bien, Hazel. –Sus ojos brillan cuando se acerca a besarme y luego gira para cerrar el agua–. Vamos a la cama.

Capítulo veintitrés

JOSH

Duermo como un tronco en la cama de Hazel. Creo que ni siquiera he soñado, y si lo hice, fueron recuerdos nebulosos de su cuerpo, de su risa y del calor increíble de tenerla abrazada a mi cuerpo toda la noche.

Nos despertamos con el sonido de su alarma, entrelazados, con las sábanas en el suelo. Yo estoy desnudo, ella solo tiene ropa interior y, aunque me fui despertando despacio, no estoy listo para abandonar este calor almibarado. Hazel se sienta apenas unos segundos después de despertarse y me mira con los ojos nublados. Su mirada sigue desenfocada por unos segundos hasta que parpadea para aclararla y me besa con suavidad.

–Sigues aquí.

En un instante de felicidad, me pregunto si nos mudaremos juntos... y cuándo.

Cuando se aleja, fija la atención en algo detrás de mi hombro: mira las sábanas en el cesto de la esquina con una mueca, las que cambiamos anoche antes de recostarnos exhaustos. Como si recordara lo que pasó, se levanta de prisa para ir al baño y cierra la puerta con fuerza.

Anoche no fue la primera vez que vi sangre durante el sexo, ¿habrá sido la primera vez para ella? No lo creo, pero pareció conmocionarla más de lo que hubiera imaginado.

Después de sentarme en el borde de la cama, observo a Winnie, que me mira con adoración desde el suelo.

–Buenos días, hermosa. –Al rascar su cabeza, noto cómo tiene que controlarse para no saltar a la cama conmigo, pero, por suerte, se resiste. Estar desnudo en la cama con Hazel es hermoso; estar desnudo en la cama con su perra sería incómodo.

En la cocina, dentro de uno de los contenedores de los Muppets, encuentro suficiente café para llenar una cafetera. Para cuando Hazel sale del baño, todavía solo con su ropa interior, tengo dos tazas listas y atraigo su figura adormecida entre mis piernas.

–Te levantaste –balbucea contra mi cuello.

Tener su pecho contra el mío me distrae y me dificulta procesar sus palabras. En lugar de responder algo ocurrente, succiono su cuello.

–¿A qué hora tienes que estar en la escuela? –pregunto.

–A las siete treinta, y estaría llegando tan tarde que de seguro me pondría la ropa del revés. Pero iré a ver a mi médica antes. Ya avisé que llegaría tarde.

¿Su médica? No sé muy bien cómo preguntarle sobre lo que pasó anoche, así que apunto a una pregunta vaga.

—¿Cómo estás hoy?

—¿Bromeas? —replica con cierta duda—. Estoy increíble.

Es increíble; piel suave como la crema, la peca que me enloquece en el hombro, la curva turgente de sus pechos. Y la idea de que es *mía* y yo soy suyo no para de darme vueltas por la cabeza. Me atraviesa un rayo, un destello de alegría, que me hace atraerla a mí y aferrar su nuca.

En cuanto nuestros labios se tocan, mi mente se acalla, pero mi cuerpo parece despertar, enfocado en un lugar donde no puedo pensar, solo sentir. Recorro la curva expuesta de su cuello hasta sus clavículas; sus manos ascienden de inmediato a mi cintura, y percibo cómo se eleva de puntillas para cubrir la distancia entre los dos y estirarse, ávida de más y más besos.

Son inocentes pero no simples. Nada en ella es simple.

Inclino su cabeza para besarle el labio inferior, la mejilla, el mentón.

Espío el reloj digital de la estufa sobre su hombro. Son las siete y dieciocho. Tomo aire para acallar la necesidad de recuperar el tiempo perdido. Poso los labios sobre los suyos y permanezco allí; ella sonríe.

—Buenos días, Josh Im.

—Sí que son buenos —respondo con un beso en su cabello caótico. Me permito disfrutar del momento, de la alegría simple de estar en su cocina luminosa, abrazándola, consciente de que ya no tengo que contenerme. Pero la forma en la que me abraza, con el rostro hundido en mi cuello, me confunde. No está mordéndome el hombro ni amenazando con dejarme chupetones gigantes por todo el cuerpo. No sugirió que vayamos a la pastelería en patines antes del trabajo. Está muy callada.

Puede estar callada en algún momento, claro, pero ahora se siente diferente. Se siente como un silencio cargado de algo más, de una preocupación, una pregunta, quizá de una duda.

Pienso qué decir. Quiero preguntarle si sabe del embarazo de Emily. Quiero preguntarle si se quedará en mi casa esta noche y todas las que siguen. Quiero pedirle que pronuncie esas palabras otra vez antes de irse a trabajar: *Yo también te amo*.

—¿Qué piensas? —pregunta mirándome con sus ojos brillantes.

—Me preguntaba en qué estás pensando tú —respondo sonriente.

—En que tenemos que hablar de cosas muy importantes —dice en voz baja—. ¿Recuerdas?

—¿Todavía? Creí que el «te amo» las abarcaba a todas. ¿De qué más hay que hablar?

—¿Me amas? —Se extiende para besarme.

—Por supuesto.

—¿Estás libre esta noche?

—¿No quieres hablar ahora mientras te alistas? —sugiero acariciándola.

Niega con la cabeza, sus labios rozan los míos de un lado al otro.

—Esta noche. —Con una sonrisa, se dirige a la habitación.

Veó una pila de correspondencia sobre la encimera, un libro para colorear de Harry Potter y un ticket debajo de algunos billetes y monedas. Dos palabras del ticket me llaman la atención. «Prueba rápida».

No interpreto nada de inmediato, pero las palabras resuenan. Y, casi sin pensarlo, aparto una moneda para leer el ticket completo: «Prueba rápida de embarazo x 5..... \$8,99 c/u».

¿Pruebas de embarazo? ¿Hazel compró las pruebas de Emily?

La confusión enmaraña mis pensamientos, pero mi corazón comienza a resonar al tiempo que caen las piezas de dominó una tras otra.

La sangre de anoche. El pánico de Hazel. Las cosas importantes que tenemos que discutir esta noche.

Mi mirada se dispara hacia la esquina oscura de una imagen debajo de sus llaves. Nunca vi una de estas en vivo, pero sé lo que es.

Cuando libero la fotografía del ultrasonido de las llaves, ya sé lo que veré, pero me deja sin aliento de todas formas.

BRADFORD, HAZEL

12 DE NOVIEMBRE

9 SEMANAS 3 DÍAS

Y, en el centro, un cuerpo redondeado, una cabeza, dos machitas por brazos y dos por piernas.

Mis propias piernas están a punto de ceder y me siento con pesadez en el taburete de la cocina con la imagen en la mano. Sé que Hazel no ha dormido con nadie más que yo en... mucho tiempo. Y la primera vez que tuvimos sexo, ebrios y en el suelo, cuando sentí que podía estar enamorándome de ella, fue hace dos meses.

Emily no está embarazada, es *Hazel*. Estuvo embarazada todo este tiempo sin que lo supiéramos.

Me pongo de pie inestable, dejo la imagen debajo de las llaves otra vez y miro el techo. No siento pánico ni temor. Estoy impactado, es una sorpresa, sin duda, pero... cierro los ojos y puedo imaginarlo. Puedo ver a Hazel embarazada, imaginar cómo sería subir a la cama con ella, apoyar la cabeza en su vientre y escuchar. Imagino a mis padres perdiendo la cabeza, a Emily desbordándonos con regalos. En este momento, con las ideas que rondan por mi cabeza, me siento un poco mareado. Y entiendo a la perfección el pánico que sintió Hazel anoche.

Mierda, estaba *sangrando*.

Me acerco detrás de ella mientras se cepilla el cabello y llevo mis manos temblorosas a su cintura.

—Hola. —Apoya la cabeza contra mí, luego gira entre mis brazos y se extiende para besarme.

El impacto me dejó un sabor metálico en la boca que me adormece y me hace sentir que mis brazos no me pertenecen.

—Quiero acompañarte esta mañana.

—¿A la escuela? —replica confundida.

—Al médico.

—No es necesario. —Niega con la cabeza—. Sé que también tienes una mañana ocupada. Es una visita de rutina...

—Quiero estar ahí. —Creo que mis palabras le dan un indicio, porque me mira a los ojos buscando una confirmación en ellos. Me toma el rostro con las manos y analiza mi mirada con detenimiento—. ¿No crees que debería estar ahí?

—¿Lo sabes? —Traga saliva y se le llenan de culpa los ojos.

—La ecografía estaba sobre la encimera.

Su expresión se desmorona por completo y mi pecho responde con dolor. Es como si me hubieran golpeado. La atraigo hacia mí y le sostengo la cabeza mientras se quiebra.

—Está bien, Haze.

—Me enteré el lunes. —Tiene hipo contra mi cuello.

Hace dos días. Ahí debió haber estado Emily, la acompañó al médico.

—Vi las pruebas en la casa de Em —confieso—. Pensé que *ella* estaba embarazada.

—Iba a decírtelo. —Apoya las palmas contra mi pecho desnudo y siento cómo tiemblan.

—Lo sé.

—Quería que fuera un momento feliz. —Sus sollozos me atraviesan.

–Puede serlo, solo tenemos que asegurarnos de que estés bien.

–Dicen que el sangrado puede ser normal, pero... tengo mucho miedo de que haya pasado algo. –Otro sollozo le quiebra la voz hacia el final–. Ya estoy enamorada de este monstruito y tengo mucho miedo, Josh.

Apenas he procesado lo que está pasando, pero el pánico ya es capaz de consumir los pensamientos que se forman en mi mente.

–Pase lo que pase, lo enfrentaremos juntos, ¿de acuerdo? –Hago una pausa porque me aterra lo que responderá a la siguiente pregunta–. ¿Sigues sangrando?

–Un poco.

Mi corazón se desmorona, la abrazo con más fuerza y percibo mi reflejo en el espejo. Soy un desastre. Tengo el cabello despeinado; los ojos, hinchados y rojos; la boca, fruncida; mi pulso es un eco vacío en la garganta.

A mi lado, la rodilla de Hazel no deja de rebotar, así que coloco una mano sobre ella para tranquilizarla.

–Me arrancaré las uñas con los dientes –susurra. Tiene la vista fija al otro lado de la sala de espera, en la pintura de un ramo de flores en acuarela.

Tomo su mano y la acaricio sobre la mía. Tengo el corazón en la garganta; creo que a ambos nos serviría tener un sostén.

Enamorarse, ser amado; la realidad de que estemos juntos es suficiente para que la respiración se vuelva pesada y caliente en mi pecho. Y estamos aquí, con un ultrasonido en la mano... Mi mente corre a toda velocidad.

Pero es Hazel; somos mucho más que este momento, más allá de lo que suceda detrás de esa puerta blanca y ancha hacia el consultorio médico. ¿Es extraño que sepa hace años que, de algún modo, acabaríamos así? ¿O, en retrospectiva, es la explicación más conveniente para una coincidencia?

Presiono su mano, y ella me mira con expresión tensa.

–Sabes que –comienzo con la sonrisa más auténtica que soy capaz de desplegar–, sin importar lo que pase ahí dentro, estaremos bien.

–Sabía que quería tener hijos, pero no sabía cuánto lo deseaba hasta que sucedió esto.

–Quizá no tengamos *diecisiete*, pero nos acercaremos.

–Te convenceré –se ríe.

–Nunca podrás convencerme de tener diecisiete hijos. –Ella resopla. Entonces, agrego–: Pero ¿qué te parece si después de aquí vamos por un batido?

–¿Es una promesa?

–Lo prometo.

–Uno de fresa. No, espera, de galletas con crema.

–Uno de cada uno. –Con eso por fin consigo una sonrisa de Hazel auténtica.

–¿Sabes qué es lo que no puedo dejar de decirme?

–¿Qué?

–Amo a Josh Im más que a nada en la vida. –Se muerde el labio–. No se lo digas a Winnie.

Me inclino para posar mi boca sobre la suya. Se siente suave bajo mis labios, un poco temblorosa. El beso se profundiza, mi mano asciende a su cuello, donde mis dedos sienten el pulso bajo su piel. Podría perderme en la forma en la que se deja llevar, ahogarme en la sensación de ella.

Pero la puerta ancha se abre, y llaman su nombre.

Epílogo

JOSH

Cuando Hazel baja la escalera principal dando brincos, viste medias de lycra anaranjadas, una minifalda negra y un top púrpura, y su moño está oculto debajo de un sombrero de bruja gigante que se tambalea sobre su cabeza. Destella bajo la luz del pórtico.

Observo mi propio atuendo (camiseta negra, vaqueros, zapatos deportivos) y luego de vuelta a ella.

–Creo que me perdí un mensaje importante.

–Target tenía ofertas de Halloween.

–Falta más de un mes.

Se encoge de hombros, se me acerca y me abraza por el cuello.

–Quería meterme en el espíritu.

–¿Porque si no te tomaría demasiado tiempo? –pregunto con un beso ligero.

–Por casualidad, ¿me llevarás a algún sitio halloweenezco?

Todos los viernes tenemos noche de cita y hoy es mi turno de planearla. La semana pasada, Hazel me llevó a un lugar donde pintamos autorretratos con las manos y los pies y después hicimos un pícnic sobre la cajuela de mi automóvil. Mis planes suelen ser más convencionales.

–Solo a cenar. Abrió un sitio nuevo que hace *ramen* cerca de la casa de Em y Dave. Pensé que podríamos probarlo.

Después de un homenaje al programa *Running Man* por la acera, sube al asiento del acompañante. Cuando me ubico frente al volante y arranco, posa sus dedos sobre los míos y, con la mano libre, sube el volumen de la canción que suena en la radio para cantar desafinada, fuerte y feliz.

–Espera. –Me mira y se echa a reír–. Esto es Metallica.

–Y me recuerda al peor concierto de la historia –afirmo.

–¿En qué estaba pensando? ¿¡Tyler!? –exclama de forma exagerada.

–No tengo idea.

–Quería que fueras a mi apartamento y me dijeras: «Te amo, Hazel Bradford, sé mía para siempre».

–Y eso hice.

–Lo hiciste.

Con la luz roja, se inclina para besarme. Y un beso suave se convierte en uno más largo, con lengua, sonido y nuestras respiraciones aceleradas. Con la luz verde, deja que me concentre en el

camino, pero su mano en mi muslo enseguida se convierte en sus dedos desabotonando mis vaqueros, y siento sus dientes y gemidos en mi oreja.

En lugar de ir a probar *ramen*, conducimos hasta mi antigua casa (que está vacía entre inquilinos) y volvemos a nuestras raíces: hacer el amor en el suelo.

Cuando llegamos, nuestra casa está a oscuras. Evitamos el escalón que cruje y nos detenemos frente a la puerta en silencio. Hazel, con el cabello hecho un caos, el top un tanto torcido y la ropa interior en el bolsillo, busca la llave en su bolso, la encaja en la cerradura y nos abre paso.

Umma nos recibe en la entrada con su sonrisa tranquila.

—¿Estuvieron bien? —le pregunto.

Ella asiente con la cabeza, se extiende para besarnos a ambos en las mejillas y se aleja por el corredor hacia el ala independiente de la casa que comparte con *Appa*.

—Aun después de esa hamburguesa grasosa, tengo hambre —comenta Hazel con una sonrisa en la oscuridad.

—¿Quieres que prepare algo?

Ella niega con la cabeza y desaparece por el corredor.

Yo dejo mi cartera y mis llaves junto a la puerta y me quito los zapatos. Escucho voces desde una de las habitaciones, así que las sigo hasta la de Miles, donde me sorprende verlo aún despierto con la luz tenue. Hazel, que al parecer se olvidó del hambre, está sentada en la cama, acomodándole un cabello en la frente.

—*Halmeoni* hizo que me bañara —susurra con la rabia de un pequeño de tres años.

—Está muy bien, estabas un poco apestoso —responde Hazel.

—Y Jia le dijo que me comí la última golosina.

—¿Y lo hiciste? —pregunta mi esposa al tiempo que me siento a su lado.

—Sí, ¡pero ella tenía siete y yo solo tenía dos!

—A veces, las hermanas mayores son así. —Hazel le da un beso en la frente—. Duerme, mi niño.

Él no protesta, gira y cierra los ojos de inmediato. Yo lo contemplo un momento más; todos dicen que es igual a mí. Hazel se levanta con una sonrisa para recoger la pila de disfraces en el suelo; los de Mulán, Tiana y Ariel son los preferidos de Miles.

Los dos coincidimos en que, por dentro, él es cien por ciento Hazel.

El sábado por la mañana, Miles corre colina abajo con los pies casi flotando debajo de él. Hoy es Elsa, excepto por las botas de vaquero rojas, y su amada peluca de Disney se sacude tras él.

A mi lado, su hermana Jia lo observa con los ojos entornados mientras lame su helado con detenimiento.

—Se va a tropezar.

—Es posible.

—*Appa*. —Me mira con sus ojos inocentes—. Dile que vaya más despacio.

—Está en el césped, no le pasará nada —le recuerdo.

Inconforme, se pone de pie para gritarle a su hermano menor.

—¡*Namdongsaeng*!

Recién entonces, él se tropieza con una de sus botas y rueda unos metros por la colina.

—¿Me viste, *Noona*? —pregunta entre risas al levantarse.

–Te vi. –Jia vuelve a sentarse conteniendo la sonrisa. Luego me mira y niega con la cabeza de forma dramática–. Es un salvaje, *Appa*. –Ella luce igual que su madre.

Y los dos coincidimos en que, por dentro, es cien por ciento Josh.

Hazel sube por la colina con una bandeja con café y chocolate caliente en una mano y, con la otra, toma la de Miles. Logra subir el resto del camino corriendo con él sin derramar nada, pero cuando se acerca, tomo la bandeja para que no tiente a su suerte.

–Mamá, ¿me trajiste chocolate caliente? –pregunta Jia.

Hazel se inclina para levantarla de la banca, la acuna para darle un beso y luego empieza a dar giros que hacen que Jia se ría a carcajadas y que mi presión sanguínea se dispare.

–Sí, lo traje. Y les pedí que le pusieran crema batida extra.

–Haze –le advierto con suavidad–. Ten cuidado. –Tiene casi siete meses de embarazo y parece que, desde el primero, cada vez tiene más y más energía.

Ella me sonríe con indulgencia y baja a Jia, que la abraza por el vientre abultado y le da un beso.

–Mamá, cuéntame de cuando yo estaba en tu barriga.

Hazel me mira de reojo y se sienta con las piernas cruzadas en el césped.

–Mamá descubrió que iba a tener un bebé, y ella y *Appa* estaban muy *felices*. –Rodea su rostro para besarle la nariz, y Miles, para no quedar de lado, trepa a la falda de su madre. Hazel le aparta el cabello del rostro mientras le habla a Jia–. Pero también supe que debía quedarme muy quieta y tranquila durante un tiempo. –Luego baja la voz hasta un susurro–. Y mami no era muy buena para quedarse quieta, ¿no?

Jia, muy seria, niega con la cabeza.

–Pero tú sí lo eras, ¿verdad? –susurra Hazel, y la pequeña asiente con una sonrisa orgullosa–. Tú le enseñaste a mami a estar tranquila y quieta. Y eso hice y así fue como todo salió bien.

–¡Ahora yo! –exclama Miles.

–Tú, pequeño monstruo revoltoso, no sabías cómo quedarte quieto ni tranquilo. Pero eso estaba bien, porque Jia también le enseñó al cuerpo de mami cómo tener un bebé aquí dentro, ¡así podemos hacer todas las tonterías que queremos todos los días!

–¡Gracias, *Noona*! –Miles deja la falda de su madre para lanzarse sobre su hermana, y los dos luchan enredados en el vestido de Miles, con el chocolate caliente olvidado.

Una mano toca mi rodilla, así que me levanto para rodear a Hazel con los brazos y ayudarla a levantarse.

–¿Estás segura de estar lista para tener otro?

–Ya no hay vuelta atrás. Casi son tres, faltan catorce.

–Sigue soñando, Bradford.

Ella se extiende para besarme con los ojos abiertos y sostiene los labios sobre los míos.

Soy un hombre optimista, siempre pensé que tendría una buena vida. Pero soñar con algo así se hubiera sentido muy egoísta.

–A veces me imagino volviendo en el tiempo –comenta como si me leyera la mente–, diciéndome a mí misma que terminaría así, con Josh Im.

–¿Y lo hubieras creído?

–No –admite con una risa.

No puedo atraerla a mí tanto como quiero, pecho con pecho, muslo con muslo, así que, en su lugar, hundo los dedos en su pelo para dejar que caiga sobre sus hombros. Se queda sin aliento, supongo que por la expresión hambrienta y posesiva en mi rostro. Y también luce un tanto salvaje, con las mejillas rosadas por el viento y los ojos color ámbar brillantes.

–Creí que este siempre había sido tu plan –comento con otro beso.

–En mis sueños.

Les echo un vistazo a Jia y a Miles. Ella le está sacudiendo el césped de la falda y acomodándole la peluca. Y, en cuanto termina, él sale corriendo colina abajo otra vez, bajo la mirada atenta de su hermana mayor.

–Bueno, yo estoy bastante seguro de que si alguien volviera en el tiempo y me dijera que terminaría con Hazel Bradford, pensaría que es algo suficientemente loco como para ser real.

Agradecimientos

Algunos personajes son difíciles de encontrar y otros brotan sobre la página, listos y ansiosos por que empecemos a escribir. Josh y Hazel encajan en el segundo grupo. Son pocas las personas que pueden decir que encuentran diversión en su trabajo, pero este libro fue pura y absoluta diversión. Somos muy afortunadas.

Detrás de cada libro hay todo un equipo que lo hace posible. Adam Wilson, nuestro editor, es tan vital como nosotras para nuestros libros. Nos ayuda a encontrar lo que nos falta y a mejorar lo que hacemos bien. Holly Root, nuestra agente, es un verdadero milagro. Gracias por estar siempre para calmar nuestras inquietudes y celebrar con nosotras. Kristin Dwyer, nuestra luna y estrellas, el unicornio mágico de los publicistas, estaríamos perdidas sin ti. Hiciste un trabajo increíble, chica.

Simon & Schuster/Gallery Books fue nuestra casa desde que debutamos como autoras recién nacidas. Gracias a Carolyn Reidy, Jen Bergstrom, Diana Velasquez, Abby Zidle, Mackenzie Hickey, Laura Waters, Hannah Payne, y Theresa Dooley (te extrañamos). Gracias, John Vairo y Lisa Litwack, por una portada que nos hace sonreír cada vez que la vemos. Y gracias al increíble equipo de ventas de S&S, que pone nuestros libros en los escaparates y en manos de lectores increíbles.

Gracias, Erin Service, por ser siempre nuestra mayor animadora y la mirada más cuidadosa, y gracias, Marion Archer, por las lecturas reflexivas y por las reseñas hechas con todo tu corazón.

Gracias a cada uno de los lectores, bloggers, instagrammers y booktubers que alguna vez eligieron uno de nuestros libros o nos recomendaron con alguien. Nos reímos muchísimo escribiendo este libro y esperamos que lo sientan al leerlo.

Lo dedicamos a Jen Lum, a Katie y a David porque son *INCREÍBLES*. No podemos aparecernos en sus puertas para agradecerles en persona, pero lo haríamos si no fuera un poco escalofriante. Gracias, Jen, Katie y David, por compartir sus vidas y sus historias y por ayudarnos a que Josh y su familia se sientan auténticos. Estamos muy agradecidas.

A nuestras familias: son la razón de que sonriamos y de que a veces tomemos vino directo de la botella. Gracias por aguantarnos cerca de fechas de entrega y en giras, por soportar nuestras agendas de locura y que intercambiamos mensajes entre nosotras constantemente. Los amamos.

PQ, me enorgulleces. Trabajar en esto es lo que mejor hacemos, y amo que aún nos haga reír con fuerza cada vez que lo leemos. ¡Te amo!

Mi Lolo, cuando empezamos a escribir juntas, fue para hacernos reír, extasiar o desvanecer mutuamente. Y nueve años después, eso no ha cambiado. Gracias por ser paciente mientras recuperaba mi voz y por amarme más allá de todo. Le agradezco a diario al universo que un vampiro brillante te haya traído a mi vida. Y que todavía no hayas encontrado la forma de

escapar. Te amo.

Índice

[Prólogo. Hazel Camille Bradford](#)

[Capítulo uno. Hazel](#)

[Capítulo dos. Josh](#)

[Capítulo tres. Hazel](#)

[Capítulo cuatro. Josh](#)

[Capítulo cinco. Hazel](#)

[Capítulo seis. Josh](#)

[Capítulo siete. Hazel](#)

[Capítulo ocho. Josh](#)

[Capítulo nueve. Hazel](#)

[Capítulo diez. Josh](#)

[Capítulo once. Hazel](#)

[Capítulo doce. Hazel](#)

[Capítulo trece. Josh](#)

[Capítulo catorce. Hazel](#)

[Capítulo quince. Josh](#)

[Capítulo dieciséis. Hazel](#)

[Capítulo diecisiete. Josh](#)

[Capítulo dieciocho. Hazel](#)

[Capítulo diecinueve. Josh](#)

[Capítulo veinte. Hazel](#)

[Capítulo veintiuno. Josh](#)

[Capítulo veintidós. Hazel](#)

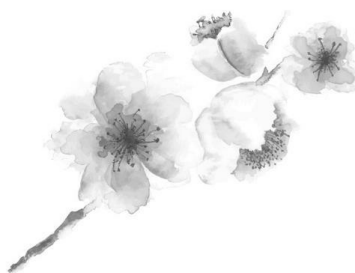
[Capítulo veintitrés. Josh](#)

[Epílogo. Josh](#)

[Agradecimientos](#)

**Ve
Ra**

Un sello de
V&R Editoras



Elegí esta historia pensando en **ti** y en todo lo que las
mujeres románticas guardamos en lo más profundo de
nuestro corazón y solo en contadas ocasiones nos
atrevemos a compartir.
Y hablando de compartir, me gustaría saber qué te pareció
el libro...

VeRa

yo también
creo en el amor



vera.romantica

Lauren, Christina

Josh y Hazel : guía de fracasos amorosos / Christina Lauren. - 1a ed -
Ciudad Autónoma de Buenos Aires : V&R, 2024.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online

Traducción de: María Laura Saccardo.

ISBN 978-631-300-159-0

1. Novelas Románticas. I. Saccardo, María Laura, trad. II. Título.
CDD A860

Título original: *Josh and Hazel's Guide to Not Dating*

Dirección editorial: María Florencia Cambariere

Edición: Florencia Cardoso

Coordinación de arte: Valeria Brudny

Coordinación gráfica: Leticia Lepera

Arte de tapa: © 2019 Gallery Books

Diseño de interior: Florencia Amenado

Conversión a formato digital: Estudio eBook

© 2018, Christina Hobbs y Lauren Billings

© 2024 de la traducción del inglés al español por V&R Editoras S. A.

www.vreditoras.com

ARGENTINA

Florida 833, piso 2, of. 203

(C1005AAQ) Buenos Aires

Tel.: (54-11) 5352-9444

e-mail: editorial@vreditoras.com

MÉXICO

Dakota 274, colonia Nápoles - C. P. 03810

Alcaldía Benito Juárez, Ciudad de México

Tel.: 55 5220-6620 • 800-543-4995

e-mail: editoras@vreditoras.com.mx

ISBN 978-631-300-159-0

Todos los derechos reservados. Prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción total o parcial de esta obra, el almacenamiento o transmisión por medios electrónicos o mecánicos, las fotocopias o cualquier otra forma de cesión, sin previa autorización escrita de las editoras.



EDITORAS

Seguinos en tu red favorita





Una luna sin miel

Lauren, Christina
9789877478341
376 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)

Olive siempre tiene mala suerte. Su gemela, en cambio, es tan afortunada que ha conseguido organizar su boda ganando concursos en las redes. Sin embargo, cuando

todos se intoxican con la comida de la fiesta, la luna de miel queda vacante. Solo Olive e Ethan, su némesis, están a salvo. Si quieren disfrutar de unas vacaciones en Hawái, el único precio que deberán pagar será fingir que se aman como recién casados. ¿POR CUÁNTO TIEMPO PODRÁ OLIVE SOSTENER LA MENTIRA?

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)



El trato más dulce

Laneley, Amanda
9786313000111
368 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)

"A pesar de su éxito profesional como socia de Mentoring –una consultora que asesora a emprendedores– Lucy está desesperada. Ya pasaron cuatro años de su ruptura con Alan, que la dejó por otra, y todavía no se recupera. Consciente de que su aspecto deja

mucho que desear, decide anotarse en el mejor gimnasio de Santiago y bajar los kilos de más que la atormentan. Allí conoce a dos personal trainers: Gabriel, un rubio espléndido que la deja con la boca abierta, y Max, un morocho muy atractivo que le fue asignado como entrenador. Max es excelente en lo que hace, pero su sueño es tener su propio emprendimiento. Cuando se entera de que Lucy es una de las dueñas de Mentoring, le propone un trato: si ella lo asesora para darle un buen rumbo a su negocio, él la va a ayudar con Gabriel. Así, entre agotadoras sesiones de entrenamiento, dietas, planes de negocios y conversaciones, empiezan a darse cuenta de que entre ellos hay algo mucho más profundo que una gran amistad. El problema es que Lucy no puede concebir que un hombre tan codiciado se fije en ella, pero él hará todo por demostrarle que está completamente enamorado."

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)



Farsa de amor a la española

Armas, Elena
9789877478754
532 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)

UNA BODA. UN VIAJE A ESPAÑA. UNA MENTIRA Y UN PLAN QUE HACE AGUAS. Catalina está desesperada. Cuatro semanas no son demasiado para que encuentre a

alguien dispuesto a acompañarla a la boda de su hermana al otro lado del Atlántico, y menos aún que finja que la ama. Pero lo más ridículo de todo es que sea Aaron Blackford, su compañero de trabajo al que no soporta, quien se ofrezca a hacerlo. Ahora Lina deberá sopesar qué es peor: aguantar a Aaron, con su aire petulante y sus ojos de hielo, o admitirle a su familia que ha mentido y que es todo una farsa. Como diría su abuela: que Dios nos pille confesados. EL FENÓMENO DE TIKTOK CON MÁS DE 100 MILLONES DE VISUALIZACIONES

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)



Regla de tres

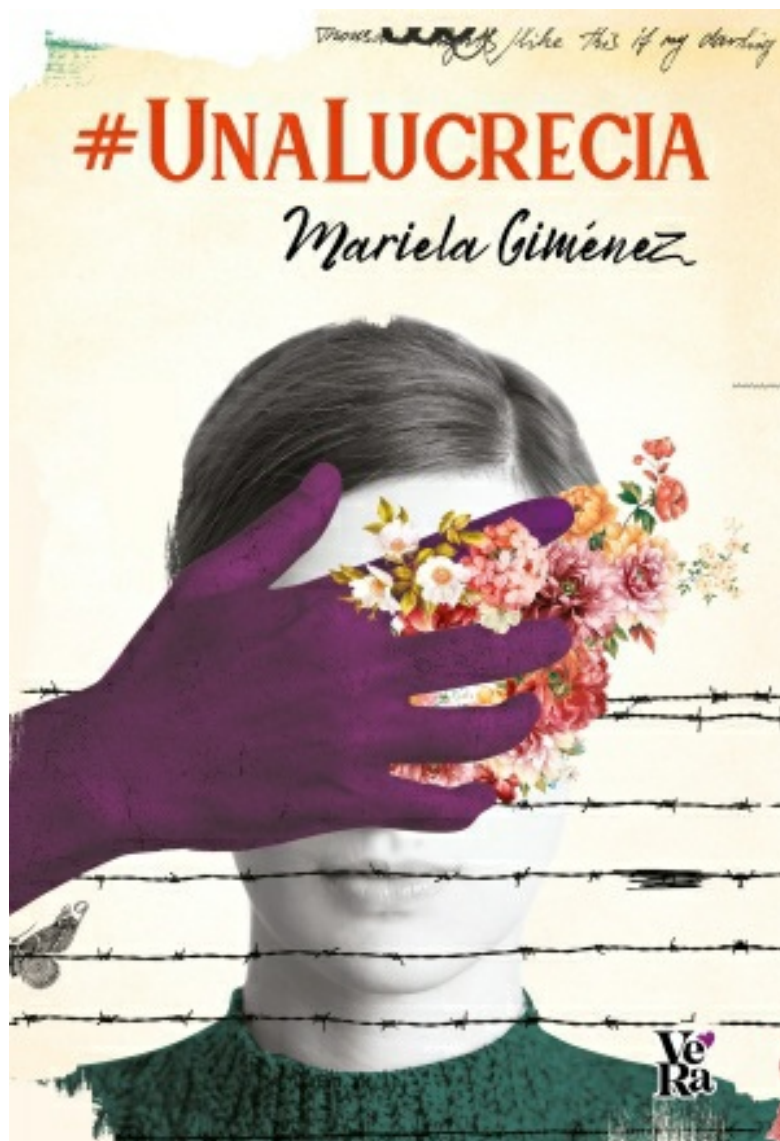
Suárez, Beta
9789877479669
360 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)

¿Cuál es la incógnita en esta REGLA DE TRES? Cuando Ágata muere, se lleva algunos SECRETOS a la tumba, pero deja un diario... Sus tres nietas, Azucena,

Begonia y Camelia, entre lágrimas y risas, entre confesiones y silencios, descubrirán en esas páginas de caligrafía perfecta a una Ágata, primero niña, después joven, siempre singular, tierna y rebelde, que se animó a cruzar límites para mirar de frente a cada uno de sus DESEOS. Mientras ordenan, tiran y separan objetos de esa abuela tan fundamental, las tres hermanas reciben la mejor herencia de Ágata: vivir y amar con ALEGRÍA y CORAJE. Tres flores, una piedra preciosa y un legado de AMOR.

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)



#UnaLucrecia

Giménez, Mariela

9789877476545

688 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)

¿Puede el AMOR curar todas las heridas? ¿Puede la ESPERANZA oírse por encima de la violencia? ¿Puede el DESEO ganarle al miedo? Lucrecia descubre que los cuentos de hadas no existen y que los monstruos acechan en la vida real. Un robo

millonario, una familia envuelta en una trama de poder y corrupción y una mujer que, en busca de la libertad, encuentra el amor. Una historia en la que nada es lo que parece y la víctima puede ser también la heroína.

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)